



Universidad Central de Venezuela
Facultad de Humanidades y Educación
Escuela de Comunicación Social

Impactos de bala

Testimonios de tres familias caraqueñas víctimas de violencia delincriminal

Trabajo de Grado para optar a la Licenciatura en Comunicación Social

Autor: Mayora, Erick S.

Tutora: Pellegrino, Rosa E.

Octubre / 2010

Dedicado a:

*Nancy María Mayora Muñoz,
mujer a la que amo con todo mi ser.*

*Que este gesto pueda honrar
un poco los sacrificios
del ayer.*

Verte reír es parte de mi fortaleza, mamá.

*Mis hermanos,
seres muy importantes para mí,
y a los que quiero
con mucha fuerza.*

AGRADECIMIENTOS

A Dios, por permitirme estar.

A Jesús, por presentarme a un Dios de amor.

A mi madre, por serlo.

A Rosa Pellegrino, por sus enseñanzas e indispensables orientaciones periodísticas en la realización de esta investigación.

A Doris Barreto, Oleira Gutiérrez y Silvina Zúñiga y a sus familias por permitirme entrar y escudriñar en la intimidad de sus vidas.

A Antonio Núñez, ese siervo de la magia que me consideró un día aprendiz de mago.

A Carlos Gutiérrez, por hacerme creer en cada una de mis cuartillas.

A Abraham Rivero, quien, con su *metodología*, me hizo sentir un estudiante universitario.

A Luz Mely Reyes, Mariela Torrealba, Eloi Yagüe, Liza López y Eligio Rojas, porque a través de sus pautas de trabajo pude conocer, en carne propia, el aventurero y sabroso ejercicio de patear las calles de esta ciudad y del país creyéndome periodista.

A los profesores de la Escuela de Comunicación Social de la “UUUCV” que entraban a las aulas no sólo a dar clase, sino a despertarnos el amor y el interés por este país: Venezuela.

A mis hermanos: Cley, Sorangel, Luis y Pablo, porque no me imagino la vida con otro tipo de hermanos.

A Carolina Flames, por todo lo que me ha brindado durante el tiempo compartido. Que Dios nos permita seguir disfrutando juntos, este maravilloso regalo que es la vida, mi Caro.

A Freya Elena León, por su valiosa amistad y confianza, y por su intento de forjar, en este muchacho, una amplia cultura literaria.

A todos los miembros de mi familia, por estar siempre muy pendientes de mí y de mis asuntos.

Sin ninguna duda, a mis amigos de la universidad, con quienes compartí mucho más que un salón de clases, con quienes verdaderamente viví la universidad: Emily Avendaño, Lilia Malavé, Vanessa Rincón, Dagne Cobo, Carolina Mejía, Ariana Guevara, Zarayth Fermín, Roberto Alonso, Arturo Alvarado, Jonathan Silvio, Guillermo Penzo, Alejandro El Barche.

A los excelentes compañeros con los que trabajé y compartí mucho estrés, pero también muchas ligerezas durante estos años de estudio.

A mis amigos del barrio Nuevo Día, con quienes además he compartido la virtud de la fe cristiana, porque junto a ellos he ido descubriendo y asumiendo, poco a poco, lo que me define como persona.

A toda mí gente de Higuerote, pueblo donde crecí, porque a pesar del tiempo y de la distancia, ha permanecido atenta y deseándome el mayor de los éxitos.

A cada uno de los profesionales entrevistados y consultados, quienes dedicaron tiempo de su tiempo, para responder a las inquietudes de un tesista intenso, inquieto y fastidioso.

A cada una de las personas que laboran en la Fundación Centro Gumilla porque con su apoyo, de una u otra forma, hicieron posible la realización de este trabajo.

A todos, muchas gracias...

RESUMEN

Impactos de bala es una semblanza —tipo de reportaje interpretativo— que describe las situaciones presentes en la dinámica de tres familias concretas tras la pérdida de uno de sus miembros en manos de la delincuencia. El incremento paulatino de los hechos de violencia delincriminal en el país, sumado a la necesidad de que el periodismo, más allá de su lógica inmediatez, trabaje en profundidad los temas que aquejan a la sociedad venezolana, conllevaron a la elaboración de este estudio, con el único propósito de brindar una información más completa que pone de manifiesto lo complejo de la realidad. Esta es una investigación de campo, de tipo exploratoria y descriptiva, basada en estudio de casos y que se inscribe en la metodología cualitativa de investigación, puesto que el estudio no busca ser concluyente ni arrojar resultados generalizadores; busca el conocimiento a fondo de casos concretos. Esta metodología establece como instrumentos de recolección de datos: la entrevista, la observación participante y el registro de experiencias, todas constitutivas del ejercicio periodístico y también del método etnográfico. Al cabo de este estudio se percibieron varios escenarios: madres a las que la vida les cambió notablemente tras la muerte del hijo; familiares y amigos que, de distintas maneras, quedaron marcados por la pérdida violenta; hombres jóvenes de barrios urbanos que mueren en manos de hombres jóvenes de barrios urbanos; grupos familiares que caminan por las calles de Caracas con una huella de dolor imborrable acuesta y la ausencia de justicia ante los casos jurídicos que implicaron hechos violentos con pérdidas irreparables.

Palabras claves: *violencia, delincuencia, violencia delincriminal, homicidio, familia, madres, duelo, justicia, impunidad, sufrimiento, victimización, barrios*

ABSTRACT

Bullet impacts is a short description of the current situation in the dynamics of three families after losing one of its members throughout crime. The gradual increase of delinquency related violent events in the country, added to the necessity that journalism, beyond its immediate logic, works in depth the issues that afflict to the Venezuelan society, entails to the elaboration of this study, with its solely intention of offering more complete information that shows the complexity of the reality. This is a field investigation, of descriptive and exploratory, based in case studies and in the qualitative methodology of investigation, since the study does not look for to be conclusive nor to show knowledge of specific studies. This methodology establishes the interview, the observation of the subject, and the registry of experiences, like the instruments of data collection, all constituent of the journalistic exercise and also of the ethnographic method. After this study, several scenarios were perceived: mothers to whom life was remarkably changed after the death of her son; relatives and friends that in different ways were marked by the violent loss; young men of urban neighborhoods that die into the hands of the same kind of young men; familiar groups that walk by the streets of Caracas with a permanent scar of pain and the absence of justice before the legal cases that implied violent events with irreplaceable losses.

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN.....	8
II. MARCO REFERENCIAL.....	13
Hacia una definición de violencia.....	13
Tipos de violencia.....	14
Aproximaciones que intentan explicar el fenómeno de la violencia.....	16
La mujer del barrio y la matricentralidad.....	18
La familia.....	20
El duelo.....	21
III. ESTRATEGIA METODOLÓGICA.....	23
¿Por qué realizar semblanza?.....	23
Ahora sí, tipo y paradigma de la investigación.....	25
Los protagonistas.....	32
Voces profesionales.....	33
IV. SEMBLANZA: <i>Impactos de Bala</i>	37
CAPÍTULO I: <i>Un elemento común: la muerte</i>	39
Noche de dolor en Catuche.....	44
Siete años sin saber qué pasó.....	52
Querían un culpable y escogieron a Toñín.....	66
No son casos aislados.....	74
CAPÍTULO II: <i>Ellas y la experiencia de enterrar a un hijo</i>	78
Más comprometida con la gente.....	80
Se apartó y construyó su propio mundo.....	95
Una vida que va entre risas y lágrimas.....	105
Tan iguales y tan diferentes a la vez.....	116
CAPÍTULO III: <i>Echar pa' lante con el dolor auestas</i>	117
Sólo algunos instantes para compartir.....	117
Del futuro no se habla.....	127
Juntos a pesar de todo.....	138
El largo alcance de la victimización.....	149
CAPÍTULO IV: <i>Jóvenes amenazados por las balas</i>	152
Entre la contabilidad y el básquet.....	152
Bailar hasta el amanecer.....	157
En defensa de la vida.....	162
“La violencia es un asunto de jóvenes”.....	168
Pasan los años pero la justicia no llega.....	169
Tras la búsqueda de información.....	171
Huellas indelebles de violencia delincencial.....	174
V. FUENTES CONSULTADAS.....	179

I. INTRODUCCIÓN

Nombre: *violencia*. Apellido: *delincuencial*. Así es como se denomina el desencadenante del drama que se pretende abordar en la presente investigación. La violencia delincuencial es una de las problemáticas que ha venido presentando, desde hace décadas, la sociedad venezolana.

Los altos índices de violencia mostrados últimamente por la prensa venezolana y por publicaciones de organizaciones no gubernamentales que registran y estudian el fenómeno —Laboratorio de Ciencias Sociales (LACSO) y el Observatorio Venezolano de Violencia (OVV), el Centro para La Paz, de la Universidad Central de Venezuela (UCV), o el Programa Venezolano de Educación-Acción en Derechos Humanos (PROVEA)— nos hablan de una problemática real de vieja data que ha venido afectando al país pero que en los últimos años ha mostrado un incremento vertiginoso.

Con el tiempo el problema se ha hecho más complejo y hoy decenas de jóvenes mueren constantemente en las principales ciudades del país. Esta es una realidad con la que podemos tener contacto de distintas maneras: como protagonistas, como testigos, al revisar la prensa o espacios noticiosos radiales y televisivos, o al escuchar conversaciones “ajenas” en el metro, en la camioneta o en la cola del supermercado.

Kovach y Rosenstiel (2004) señalan que “el propósito del periodismo es proporcionar a los ciudadanos la información que necesitan para ser libres y capaces de gobernarse a sí mismos” (p. 24). Atendiendo a esta lógica, el periodismo debe también abordar las diversas problemáticas existentes en un lugar determinado desde una óptica diferente a la del diarismo. Ese abordaje distinto también puede arrojar información novedosa, actual, de interés humano y de significación social, atributos estos del hecho noticioso.

Conocer cómo viven o cómo resultan afectadas las familias víctimas de violencia delincuencial en un lugar determinado no le ofrecerá a los ciudadanos, en principio, vías para mitigar el fenómeno, pero sí le suministrará información más completa y profunda sobre el problema. Siendo así, la ciudadanía podrá activarse y exigir, de manera organizada y enfática, la implementación, por parte de las autoridades responsables, de políticas destinadas a resolver la problemática.

El periodismo no puede responder exclusivamente a factores inmediatistas. El ciudadano necesita estar informado, pero esa información no tiene por qué venir

solamente en capsulas aisladas. Quienes se dediquen al ejercicio periodístico deben brindar una información con sentido de complementariedad y con un mayor nivel de profundidad. Así el ciudadano entrará en contacto con lo complejo de la realidad a la que él pertenece y que, por lo tanto, debe conocer.

En toda esta delicada situación la familia tiene una participación directa que la hace protagonista de la misma, o es que ¿esos muertos de cada fin de semana no tienen dolientes?

En la familia se dan los procesos de socialización esenciales para la construcción de la persona como sujeto social, de ahí la importancia que sobre esta institución recae. Si la violencia afecta la dinámica familiar, se alteran entonces los procesos de socialización que se dan en su seno. Si tales procesos se ven afectados por la violencia, los protagonistas de dichos procesos también resultan afectados y tal afectación termina configurando un modo de actuar en la sociedad que, aunque no siempre, puede expresarse en formas de violencia que a su vez afectarán la dinámica de su propia familia y de otras en su entorno. Se crea entonces una especie de círculo vicioso en el que se hace cada vez más difícil encontrar el principio y el final del problema.

Siendo esto así, se muestra como imperiosa la necesidad de hurgar en los propios grupos familiares afectados por la violencia, y en las relaciones que se establecen entre sus miembros, para lograr una mayor aproximación a las reales consecuencias que el problema genera en dichas familias.

De acuerdo con lo anterior cabe preguntarse entonces: ¿Qué pasa en la dinámica cotidiana de familias venezolanas concretas tras la pérdida de uno de sus miembros producto de la violencia delincuencial que se vive en el país?

Esta interrogante permite plantear como objetivo general de la investigación: *describir, a través de una semblanza, las situaciones que se presentan en las dinámicas de familias concretas tras la pérdida de uno de sus miembros en manos de la delincuencia*; y como objetivos específicos los siguientes:

- Indagar las causas de las situaciones de violencia que se presentaron en cada uno de los grupos familiares a estudiar.
- Contextualizar los casos de violencia producidos en los grupos familiares a estudiar, en el marco de la realidad de violencia que se vive en Venezuela.

- Precisar, a través de conversaciones y entrevistas con las familias, amigos y/o conocidos, las actitudes tomadas por los miembros de los grupos familiares a estudiar en el momento de suscitarse los hechos violentos.
- Describir los tipos de relaciones que se han establecido entre los miembros de los grupos familiares a estudiar, tras la ocurrencia de los hechos de violencia delincencial, partiendo de la observación, de las experiencias compartidas y de lo arrojado en las entrevistas con las familias, amigos y/o conocidos.
- Determinar, para cada grupo familiar, el estado en el que se encuentran los casos jurídicos que involucraron hechos violentos; esto ante las instancias encargadas de tramitar dichos casos, de investigarlos y de impartir justicia.

El mayor alcance que tiene esta investigación es que, a través de ella, se ha llegado a un conocimiento más profundo y detallado de esas vivencias que se dan en tres núcleos familiares concretos producto de la pérdida de un miembro de dichas familias víctima de la violencia delincencial.

Se muestran las circunstancias que llevaron a que se produjeran los hechos violentos que afectaron a dichas familias, lo que a su vez pone de manifiesto las razones por las que un individuo decidió, en momento dado y bajo unas circunstancias específicas, quitarle la vida a otro.

Se describen las actitudes de los miembros de las familias al presentarse los hechos violentos.

Se dan a conocer datos relacionados con la problemática de la violencia delincencial en el país.

Se ubican las historias de estas familias en el contexto de violencia delincencial que se da en Venezuela.

Se logra constatar, ante el CICPC, el estatus de sólo dos de los tres casos jurídicos que involucran hechos violentos con saldos fatales, y que son objeto de exploración y descripción en esta investigación. Esto permite hacer unas consideraciones sobre el tipo de respuesta que ha dado el Estado venezolano a estas tres familias.

La elaboración o realización de este trabajo de investigación presentó algunas limitaciones, entre las cuales se pudieran mencionar las siguientes:

La primera y tal vez de mayor relevancia pudiera ser el hecho mismo de que esta investigación se centre sólo en tres casos concretos, y no pretenda llegar al establecimiento de generalizaciones sobre las vivencias que se dan en todas las familias venezolanas tras ser víctimas de una violencia delincuencial que arroja pérdidas irreparables.

La segunda limitación que presenta este estudio está en que, por razones laborales, mayormente, no se pudieron dar más encuentros entre el investigador y los distintos miembros de las familias. Se dio un mayor número de encuentros con las madres de los jóvenes asesinados. Con los demás miembros de las familias fueron pocos los encuentros, sin embargo, fueron muy fructíferos, pues el ambiente se prestó para que pudiéramos conversar de diferentes aspectos y así acceder a una mayor cantidad de información.

Y por último, se podría destacar como una limitación importante la falta de respuestas por parte de las autoridades encargadas de proporcionar justicia (efectivos policiales y fiscales) ante el caso de Ronny Abel Torres Zúñiga, lo que no permitió, siquiera, tener una idea del estatus en el que se encuentra dicho caso. Esta imposibilidad de acceder a información encuentra respaldo legal en el Código Orgánico Procesal Penal vigente, específicamente en su artículo 304.

Este trabajo consta de cinco partes fundamentales. Una primera parte introductoria, en la que se plantean, como ya se pudo ver, una serie de elementos constitutivos de la investigación realizada para la elaboración de la semblanza. Entre esos elementos están el planteamiento del problema, la justificación, la formulación de los objetivos —tanto general como específicos—, los alcances y las limitaciones de esta investigación.

Una segunda parte constituida por el marco referencial¹, que contiene una serie de planteamientos teóricos que facilitan el desarrollo y la realización de esta semblanza como un tipo de reportaje interpretativo.

La estrategia metodológica —y un listado de todas las personas entrevistadas— conforman la tercera parte de este trabajo especial de grado. Aquí yacen las

¹ Este estudio incluye el marco referencial y también la estrategia metodológica de esta investigación, esto con el propósito de dar a conocer las bases del presente estudio.

descripciones pertinentes en torno al tipo de trabajo periodístico que se realizó y también las delimitaciones en cuanto a tipo, diseño y paradigma de investigación.

En la cuarta parte del trabajo se encuentra la semblanza como tal, que a su vez está conformada por cinco capítulos. El Capítulo I, *Un elemento común: la muerte*, que incluye la narración de los hechos violentos en los que tres jóvenes de diferentes barrios urbanos de Caracas perdieron la vida y la presentación del contexto de violencia que existe en el país.

El Capítulo II, *Ellas y la experiencia de enterrar a un hijo*, hace referencia a uno de los grandes hallazgos de esta investigación: la madre como la víctima que muestra mayor afectación por los hechos de violencia que originaron la pérdida de uno de sus hijos.

En el Capítulo III, *Echar pa'lante con el dolor a cuestas*, la familia es la protagonista, pero también algunas personalidades que, aun no compartiendo vínculos sanguíneos, han estado muy cerca de las familias afectadas y han vivido de manera muy próxima las consecuencias del asesinato de los tres jóvenes. Es en este capítulo donde se recogen esas vivencias que se dan en los grupos familiares tras los lamentables sucesos.

El Capítulo IV, *Jóvenes amenazados por las balas*, recoge aspectos concluyentes de la investigación, por ello se presenta como cierre de la semblanza, sin embargo, hace especial énfasis en varios elementos encontrados: la muerte de hombres jóvenes habitantes de los barrios urbanos que mueren a merced de la delincuencia a través del uso de armas de fuego.

La quinta parte de esta investigación corresponde a las fuentes consultadas en el marco de este estudio.

II. MARCO REFERENCIAL

Aunque el término *violencia* es usado con mucha frecuencia en nuestra vida cotidiana, parece que no resulta fácil de definir. Existe una amplia bibliografía sobre el tema de violencia en Venezuela pero muchos de estos textos van directo a analizar la situación violenta que se vive en el país, o en el continente. Esta dificultad para definir el término se da, tal vez, por la gran variedad de tipos de violencia que se manejan: cotidiana, de género, delictiva o delincuencial, familiar, directa, cultural, estructural, política, juvenil, institucional, sexual, etcétera.

Hacia una definición de violencia

El Diccionario de la Real Academia Española (consultado en febrero de 2010), en su versión *on line* brinda cuatro acepciones de violencia: 1) Cualidad de violento. 2) Acción y efecto de violentar o violentarse. 3) Acción violenta o contra el natural modo de proceder. 4) Acción violenta a una mujer. Como podemos observar, estos significados del término violencia parecen ser insuficiente para comprender el fenómeno.

El mismo caso se presenta con las definiciones dadas por *Clave. Diccionario de uso del español actual* (2003). Este diccionario define violencia de la siguiente forma: 1) Precipitación o tendencia a dejarse llevar por la ira o hacer uso de la fuerza. 2) Acción violenta producida por esta tendencia a hacer uso de la fuerza. 3) Ímpetu o fuerza extraordinaria con que algo se hace o se produce.

Estas últimas acepciones, aunque agregan algunos términos que permiten ubicarnos un poco más en el ámbito de lo que es violencia, no terminan de dar al investigador una definición que permita su entendimiento.

Acudimos entonces a otras dos fuentes que han manejado más en profundidad el tema. Nos referimos en esta oportunidad a la Asociación Peruana de Estudios e Investigaciones para la Paz (APEP) y a la Organización Mundial de la Salud (OMS).

La APEP (según cita Hernández, 1993, p. 102) dice que la violencia “es una presión de naturaleza física, biológica o espiritual ejercida directa o indirectamente por el ser humano sobre el ser humano que, pasado cierto umbral, disminuye o anula su potencial de realización, tanto individual como colectivo dentro de la sociedad de que se trate”.

Esta definición arroja, según los conceptos contenidos en ella, varios tipos de violencia. Hernández (1993) asevera que “a partir de esta definición se distingue la violencia individual, de la violencia institucional y de la estructural, reconociendo que la violencia estructural es clasificada por su causa eficiente, que así como hay una violencia producida por el individuo, otra por las instituciones (o por la institucionalización de ciertos comportamientos) hay otra violencia generada por las estructuras” (p. 102).

Más esclarecedora resulta la definición suministrada por la OMS. Según esta organización (*Informe mundial sobre la violencia y la salud*, 2003, p. 5) la violencia en general se define como “el uso intencional de la fuerza o el poder físico, de hecho o como amenaza, contra uno mismo, otra persona o un grupo o una comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones”.

Tipos de violencia

Este mismo informe brinda una explicación de los diferentes tipos de violencia que, desde un punto de vista nominal, se diferencian claramente de los tipos de violencia expuestos por Hernández, pero desde el punto de vista de contenido esta diferenciación termina no siendo tal, pues se abordan los mismos aspectos sólo que bajo otras denominaciones.

La OMS (*Informe mundial sobre violencia y salud*, 2003, pp. 6-7) distingue tres categorías generales en las que se divide la violencia, según las características de los que llevan a cabo los actos violentos:

- La violencia autoinfligida
- La violencia interpersonal
- La violencia colectiva

La **violencia autoinfligida** (negritas nuestras) comprende el comportamiento suicida y las autolesiones. El primero incluye pensamientos suicidas, intentos de suicidio —también llamados “parasuicidio” o “intento deliberado de matarse” en algunos países— y suicidio consumado.

La **violencia interpersonal** se divide en dos subcategorías: 1) Violencia familiar o de pareja: esto es, la violencia que se produce sobre todo entre los miembros de la familia o de la pareja, y que por lo general, aunque no siempre, sucede en el hogar. 2) Violencia

comunitaria: es la que se produce entre las personas que no guardan un parentesco y que pueden conocerse o no, y sucede por lo general fuera del hogar.

En el primer grupo se incluyen formas de violencia como el maltrato de los menores, la violencia contra la pareja y el maltrato de las personas mayores. El segundo abarca la violencia juvenil, los actos fortuitos de violencia, la violación o ataque sexual por parte de extraños y la violencia en establecimientos como escuelas, lugares de trabajo, prisiones y hogares de ancianos.

La **violencia colectiva** se subdivide en violencia social, violencia política y violencia económica. A diferencia de las otras dos categorías generales, las subcategorías de la violencia colectiva indican los posibles motivos de la violencia cometida por grupos más grandes de individuos o por el Estado. La violencia colectiva infligida para promover intereses sociales sectoriales incluye, por ejemplo, los actos delictivos de odio cometidos por grupos organizados, las acciones terroristas y la violencia de masas. La violencia política incluye la guerra y otros conflictos violentos afines, la violencia del Estado y actos similares llevados a cabo por grupos más grandes. La violencia económica comprende los ataques por parte de grupos más grandes motivados por el afán de lucro económico, tales como los llevados a cabo con la finalidad de trastornar las actividades económicas, negar el acceso a servicios esenciales o crear división económica y fragmentación. Evidentemente, los actos cometidos por grupos más grandes pueden tener motivos múltiples” (*Informe mundial sobre violencia y salud*, 2003, pp. 6-7).

No es por casualidad que Rosa de Olmo, citada por Huggins (2005), señale lo siguiente:

La violencia es un término ambiguo cuyo significado es establecido a través de procesos políticos (...) Se trata por lo tanto, de un término que se utiliza para significar una gran variedad de situaciones. La violencia se puede clasificar *según la persona que la sufre*: mujeres, niños, ancianos, etc.; *según la naturaleza de la agresión*: física, psicológica, sexual, etc.; *según el motivo*: político, racial, etc.; *según donde ocurre*: la casa, el trabajo, la calle, etc. A su vez, las violencias que se desarrollan en las ciudades tienen actores, formas y móviles variados y multicausales. Cada una de ellas se construye en *escenarios sociales particulares* (la familia, la escuela, el barrio, etc.). Así, se puede hablar de violencias de distinto orden, tales como las *violencias políticas* (guerrilla, huelgas, etc.); las *violencias económicas* (surgidas de los mercados ilegales de armas, de drogas, etc.); las *violencias intrafamiliares* (en el núcleo familiar por relaciones asimétricas, etc.), y las *violencias comunes* (que erosionan la ciudadanía, pero que se caracterizan por ser difusas y por provenir de múltiples causas). Todas estas violencias pueden actuar interrelacionadamente, con lo cual se complica su comprensión (Carrión, p.14). (p. 81).

De acuerdo con los objetivos de esta investigación, la violencia que acá se trabaja es la denominada violencia interpersonal del tipo comunitaria, o violencia delincinencial, terminología utilizada por el profesor Alejandro Moreno y definida como “la violencia no fortuita específicamente, intencionada por tanto, física, hasta el extremo de producir la muerte, y no justificada —en defensa propia, por ejemplo— y por ende, delictiva” (2009, p. 2).

Aproximaciones que intentan explicar el fenómeno de la violencia

Ahora bien, quienes se han dedicado a trabajar el tema de violencia, dada la complejidad del mismo han acudido a diferentes tipos de *modelos* con el propósito de lograr una mayor aproximación al fenómeno.

Así, el informe mundial sobre salud y violencia de la OMS (2003, pp. 13-15), apela a lo que ella llama un *modelo ecológico*, pues a través de él pretenden ubicar las raíces del fenómeno, mientras que, para el caso exclusivamente latinoamericano, el Laboratorio de Ciencias Sociales (2007) acude al *modelo sociológico*.

El primer modelo, el *ecológico*, trabaja de lo micro a lo macro planteando cuatro niveles: individual, relacional, comunitario y social. En el nivel individual intenta identificar los factores biológicos o la historia personal que influyen y aumentan la probabilidad de que la persona protagonice, como víctima o victimario, episodios de violencia.

En el nivel relacional lo que procura el modelo es determinar cómo las relaciones que establece el individuo con las personas que están en su entorno pueden propiciar la ocurrencia de hechos violentos.

El nivel comunitario va más allá, pues centra su atención en la comunidad en la que se desenvuelve el sujeto, entran en estudio entonces la escuela, el lugar de trabajo, el vecindario como escenarios en los que se establecen relaciones sociales y en los que podrían estar las causas originarias de la violencia.

El cuarto y último nivel es el social, el cual comprende los factores sociales que posibilitan la violencia: políticas de Estado o falta de ellas; normas, prácticas culturales, etc. En definitiva, todos los niveles se enfocan en el estudio de las causas/factores de la violencia.

El segundo modelo, el *sociológico*, trabaja tres niveles y lo plantea de manera inversa, es decir, va de lo macro a lo micro, aunque ciertamente los planteamientos resultan muy semejantes, pues también están enfocados en las causas/factores de dicha violencia.

Hay un nivel de tipo estructural que se refiere a procesos sociales de carácter macro y con una génesis y permanencia en el tiempo de más larga duración. A este nivel lo llamamos *los factores que originan la violencia*, pues su carácter estructural tiene una impronta inevitable en el conjunto de la sociedad (...) En el segundo nivel se encuentran aspectos mesosociales, con un raigambre estructural menor y por lo tanto donde la situación y la cultura tienen un efecto más inmediato en el comportamiento. El nivel de libertad de los individuos frente a estos factores es mucho mayor que en el caso anterior (este nivel recibe el nombre de *Los factores que fomentan la violencia*). En el tercer nivel presentamos factores microsociales (...) Estos tienen un carácter más individual y no pueden ser considerados como causas, sino simplemente como acompañante o facilitadores del pasaje al acto violento o como responsables de la letalidad de una acción. Las conexiones aquí son más inmediatas y las asociaciones son más fáciles de establecer, pero indican siempre más asociación que causalidad (este nivel se denomina *Los factores que facilitan la violencia*) (Briceño-León, 2007, p. 21)

Este modelo, en cada nivel que lo constituye trabaja dos “instancias de la vida social”. Trabaja lo situacional, entendido como condiciones generales y circunstancias específicas que se suceden en el momento justo de la toma de decisiones por parte del individuo; pero también trabaja lo cultural, que es lo que está fuera de la situación, antes que ella se presente, se le impone al sujeto en su proceso formativo y determina la manera en que dicho sujeto va a interpretar la situación dada y el cómo va a decidir su manera de actuar frente a ella.

Pero, además de estos modelos, conocedores y estudiosos del tema han dado a conocer sus reflexiones dirigidas a lograr una aproximación a los orígenes o procedencia del problema de violencia que se vive en Venezuela. En este sentido, España (1992) explica que “sería sostenible el argumento de que es en la vida cotidiana donde la violencia se refleja, pero no donde se origina. Por lo tanto, la mayor magnitud de violencia no se encuentra allí donde se muestra o manifiesta, sino en el sector de la vida social donde se origina. De hecho, el estudio de la violencia en la vida cotidiana identifica en aspectos como el delito de la droga, la pobreza y la miseria de grandes

grupos sociales, la inseguridad pública y hasta en las representaciones culturales, los distintos orígenes de la violencia en el día a día de los individuos” (p.16).

Soto y Castillo (1993) hacen referencia a lo denso que resulta entender el problema de la violencia tomando en cuenta la diversidad de factores que están involucrados en su procedencia, pues sostienen que “la violencia cotidiana es un problema complejo en cuyas raíces se imbrican una gran cantidad de factores de diversa índole: socioeconómicos, políticos, sociológicos, psicológicos. No resulta fácil, por tanto, obtener una comprensión que interprete el fenómeno en su totalidad. Pretender resolverlo es aún más difícil. Incluso resulta complicado pretender definirla en todas sus dimensiones y especificidades particulares” (p. 71).

La mujer del barrio y la matricentralidad

En la presente investigación se busca trabajar los casos de tres familias habitantes de barrios caraqueños, familias en las que la figura materna tiene un papel esencial. Estas madres han perdido a un hijo producto de la dinámica violenta que tiene lugar en la ciudad. Ellas desempeñan un papel fundamental —indispensable— en la dinámica de sus familias: son mujeres solas (sin esposos); cabezas de hogar, razón por la que deben salir a la calle a trabajar. Dos de ellas fueron madres solteras durante casi todo el proceso de crianza de sus hijos y la otra se divorció luego de que sus hijos ya habían crecido lo suficiente como para asumir responsabilidades.

Siguiendo este hilo argumental, Briceño-León (2007) señala que “hay un incremento de los hogares monoparentales, lo cual es producto de la ruptura de las relaciones de pareja, sea por el incremento del divorcio en las parejas legalmente constituidas, como ha ocurrido en todos los países de la región (América Latina), sea por la disolución o no consolidación de las parejas consensuales. Para el año 2002, el 16 por ciento de las familias de América Latina tenían como jefe de hogar a una mujer, y el 37 por ciento de ellas eran pobres” (p. 30).

Sobre las mujeres habitantes de los barrios, Trigo (2008) señala:

No podemos hablar de un solo tipo de mujer. Las mujeres del barrio son tanto lo más dinámico de él como las figuras más patéticas. La cultura campesina, igual que la criolla tradicional, son patriarcales y por lo tanto machista y discriminadoras de la mujer. Con esta desventaja vienen las mujeres al barrio. Pero la enorme fluidez de esos tiempos fundacionales y la necesidad sentida por el varón de que la

mujer juegue un papel más proactivo y el propio impulso de no pocas mujeres insatisfechas con su figura tradicional, lleva a que muchas mujeres salgan del ámbito asignado de la casa e intervengan tanto en la obtención de los recursos familiares como en la configuración del barrio. (p.113)

Sin embargo, Trigo destaca otro tipo de mujer, y asoma así algunos elementos esenciales en ese proceso de caracterización de la mujer que vive en el barrio:

Otras no se atreven a dar ese salto o no encuentran condiciones ambientales para darlo y se mantienen en la figura recibida o, solas y falta de todo apoyo y sin conciencia de sus posibilidades, se centran desde temprano en el objetivo de tener hijos como única fuente posible de apoyo. Esta diversidad incomponible, además de la importancia que tiene la mujer o más exactamente cierto tipo de mujer, para la vida del barrio, para su dinamismo y humanidad, aconseja una atención especial a la figura femenina (Trigo, 2008, 103).

Estas mujeres de los barrios, madres que tienen que asumir diferentes papeles a la vez, forman parte de —y constituyen— lo que los investigadores sociales llaman la familia popular venezolana. En este sentido Moreno (2007) indica que “el modelo familiar-cultural popular venezolano es, pues, el de una familia matricentrada, o matrifocal” (p. 6).

Con el fin de evitar confusión, Moreno (2007) profundiza en la caracterización señalando que: “Familia matricentrada no significa de ninguna manera familia matriarcal. El matriarcado lleva, en la misma etimología de la palabra, el poder de dominio como contenido definitorio. Si bien el poder de la madre es una realidad presente en la familia matricentrada, no la define. En todo caso no es un poder de gobierno femenino sobre la comunidad. Bajo un patriarcado formalmente fuerte, y realmente débil, funciona un matriarcado totalizador de puertas adentro” (p. 7). La familia —remata Moreno—, dentro de la lógica del matricentrismo, está constituida por una mujer-madre con sus hijos.

Este vínculo madre-hijo se convierte en centro y en elemento definitorio de la configuración de la familia popular venezolana. El mismo Moreno se encarga de establecer la diferencia entre el modelo oficial y el modelo popular de familia venezolana.

“En el modelo oficial de familia, ésta se constituye en algún punto del proceso de pareja. Aunque no haya ni antes ni después maternidad ni paternidad, existe familia. En el modelo popular la pareja en ninguno de sus momentos estructura familia. (...) La familia existe sin ella, como existe también sin el padre (...) En estricto sentido, esta familia se define como matricentrada, porque es la madredad (imposible sin el hijo) su núcleo estructural y además el sentido completo de la relación madre-hijo que es su totalidad” (Moreno, 1996, 442).

La familia

Se ha hablado de familia tradicional, de familia popular, del carácter matricentral de la familia popular, se ha hablado de los diferentes tipos de violencia, uno de ellos denominado violencia interpersonal el cual es de dos tipos: familiar y comunitaria, pero ¿qué es familia?, ¿cómo entendemos eso que genéricamente manejamos como *la base de la sociedad*?

Huggins (2005) define familia como “la institución portadora fundamental de la cultura —espacio y vínculos concretos en el tiempo cronológico de los seres humanos— y es dentro de ella que nos construimos como sujetos. Es a través de los múltiples procesos de identificación que nos vamos tornando mujeres u hombres de determinado grupo familiar, social, nacional, religioso, etc.” (p. 112).

En este sentido, Briceño-León (2007) indica que la familia “incorpora a la persona a un mundo regido por normas y con límites. La familia enseña al niño la diferencia entre lo permitido y lo prohibido, lo inicia en los premios y castigos, y lo introduce, a partir de la regla primera de prohibición del incesto en ese pacto simbólico que es la ley (Levy-Strauss, 1964; Lacan, 1976). La influencia de la familia es tanto originaria y pasada como situacional y presente, pues es el contexto de interacción social cercano que puede regular y modular los comportamientos” (p. 29).

Como se puede observar, la dinámica familiar es fundamental en el buen funcionamiento de la sociedad, pues es en ella donde se da la formación de los nuevos sujetos que van creciendo y desarrollándose, y que influirán posteriormente en el acontecer social.

La violencia del tipo delincencial, al igual que cualquier otra situación que se da en la sociedad, al arrebatarle un miembro a un grupo familiar concreto, altera e

influye en los procesos de socialización que se dan en dicho grupo, originando consecuencias impredecibles.

Para la profesora Huggins (2005) “ninguna familia está aislada ni construye sola a los nuevos sujetos sociales, sino que se desenvuelve en el contexto sociopolítico, cultural, económico y en cada territorio social o comunidad inmediata, en articulación simbólica con los medios de comunicación social, las iglesias, la administración de justicia y todas aquellas instituciones que reproducen (y también transforman) la cultura” (p. 112).

Al respecto, Soto y Castillo (1993) expresan que “toda situación social incide directamente sobre el funcionamiento de la familia, y dificulta el cumplimiento de las funciones que ésta debe cubrir para el desarrollo de sus miembros, especialmente los niños. (...) Las carencias físicas y emocionales dificultan la estructuración de personalidades adecuadamente desarrolladas, favoreciendo un círculo vicioso de violencia en el que, primitivamente, se devuelve sin procesar aquello que se recibe” (pp. 63-64).

El duelo

Además de estas aproximaciones teóricas sobre la violencia, la familia, la mujer del barrio y el carácter matricentral de la familia popular, es necesario hacer referencia a un elemento presente, con mucha fuerza y de distintas maneras, en cada una de las familias estudiadas: el duelo.

El tipo de violencia a la que hace referencia esta investigación —violencia interpersonal del tipo comunitaria o violencia delincencial—, abordada algunos párrafos atrás, afecta la dinámica familiar y deja como resultado situaciones de duelo con las que los familiares de las víctimas deben lidiar. Pero, ¿qué es duelo?, ¿cómo puede entenderse una situación de duelo? En 1993, el psicólogo Gil’Adí definió el duelo como “un proceso de adaptación ante las pérdidas en nuestra vida” (p. 198).

La profesora Huggins (2005) va más allá al indicar que “el duelo es otra de las consecuencias de la mortalidad por violencia o accidentes de todo tipo (...) Además de que todo el grupo queda sometido a una serie de necesidades económicas, sociales y psicológicas que pueden desestructurarlo a corto plazo, dependiendo del papel que la persona fallecida jugaba en el grupo familiar, tanto en la realidad exterior como el lugar emocional que le correspondía, el duelo por muertes inesperadas es mucho más difícil

de elaborar (...) El duelo por la muerte súbita del hijo genera un duelo capaz de desorganizar la vida de la madre por largo tiempo” (p. 122).

La doctora en psicología Merenfel de Moscu (1993) prevé las consecuencias de esta situaciones de duelo al asegurar que “la pérdida de un ser querido es un hecho doloroso y traumático, que tarde o temprano afectará la vida de cada uno de nosotros en forma importante y trascendente” (p. 185).

La elaboración del duelo es un factor crucial para la recuperación del doliente. Su salud psicológica, emocional y física depende de la forma en que éste sea elaborado. El respeto por el tiempo más o menos prolongado que la persona necesita para recuperarse del impacto, y el apoyo de familiares y amigos, son factores de una importancia incalculable (...) La forma en que la persona “elabora el duelo”, enfrenta y supera lo sucedido puede traducirse en una experiencia invaluable de crecimiento y desarrollo psicológico o por el contrario, puede convertirse en una vivencia desmoralizadora y colapsante de la cual el individuo difícilmente emerge o no emerge jamás (...) Ayudar a los deudos a elaborar el duelo NO SIGNIFICA EVITARLES EL DOLOR que esta experiencia les ha acarreado. Cada doliente, en forma individual, debe superar ciertas etapas: 1) la fase de la negación, 2) la fase de caos emocional, 3) la fase de búsqueda y separación y 4) la fase de una nueva relación con uno mismo y con el mundo. (Merenfeld de Moscu, 1993, pp. 187-188).

III. ESTRATEGIA METODOLÓGICA

Tomando en cuenta la situación de violencia delictiva que tiene lugar en el país, surge la idea de sumergirse en los casos de tres familias afectadas por dicha situación e intentar recoger en una semblanza —tipo de reportaje interpretativo— sus historias y vivencias para darle a conocer al lector los daños y/o alteraciones causadas en estas familias tras la pérdida de uno de sus miembros.

Preocupa que se parta sólo de una cifra de muertos cada fin de semana para hablar de injusticia y de impunidad, y no que se esté partiendo del estudio y conocimiento de casos concretos para la formulación de estas premisas. Lo segundo nos permitirá tener presente la magnitud de lo primero. Podremos hablar con propiedad del daño que causa la violencia delincuencia en la familia venezolana en la medida en que conozcamos a fondo casos concretos.

¿Por qué realizar semblanza?

Los productos periodísticos se diferencian unos de otros de acuerdo a lo que el profesional del periodismo quiera mostrar. De ahí que hablemos de noticias, reseñas, entrevistas, crónicas, reportajes.

La semblanza es un tipo de reportaje interpretativo que permite tratar casos concretos sin la pretensión de establecer generalizaciones sobre el fenómeno de estudio. Esto es, en realidad, lo que se busca con esta investigación, pues no se quiere determinar con exactitud y de manera concluyente las consecuencias de la violencia en todas las familias venezolanas afectadas. Se busca el conocimiento y manejo de casos concretos que, colocados en un contexto, nos hablen de una realidad mucho mayor pero no con sentido generalizador.

Benavides y Quintero (1997) definen la semblanza como “un reportaje acerca de una persona real con un tema de interés humano. Su objetivo es resaltar la individualidad de una persona y/o colocarla en un marco general de valor simbólico social. (...) La semblanza ha ido evolucionando hasta nuestros días y hoy encontramos en ella los siguientes elementos: entrevistas con personajes, anécdotas y vivencias de la persona, información biográfica del sujeto, descripción de su casa o su lugar de trabajo, entrevistas con fuentes cercanas al sujeto, con críticos y con enemigos y la presencia de un tema concreto” (p. 165).

Marín (2003) dice que el reportaje “es el más basto de los géneros periodísticos. En él caben todos los demás. Es un género complejo que suele contener noticias, entrevistas o crónicas, así como recursos de otros géneros literarios, como el ensayo, la novela corta y el cuento. Los reportajes amplían, completan y profundizan la noticia para explicar un problema, plantear y argumentar una hipótesis o contar un suceso (...) El reportaje investiga, describe, informa, entretiene, documenta” (p. 66).

En esta misma línea de aproximarnos a una definición de lo que es el reportaje, Ulibarri (2003) dice que para definir este género “la tarea no es tan simple como acudir a diccionarios, los que difícilmente van más allá de identificarlo como información periodística en su carácter general, o como relación de hechos. Y si nos remitimos a los teóricos de la disciplina debemos hacerlo en el entendido de que sus criterios también son diversos” (p. 24).

Tras revisar una serie de planteamientos y enunciados de otros autores, Ulibarri concluye que “en el reportaje hay información, con diferentes grados de profundidad y extensión. Los medios recomendados para obtener esta información varían, pero la información testimonial, la documentación, la investigación inspirada en métodos científicos y las entrevistas son esenciales. Su propósito puede ser informar acerca de un hecho inmediato, narrar al lector lo que acontece en lugares remotos, ampliar la noticia o revelar la trama de los vínculos existentes en un conjunto de hechos” (2003, p. 28).

Otros elementos son agregados por Rondero, León, Sáenz, Grillo y García (2002) al señalar que “el reportaje es el cuento completo sobre un aspecto que cambia y que amerita ser explicado a fondo. Un reportaje apunta principalmente a la razón del lector mientras que la crónica se asemeja a una película en la que el periodista busca llegar a su imaginación. El reportaje se parece más a un ensayo que explora un fenómeno, sus manifestaciones, sus causas y sus consecuencias en profundidad. Por eso el género sólo se presta para historias de largo aliento” (p. 221).

Esta amplitud que caracteriza al género ha llevado al establecimiento varios tipos de reportajes dependiendo de varios elementos. Díaz Rangel (1990, p. 76) y el mismo Marín (2003, pp. 230-231), a la hora de abordar la clasificación de los reportajes, citan a Vicente Leñero, quien establece cinco tipos de reportajes. El *demostrativo*, en el que se prueba una tesis, se investiga un suceso o se explica un problema. El *descriptivo*, en el marco del cual se retratan situaciones, personajes, lugares o cosas. El *narrativo*, que relata sucesos. El *instructivo*, que permite la divulgación de un conocimiento

científico o técnico, o ayuda a los lectores a resolver problemas cotidianos. Y por último, el *de entretenimiento*, que sirve para hacer un retrato divertido al lector.

Pero Díaz Rangel (1990) va un poco más allá al afirmar que “de acuerdo a opiniones de diversos autores, y del conocimiento de este género periodístico, pueden ofrecerse estas diversas clasificaciones: según sus objetivos: *informativo, investigativo e interpretativo*; según fuentes y metodología: *testimonial, de investigación*; según el medio: *diarios y revistas, radio, televisión-video-cine*; según los autores: *individual o colectivo, de equipo*” (pp. 75-76).

La semblanza, realizada en el marco de esta investigación, se corresponde con el reportaje *descriptivo* de la clasificación elaborada por el profesor Leñero. Para Benavides y Quintero (1997) “en la semblanza el periodista controla la investigación y el desarrollo del texto. Es un trabajo de interpretación que requiere imaginación y una gran capacidad para presentar con sencillez y claridad problemas y situaciones complejas” (p. 169).

Esta afirmación nos lleva al ámbito de la interpretación en el que se mueve un reportaje de este tipo. Es por ello que Benavides y Quintero (1997) hacen especial énfasis y asumen como un deber por parte del periodista, el acto de la interpretación.

“La interpretación es un recurso y una responsabilidad del periodista a la hora de concebir una semblanza. Si estamos, por ejemplo, ante el caso de un enfermo de SIDA que se ha ofrecido para probar un nuevo medicamento, en manos del reportero estará la elección del propósito de su pieza: mostrar cómo vive un enfermo de SIDA; exponer una historia de coraje y superación; explorar los sentimientos de alguien que se enfrenta a la muerte; ofrecer una panorámica de cómo se trata a estas personas en el país; señalar un camino de esperanza para quienes viven esa situación, por citar algunos posibles ángulos” (Benavides y Quintero, 1997, p. 170).

Sobre la tendencia interpretativa Castejón Lara (2009) señala que “ella involucra una actitud reflexiva, analítica del periodista, que implica una mayor participación profesional, una exigencia metodológica distinta a la del Periodismo Informativo convencional y hasta una estrategia lingüística” (p. 115).

Ahora sí, tipo y paradigma de la investigación

Esta es una investigación de campo, de tipo exploratoria y descriptiva, basada en estudio de casos y que se inscribe en la metodología cualitativa de investigación, que es

un tipo de metodología en la que el estudio no busca ser concluyente ni arrojar resultados generalizadores, por el contrario, busca el conocimiento a fondo de casos concretos. Para ello se vale del método etnográfico que implica entrevistas, observación participante, registros de experiencias, entre otros. Los elementos que constituyen el método etnográfico, en resumidas cuentas, se corresponden con los elementos de la semblanza destacados por Benavides y Quintero.

Desde la experiencia adquirida en el desarrollo de sus propios trabajos de investigación, Alejandro Moreno y Carlos Sandoval destacan las razones por las cuales la metodología cualitativa es idónea para una investigación como la planteada en esta oportunidad.

“Nos ha parecido que un estudio cualitativo del fenómeno en sujetos populares venezolanos, más allá y distinto de los enfoques cuantitativos y descriptivos, era muy necesario pues sólo desde un conocimiento profundo del mismo se puede pensar en la posibilidad de elaborar políticas preventivas y correctivas ajustadas a nuestra realidad” (Moreno, 2008, p. 16).

Este propósito que se persigue con una investigación de tipo cualitativa, expresado por Moreno, entra dentro del ámbito de responsabilidades que tiene el periodista como servidor público de ofrecer a las personas una información determinada para que estas actúen e intenten mejorar su calidad de vida, lo que pasa por la resolución de los problemas de su entorno.

Sandoval (1996), señala que:

Es a través del análisis de los diferentes tipos de acción humana que alcanzamos el conocimiento de la naturaleza específica y diversa de las sociedades humanas. Asumir una óptica de tipo cualitativa comporta, en definitiva, no solo un esfuerzo de comprensión, entendido como la captación del sentido de lo que el otro o los otros quieren decir a través de sus palabras, sus silencios, sus acciones y sus inmovilidades a través de la interpretación y el diálogo, sino también, la posibilidad de construir generalizaciones que permiten entender los aspectos comunes a muchas personas y grupos humanos en el proceso de producción y apropiación de la realidad social y cultural en la que desarrollan su existencia. (p. 32).

El mismo Sandoval (1996) sostiene que las investigaciones cualitativas aportan mucho en el proceso de producción de conocimiento, pues ellas permiten: “a) la

recuperación de la subjetividad como espacio de construcción de la vida humana, b) la reivindicación de la vida cotidiana como escenario básico para comprender la realidad socio-cultural y c) la intersubjetividad y el consenso como vehículos para acceder al conocimiento válido de la realidad humana” (p. 34-35).

Martínez (s/f) señala que “la investigación cualitativa trata de identificar la naturaleza profunda de las realidades, su sistema de relaciones, su estructura dinámica, aquella que da razón plena de su comportamiento y manifestaciones. De ahí que lo cualitativo (que es el todo integrado) no se opone a lo cuantitativo (que es sólo un aspecto) sino que lo implica e integra, especialmente ahí donde sea importante” (p. 3).

En esta misma línea de entender las bondades de la metodología cualitativa, Silva-Peña, Borrero, Marchant, González y Novoa (2006) aportan lo siguiente:

La decisión de utilizar una metodología cualitativa está dada por la posibilidad que ésta nos brinda de establecer una relación directa con los sujetos, con la realidad observada, la intención de ahondar en las cualidades del sujeto, aprehender la relación sujeto/sujeto a través de una relación dialógica, extrayendo y contraponiendo discursos, construyendo la investigación, ya que no es sólo la razón del sujeto que investiga la que se plasma en el resultado final, sino que es principalmente el actuar, pensar, sentir y hacer de quienes son parte de la investigación, mediados subjetivamente por nuestra condición de observadores. (p. 47).

Se han escogido, de manera deliberada, tres familias como “grupos de interés” dentro de esta investigación. Estos grupos familiares han sido víctimas de violencia delincuencia en los últimos once años y han perdido a un integrante de su núcleo familiar producto de ella. Ahí el principal argumento de validación para la escogencia de los tres casos. En este sentido, es pertinente tener presente lo que señala Patton, citado por Peña, Borrero, Marchant, González y Novoa (2006), este autor dice que “el tamaño de la muestra, en una investigación cualitativa se presenta sin reglas y depende de lo que uno busca conocer” (p. 47).

La necesidad de viajar a las profundidades e intimidades de cada grupo familiar para experimentar de cerca sus modos de vida y su manera de pensar; la tarea obligatoria de instaurar diálogos, conversaciones y de compartir personalmente en distintas circunstancias; el interés de explorar y hurgar en sus historias de vida y en sus recuerdos; el propósito de conocer sus opiniones y puntos de vista sobre el mundo, la

vida, sus vidas, la vida de los otros, y el hecho inevitable de observar de cerca, muy de cerca, para describir sus comportamientos y sus vivencias, ha llevado a plantear este estudio como una investigación de campo, de tipo exploratoria y descriptiva, basada en estudio de casos.

Para Sabino (1992) una investigación de campo es aquella en la que “los datos de interés se recogen en forma directa de la realidad, mediante el trabajo concreto de investigador y su equipo. Estos datos, obtenidos directamente de la experiencia empírica, son llamados primarios, datos de primera mano, originales, producto de la investigación en curso” (p. 68). Pero agrega que una investigación de campo “no puede basarse exclusivamente en datos primarios. Siempre será necesario ubicar e integrar nuestro problema y nuestros resultados dentro de un conjunto de ideas más amplio (marco teórico o referencial), para cuya elaboración es imprescindible realizar consultas o estudios bibliográficos” (p. 69).

Por su parte, Arias (2006) coincide con el planteamiento de Sabino al sostener que “la investigación de campo es aquella que consiste en la recolección de datos directamente de los sujetos investigados, o de la realidad donde ocurren los hechos” (p. 31).

Dos consideraciones importantes agrega Ramírez (1999) al explicar que “la investigación de campo puede ser extensiva, cuando se realiza en muestras y en poblaciones enteras (censos); e intensiva cuando se concentra en casos particulares, sin posibilidad de generalizar los resultados” (p. 31). Tomando en cuenta estos planteamientos se puede afirmar que esta investigación de campo es intensiva.

En cuanto al carácter exploratorio y descriptivo de esta investigación, los planteamientos de Hurtado de Barrera (2008) y Sampieri, Collado y Lucio (2003) dan luces al respecto.

La investigación exploratoria “consiste en indagar acerca de un fenómeno poco conocido, sobre el cual hay poca información o no se han realizado investigaciones anteriores, con el fin de explorar la situación. Este holotipo permite que el investigador se familiarice con lo que está estudiando” (Hurtado de Barrera, 2008, p. 98).

Sampieri, Collado y Lucio (2003), dan a conocer que “los estudios exploratorios se efectúan normalmente, cuando el objetivo es examinar un tema o problema de investigación poco estudiado o que no ha sido abordado antes” (p. 58).

En relación con la investigación descriptiva Hurtado de Barrera (2008) indica que la misma “tiene como objetivo la descripción precisa del evento de estudio. Este tipo de investigación se asocia al diagnóstico. En la investigación descriptiva el propósito es exponer el evento estudiado” (p. 101). En este sentido, la triplete conformada por Sampieri, Collado y Lucio (2003) señala que “con mucha frecuencia, el propósito del investigador es describir situaciones y eventos. Esto es, decir cómo es y cómo se manifiesta determinado fenómeno. *Los estudios descriptivos buscan especificar las propiedades importantes de personas, grupos, comunidades o cualquier otro fenómeno que sea sometido a análisis* (Dankhe, 1986). Miden o evalúan diversos aspectos, dimensiones o componentes del fenómeno a investigar. Desde el punto de vista científico, describir es medir” (p. 60).

Se ha dicho también que esta investigación está basada en estudio de casos, pues la materia prima del estudio está en los tres grupos familiares, y también en las voces de cada uno de los miembros de dichos grupos familiares y personas muy allegadas. Arias (2006) señala que “en principio, se entiende por caso cualquier objeto que se considera como una totalidad para ser estudiado intensivamente. Un caso puede ser una familia, una institución, una empresa, uno o pocos individuos. Dado que un caso representa una unidad relativamente pequeña, este diseño indaga de manera exhaustiva, busca la máxima profundidad del mismo” (p. 32).

“Lo peculiar de este diseño (estudios de casos) es el estudio profundo de uno o muy pocos objetos de investigación, lo que permite obtener un conocimiento amplio y detallado de los mismos (...) La limitación de este tipo de investigaciones es, de acuerdo a lo anterior, la casi absoluta imposibilidad de generalizar o extender a todo el universo los hallazgos obtenidos, por lo que resultan poco adecuadas para formular explicaciones o descripciones de tipo general” (Sabino, 1992, p. 82).

La entrevista y la observación participante fueron las dos técnicas fundamentales empleadas para la realización de esta investigación, permitiendo la recolección de información biográfica y el registro de experiencia.

“La entrevista es un acto sexual, caminar el ser de otra persona, traspasar sus zonas claras y oscuras, descubrir sus máscaras, retirarlas y dejar que ese personaje *represente* su vida: actúe, se mueva, gesticule, alce la voz y permanezca vivo, natural, sobre un trozo de papel” (Ortega, 1992, p. 11).

En cuanto a la entrevista, Halperín (1995) la define como “el arte del vínculo” (p. 24), mientras que Castejón Lara (2009) dice que la misma “tiene doble connotación y una doble utilidad. Por una parte, es una técnica de recolección de información y, por la otra, un valioso género informativo” (p. 37).

Cómo técnica, la entrevista es el recurso de investigación más utilizado en el periodismo contemporáneo. Prácticamente todo el trabajo reporteril se basa en ella, ya que es el instrumento más idóneo para la obtención de la información de actualidad. Eso se debe a su versatilidad y funcionalidad basada en un diálogo concertado o no. Sin embargo, su efectiva aplicación requiere una adecuada planificación y ejecución.

Como género, la entrevista ofrece una vía expresiva específica para la divulgación de informaciones de actualidad basadas esencialmente en diálogos sostenidos por un periodista con un personaje de relevancia noticiosa. (Castejón Lara, 2009, p. 38)

En el caso que nos compete fue utilizada la entrevista como técnica para la recolección de información. Sin embargo, en los encuentros con todos los entrevistados se pudo verificar la realización de diferentes tipos de entrevistas.

Para Dragnic (1993) existen tres tipos de entrevistas, la *informativa*, la de *opinión* y la de *personalidad*. Halperín (1995) dice que son seis tipos: *de personaje*, *de declaraciones*, *de divulgación*, *informativas*, *testimoniales* y las *encuestas*. Por su parte Ronderos, León, Sáenz, Grillo y García (2002) hacen referencia a tres tipos: la *informativa*, la *de experto* y la *de perfil o semblanza*.

Tomando en cuenta esta clasificación, se puede afirmar que en la presente investigación se llevaron a cabo dos tipos de entrevistas: la *de personalidad*, entendida también *de perfil o semblanza* y la *de experto*.

En el caso de la *entrevista de personalidad* Dragnic (1993), citando a Martín Alonso, dice que esta es “un trozo de biografía y de novela. En esta tarea de interés humano se revela el temperamento del reportero escritor; el periodista ha de sumar como valor positivo, el tono y el ambiente de la conversación, su semblanza física y moral, la resistencia pasiva para decir aquello que deseamos saber, y algo que no se expresa o se deja adivinar solamente” (p. 37).

En la entrevista de perfil o semblanza “lo que importa es el personaje y dar a conocer al lector el carácter, las costumbres y las circunstancias que forjaron su personalidad (...) Se requiere dar una descripción filosófica y sociológica del personaje,

su forma de vida, su familia, sus amigos, su ideología” (Ronderos, León, Sáenz, Grillo y García, 2002, p. 208).

La segunda entrevista, la de experto, también es explicada por Ronderos, León, Sáenz, Grillo y García. Dicen que ésta “se usa para profundizar o contextualizar un tema coyuntural. En estos casos no se ahonda en la personalidad del entrevistado sino en sus conocimientos y en aquellos aspectos de su trayectoria que legitimen sus respuestas. Por ejemplo, la que se le hace a un crítico de arte acerca de las tendencias de la pintura contemporánea” (2002, p. 208).

La importancia que tiene para una semblanza el hecho de entrevistar a varias fuentes es un elemento destacado por Benavides y Quintero (2004) al afirmar que “entrevistar a otras fuentes tiene varios propósitos. Uno, alcanza un equilibrio en el texto, de modo que la semblanza no resulte una publicidad gratuita o un libelo. Dos, complementar con otros puntos de vista la idea que el sujeto tiene de sí mismo. Tres, poner a prueba los juicios del reportero al compararlos con los otros” (p. 197).

En este sentido, a continuación los nombres de cada una de las personas que, con sus voces, testimonios y experiencias hicieron posible la realización de la *semblanza* constituida por las vivencias de las familias de Doris-William, Silvina-Ronny y Oleira-Toñín. Entre esas personas encontramos a los protagonistas de las historias: los miembros de cada familia; pero también a los amigos de éstas y a expertos y conocedores de temas como violencia, delincuencia, familia, duelo, victimización, justicia, procesos de socialización, cultura popular, etc., cuyos aportes permitieron ir entendiendo muchas de las situaciones dadas en cada uno de los núcleos familiares estudiados.

Los protagonistas:

Doris, William y los suyos	
Miembros de la familia	Rol dentro del grupo familiar
<i>William José Arias Barreto</i>	Asesinado en diciembre de 1999
Doris Barreto	Madre de William
Susana Arias Barreto	Hermana mayor de William
Luisana Arias Barreto	Hermana menor de William
José Virtuoso	Amigo cercano de la familia
Janeth Calderón	Amiga cercana de la familia
Wilfredo Maldonado	Amigo cercano de William

Silvina, Ronny y los suyos	
Miembros de la familia	Rol dentro del grupo familiar
<i>Ronny Abel Torres Zúñiga</i>	Asesinado en enero de 2003
Silvina Zúñiga	Madre de Ronny
Yeferson Gamero	Hermano menor de Ronny
José Rafael Torres Vargas (Cheíto)	Tío paterno de Ronny
Edilia Vargas	Abuela paterna de Ronny
Carmen Moreno	Vecina de Ronny

Oleira, Toñín y los suyos	
Miembros de la familia	Rol dentro del grupo familiar
<i>Wildred Antonio Granado Gutiérrez (Toñín)</i>	Asesinado en agosto de 2003
Oleira Gutiérrez	Madre de Toñín
Simón Granado	Padre de Toñín
Octavio Granado Gutiérrez	Hermano mayor de Toñín
Javier Granado Gutiérrez	Hermano menor de Toñín
Dorys Rengel	Amiga cercana de Oleira
Ediomar Herrera	Amigo de Toñín
Richard Cedeño	Amigo de Toñín
Alsly José Herrera (Chelín)	Amigo de Toñín

Voces profesionales:

Nombre	Área del conocimiento / Institución	Fecha de la entrevista
María Josefina Ferrer	Abogada, criminóloga y victimóloga del Instituto de Ciencias Penales de la UCV.	- 09/08/2010* - 23/09/2010
Jesús Machado	Sociólogo e investigador del Centro Gumilla	- 10/08/2010
Fernando Giuliani	Psicólogo y miembro del Departamento de Psicología Social de la Escuela de Psicología de la UCV	- 10/09/2010
Roberto Briceño-León	Sociólogo y director del Observatorio Venezolano de Violencia (OVV)	- 17/09/2010
Arturo Peraza	Abogado, profesor en la Escuela de Derecho de la UCAB y ex director de la revista Sic	- 02/10/2010*
Alejandro Moreno	Religioso salesiano y sacerdote, licenciado en Psicología y doctor en Ciencias Sociales	- 26/02/2010
Frank Bayola	Antropólogo	- 25/02/2010
Antonio Pigantello	Psicólogo y miembro del Departamento de Psicología Dinámica de la Escuela de Psicología de la UCV	- 02/03/2010
Leonor Mora Salas	Psicóloga y miembro del Instituto de Psicología de la UCV	- 02/03/2010
Samuel Hurtado	Profesor de la escuela de Antropología de la UCV	- 27/04/2010
Laurence Quijada	Abogada y profesora en la Escuela de Derecho de la UCV	- 16/06/2010**
Eduardo Soto	Abogado y profesor en la Escuela de Derecho de la UCAB	- 16/06/2010**
Robert Samet	Candidato a Ph. D. y miembro del Departamento de Antropología de la Universidad de Stanford	- 27/05/2009** - 17/06/2009** - 28/06/2009** - 30/06/2009**
Robert Neimeyer	Ph. D. y miembro del Departamento de Psicología de la Universidad de Memphis	- 04/08/2010** - 07/08/2010**

*Vía telefónica

**Vía correo electrónico

La información obtenida en cada una de las entrevistas realizadas a los familiares, amigos y conocidos de los muchachos asesinados, fue sometida a un proceso de análisis exhaustivo con el propósito de encontrar en cada frase los elementos que permitieran explorar y describir la manera en que estas personas vivieron y viven la pérdida violenta de uno de sus seres queridos.

En este sentido, el proceso aplicado fue el recomendado por Marín (2003) para el examen de datos obtenidos de entrevistas, pues se *leyeron los datos* tomados durante la entrevista, *se transcribieron las conversaciones*, *se analizaron*, a través de la lectura y relectura, estas transcripciones para entender cada una de las frases, comprender panorámicamente lo tratado y descubrir el significado y la trascendencia de las declaraciones dadas. Este análisis permitió *seleccionar y organizar* la información requerida para lograr los objetivos específicos planteados en el marco de esta investigación y planear así la estructura definitiva del reportaje. De estas dos etapas: la de análisis y la de selección surgieron los cuatro capítulos que hoy constituyen esta semblanza.

Este proceso coincide, en cierta forma, con la estrategia de análisis del lenguaje explicada por Yuni, Urbano y Ciucci (2006), circunscrita al tipo de investigación etnográfica. En cuanto a la información biográfica recolectada, indican estos autores que “el procedimiento analítico fundamental es el análisis del lenguaje que, en cualquiera de sus variantes, pretende identificar los valores (signos) y los procesos de significación (valoración) que utilizan los actores para representarse a sí mismo, como seres que experimentan el paso del tiempo (personal y social) en un contexto dado” (p. 217).

Desmembrar los textos biográficos en sus partes constitutivas forma parte de ese análisis del lenguaje planteado por Yuni, Urbano y Ciucci, y que se asemeja a lo sugerido por Marín en el proceso de examen de datos. En el caso de las entrevistas a expertos, el tratamiento es diferente puesto que, de entrada, la conversación se da de manera más estructurada y es menos lo que hay que analizar. Con la información obtenida de las entrevistas a expertos o conocedores de los temas se puso en práctica un proceso que consistió en relacionar lo dicho por ellos con la vivencia encontrada en cada caso de estudio.

Pero así como se nos habla de la entrevista como método de recolección de información, también se nos dice que la observación participante constituye parte esencial del método etnográfico, que es fundamental dentro de la metodología de investigación cualitativa. El compartir con los miembros de las familias fuera de la lógica de las entrevistas; el visitar sus casas, sus lugares de trabajo, los sitios en los que ocurrieron los asesinatos, el conocer a amigos y vecinos, el *estar* presente en algunas de sus actividades rutinarias (un domingo en la casa, por ejemplo) han permitido, en el marco de esta investigación, la obtención de información de gran valor, información indispensable cuando lo que se busca yace en lo intensivo más que en lo extensivo. El análisis de la información obtenida a través de las entrevistas y de la observación participante permite, como señala Bisquerra (2004), “estudiar lo que la gente ‘dice y hace’, en lugar de lo que la gente ‘dice que hace’, más propio de las encuestas y métodos cuantitativos” (p. 258).

Arias (2006) señala que “la observación es una técnica que consiste en visualizar o captar mediante la vista, en forma sistemática, cualquier hecho, fenómeno o situación que se produzca en la naturaleza o en la sociedad, en función de unos objetivos preestablecidos. Puede ser *simple o no participante*: cuando el investigador observa de manera neutral, sin involucrarse en el medio o realidad en la que se realiza el estudio. *Participante*: el investigador pasa a formar parte de la comunidad o medio donde se desarrolla el estudio” (pp. 69-70).

Sabino (1992) hace un planteamiento sobre la *observación* que resulta más amplio. “La observación consiste en el uso sistemático de nuestros sentidos orientados a la captación de la realidad que queremos estudiar” (p. 110).

Parafraseando a Robledo (2009) éste define la observación participante como el fundamento de la investigación etnográfica que facilita la comprensión de cualquier realidad social. Ella es utilizada, con mucha frecuencia, en casos que ameritan una aproximación a minorías, grupos étnicos, subculturas, etc.

“En la Observación Participante lo que se pretende es que el investigador se convierta él mismo en un “nativo” a través de la inmersión en la realidad social que analiza o, dicho de otro modo, lo que el investigador pretende es aprehender y vivir una vida cotidiana que le resulta ajena. Para ello se ocupa de observar, acompañar y compartir con los actores las rutinas típicas y diarias que conforman la experiencia humana” (Robledo, 2009, p. 1).

Sanmartín Arce (2003) explica que “la presencia del investigador en el campo donde se desarrolla la vida real que se desea estudiar es condición necesaria para la aplicación de la observación participante, pero no es suficiente. *Estar allí* es algo más que mera presencia física. Implica participar de varias formas y en distintos grados” (p. 58). Además, agrega que “la observación participante trata de respetar la complejidad de la vida que estudia por ser esa una cualidad real de lo observado” (p. 61).

IV.SEMBLANZA

Impactos de bala

Testimonios de tres familias caraqueñas víctimas de violencia delincencial

Quien sabe de dolor todo lo sabe.

Dante

Una bala tiene el poder

De acabar con una vida

de cercenar una pierna

de crear un huérfano, una viuda
de aniquilar mil proyectos y metas.

Un acto de graduación

una vida perfecta.

Cien vidas en treinta años.

Un libro, un artista, un poeta,
un guardia, un sacerdote, un cirujano,
un reo, una prostituta o un profeta.

De destruir asesinos

Inocentes

Porquerías

o Lumbreras.

Tú tienes el poder de no apretar el gatillo
de pasar la página
de darte otra oportunidad y no arruinar tu fiesta.

La fiesta que es la vida.

José Javier Sánchez

CAPÍTULO I

Un elemento común: la muerte

Edson Morales tiene 24 años de edad. Nació en Caracas. Su vida se ha desarrollado entre la única calle principal y los callejones y escaleras de su barrio, El Limón, ubicado en el oeste caraqueño. Entre 2003 y 2009 ha visto morir a 15 personas (familiares, amigos y/o vecinos) en manos de la delincuencia y a través del uso de armas de fuego. De esos 15 jóvenes, 12 vivían en el mismo barrio donde habita hoy Morales y ocho perdieron la vida en sus diferentes ambientes. Todos eran varones con edades comprendidas entre los 17 y los 30 años.

En el año 2003 Morales vio irse a Ronny Abel Torre Zúñiga (19), a Gregorio Antonio Miranda (29) y a Tonny Paredes Pavón (21). En el 2004 murió Juan Carlos Rivas Mayora (30). En el 2005 las balas le quitaron la vida a Anthony J. Jiménez (25). En el 2007 el adiós lo daba Johan Antonio Pérez Hernández (21). En el año 2008 le correspondió el turno a William José Ure Rivas (25), a Edgar Alfonso Velázquez Mayora (24), a Ricardo José Valero (21) y a Emisael Rondón (19). En el 2009 partieron José Orangel Ramírez Serpa (23), José Alberto Mata (20), Jonathan Alexander Febres (17), Argenis Wladimir Morfe Ramírez (28) y Maikel Bolo (17).

Con los pies casi descalzos, el pecho al aire, en shorts o interiores rotos y con menos años en sus historias, Morales y varios de estos jóvenes llegaron a construir largas carreteras de tierra al margen de las escaleras, en los patios de las casas o en algunos terrenos desocupados del propio barrio para desplazar en ellas sus carritos de plástico o de hierro, y vivir así un mundo de fantasía donde, para ellos, todo era perfecto, desde la tierra incrustada en las uñas de las manos hasta las rodillas rasguñadas y apoyadas en el rústico suelo.

Con el tiempo, fueron creciendo. Los carritos quedaron a un lado, pero no así los partidos de béisbol en medio de las escaleras con pelotas improvisadas hechas de periódico y bolsas plásticas. Las partidas de pelotica de goma en la calle principal y las interminables rondas de *fusila'o* con las que más de uno sufrió esguinces, se convirtieron en recuerdos imborrables de una etapa única en la vida: la niñez.

Nada era impedimento para que estos pequeños se reunieran y en cambote dejaran brotar su inocencia y se convirtieran en los personajes más felices del mundo en

medio de la dura realidad del barrio; realidad que no les afectaba aparentemente, pero con la que chocarían un día; choque del que sólo Morales ha salido “ileso”.

Esta anécdota sobre Morales y los 15 jóvenes cercanos a él que han caído en manos de la delincuencia, a pesar de que no será trabajada en profundidad en las páginas siguientes, ilustra la crítica situación que se vive en una barriada concreta del oeste caraqueño: El Limón, en la carretera Caracas-La Guaira. Pero el problema no es exclusivo de este barrio. La problemática se extiende a otras zonas y sus víctimas se multiplican. Eso sí lo podremos ver más adelante con cada una de las historias que revisaremos en detalle.

Cada fin de semana, decenas de familias caraqueñas pierden a un miembro de su grupo familiar en manos de la violencia delincencial que se vive en la ciudad. Al mes son centenares, y al año, miles. Para comprobar esta afirmación, basta con revisar la prensa nacional los dos primeros días de cada semana. Ahí el lector encontrará el número de muertes que tienen lugar en la ciudad entre la noche de los viernes y la madrugada de los domingos. Un número que generalmente oscila entre las 30 y las 50 víctimas fatales. A veces más, a veces menos.

Pero el drama trasciende las páginas de los periódicos. En la camioneta del transporte público, en el vagón del Metro, en la cola para pagar la luz y el agua, en el supermercado o en el abasto fácilmente se pueden conocer historias de personas que de una u otra manera han sido afectadas por la violencia y han perdido a un familiar, amigo o conocido en manos de ésta.

En los barrios de Caracas y en las puertas de la morgue de Bello Monte, lugar al que son trasladados los cuerpos sin vida de las víctimas de violencia delincencial, madres, padres, hermanos, esposas, hijos, demás familiares y amigos protagonizan constantemente escenas dramáticas de dolor y sufrimiento cuando el fenómeno les arrebató a uno de los suyos. Así, familias caraqueñas sufren hoy los embates de un grave problema que envuelve a la ciudad. Un alto índice de homicidios tiene lugar en las calles de Caracas.

La Encuesta Nacional de Victimización y Percepción de Seguridad Ciudadana 2009 (ENVPSC-2009), realizada por el Instituto Nacional de Estadística (INE) y el Consejo Nacional de Prevención y Seguridad Ciudadana, entre agosto y noviembre de 2009, y cuyos resultados corresponden al periodo julio 2008-julio 2009, arroja cifras abrumadoras: 19 mil 113 homicidios en todo el país, lo que se traduce en una tasa de 75

asesinatos por cada 100 mil habitantes. De ese total de homicidios, aproximadamente ocho mil ocurrieron en el área metropolitana de Caracas.

Según nota publicada por El Universal el 08 de noviembre de 2009, el Instituto de Investigaciones de Convivencia y Seguridad Ciudadana (Incosec) proyectaba un aproximado de 19 mil 400 asesinatos para el cierre de ese año en toda Venezuela, una cifra muy próxima a los resultados de la última encuesta de victimización del INE. Sin embargo, la problemática no es del todo nueva.

Desde la década de los 90 Venezuela ha venido mostrando un incremento en su índice de asesinatos. No obstante, ha sido en los últimos diez años, según señalan los estudiosos del tema, en los que el comportamiento de la tasa de homicidios se ha disparado de forma desproporcionada, lo que habla de un empeoramiento de la situación en lo que a este flagelo se refiere.

Roberto Briceño-León, sociólogo y director del Observatorio Venezolano de Violencia (OVV), recogió en un cuadro el número de homicidios ocurridos en Venezuela entre 1989 y 2007² con datos tomados del OVV, del Centro para la Paz de la Universidad Central de Venezuela (UCV), del Ministerio del Poder Popular para las Relaciones Interiores y Justicia y del Instituto Nacional de Estadística (INE). A dicho cuadro se le han agregado los datos correspondientes a los años 2008 y 2009, dados a conocer por el Centro de Estudios Sociales (CES) a través del Informe de PROVEA del año 2008 y por la ENVPSC-2009.

CUADRO 1

Evolución del número de homicidios ocurridos en Venezuela entre 1989 y 2009

Año	Homicidios	Tasa
1989	2.513	13
1990	2.474	13
1991	2.502	13
1992	3.366	16
1993	4.292	21
1994	4.733	22
1995	4.481	21
1996	4.961	22
1997	4.225	19
1998	4.550	20

² Véase Briceño-León, 2009.

1999	5.868	25
2000	8.022	33
2001	7.960	32
2002	9.617	38
2003	11.342	44
2004	9.719	37
2005	9.964	37
2006	12.257	45
2007	13.156	49
2008*	14.467	52
2009**	19.113	75

*Los datos de este año emanan del Centro de Estudios Sociales (CES)

**Los datos de este año emanan de la ENVPSC-2009

Datos tomados de Briceño-León, 2009.

Con el cuadro anterior rápidamente comprobamos que, en las últimas dos décadas, el problema de homicidios en el país ha experimentado un continuo crecimiento. El 2003, que fue un año de mucha convulsión política para Venezuela —recordemos, por ejemplo, el paro petrolero—, mostró una variación interesante: el número de homicidios aumentó significativamente. Sin embargo, para el 2004 la tasa cayó en siete puntos, pero luego, en los años siguientes, la cifra de víctimas fatales en manos de la delincuencia retomó su comportamiento en sentido ascendente, con lo que el panorama se hacía cada vez más complejo.

El 22 de enero de 2010, tras haberse instalado la Policía Nacional Bolivariana (PNB) en la parroquia Sucre, al oeste de Caracas, como una estrategia del Gobierno para combatir la inseguridad y la violencia delictiva, la Agencia Bolivariana de Noticias (hoy Agencia Venezolana de Noticias) publicó un trabajo en el que se recogen declaraciones dadas a dicha agencia por el comisario Pedro Tang, coordinador de formación de la PNB.

En el marco de estas declaraciones Tang informó que, según cifras del Cuerpo de Investigaciones Científicas Penales y Criminalísticas (CICPC), en Venezuela habían ocurrido 12 mil 257 homicidios durante el año 2009, cifra que está muy por debajo de lo que señala la ENVPSC-2009, realizada por el INE.

Según la crónica de la entonces ABN, el comisario de la PNB indicó que el 18 por ciento de tales homicidios, es decir, 2 mil 218 de los 12 mil 257 registrados por el CICPC, habían tenido lugar en la región capital. El municipio Libertador se erigió,

según Tang, como el área más afectada de dicha región, pues en ella se contabilizaron 1 mil 478 asesinatos, o lo que es lo mismo, dos tercios del total de homicidios ocurridos en esta zona. Esto devela la existencia de una problemática fuerte en una zona habitada principalmente por personas pertenecientes a los niveles menos favorecidos de la estratificación socioeconómica venezolana.

La última encuesta de victimización del INE señala que en el área metropolitana de Caracas ocurrieron 8.047 homicidios, es decir, 38 por ciento del total de homicidios perpetrados en el país. Para efectos de esta encuesta, el INE define al área metropolitana de Caracas como el espacio que comprende el municipio Libertador, Distrito Capital; la parroquia El Junko, estado Vargas, y los municipios Baruta, El Hatillo, Sucre, Chacao, Carrizal, Los Salias, y parte del municipio Guaicaipuro, del estado Miranda.

Tomando en cuenta tanto las declaraciones del comisario Tang, como los resultados emanados del INE en su última encuesta de victimización, y teniendo presente la gran brecha entre unos y otros resultados, se puede apreciar cómo el área metropolitana de Caracas, concretamente el municipio Libertador, se ha convertido en un escenario en el que se presenta con mucha fuerza el problema de muerte violenta por uso de armas de fuego.

William José Arias Barreto, habitante de Catuche, barrio ubicado entre las parroquias Altigracia y La Pastora; Ronny Abel Torre Zúñiga, residenciado en el barrio Nuevo Día, de la carretera Caracas-La Guaira y Wildred Antonio Granado Gutiérrez (Toñín), domiciliado en el barrio 19 de Abril, de Gramoven, en Catia, son tres jóvenes cuyas historias y las de sus familias permiten conocer y mostrar el problema de violencia delincriminal que se vive en distintas partes del municipio Libertador de la ciudad de Caracas, aproximándonos así a las consecuencias que éste ocasiona a quienes desafortunadamente tropiezan con él en cualquier momento del día, cualquier día de la vida.

La muerte de estos tres jóvenes trajo consigo cambios fundamentales en las vidas de las madres, alteró circunstancialmente las relaciones familiares, dejó vacíos imposibles de llenar, proyectos truncados, muchas personas marcadas para siempre: hermanos, primos, amigos y conocidos. Las balas que ayer le quitaron la vida a William, a Ronny y a Toñín también hirieron a sus familias, sólo que a éstas les tocó seguir viviendo con dichas heridas, demostrando que, a pesar del dolor que llevan consigo, son familias *echadas pa' lante*.

Noche de dolor en Catuche

William José Arias Barreto, de 20 años de edad, salió del trabajo casi al final de la tarde de aquel viernes 03 de diciembre de 1999. Por las noches estudiaba Contabilidad en el Colegio Universitario Francisco de Miranda, ubicado en la esquina de Mijares, en la parroquia Altagracia. Esa noche no tenía clase. Se fue a Guanábano, sector del barrio Catuche, donde vivía.

Diciembre había entrado con días lluviosos y aquél era un viernes de cielo nublado. Amenazaba con llover. William llegó al barrio temprano y se quedó en la entrada compartiendo con sus amigos con los que jugaba básquet, su deporte favorito. Se quedó cerca del consultorio médico de Fe y Alegría, ubicado en la entrada del barrio, justo donde comienza la rampa que da acceso al sector Guanábano.

Doris Barreto, la mamá de William, había trabajado ese día en el centro médico que ella coordinaba, y también había ido a hacer unas diligencias pendientes al sector La Quinta del mismo barrio. El trabajo con la comunidad la mantenía en un constante ir y venir por los diferentes sectores de Catuche. Cuando salió de La Quinta, se encontró con un amigo suyo llamado Santiago, a quien luego de saludarlo, le dijo: “Cuídate por ahí, mira que hoy es viernes”. Para el caraqueño, los viernes han significado, desde hace décadas, días de alboroto, de algarabía y de peligro porque representan el comienzo del fin de semana.

Los viernes son días de cobro, hay dinero en la calle y muchos culminan su jornada laboral; en muchos lugares de Caracas se concentra la gente para tomarse unos tragos, oír música y compartir con los amigos. Nunca falta el que pregona: “Hoy es viernes de aroma, día de alzar el codo y...”. En este contexto el peligro aumenta y la delincuencia encuentra condiciones para hacerse presente. Un panorama que se vive hoy y que no resulta novedoso para quienes, desde hace décadas, habitan en esta ciudad.

Doris se fue para Guanábano, llegó a su casa, buscó un cheque que le había dado el padre jesuita José Virtuoso para comprar el pesebre comunitario del sector. Virtuoso, hoy rector de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), para entonces se desempeñaba como director del Centro Gumilla. Tras tomar el cheque, Doris se fue al banco. Saliendo de Guanábano se encontró a William en las afueras del consultorio médico. Doris se aproximó:

—¿Para dónde vas? —preguntó él.

—Voy al Banco de Venezuela, a la taquilla externa. ¿Vamos? —contestó Doris.

—No. Dale. Yo te espero aquí —respondió William.

En ese momento comenzó a llover. Doris continuó su camino acompañada de una amiga que laboraba como enfermera en el centro médico de Guanábano. Mientras salían del barrio y comenzaban a patear el asfalto de la avenida Baralt, Doris comentó:

—Ojalá que llueva, que llueva bastante.

—¿Y eso por qué, Doris? —preguntó la enfermera.

—Porque seguro que William va a querer quedarse un rato con los muchachos y yo no quiero que él esté por la calle.

Doris se fue a hacer su diligencia. William y sus amigos quedaron ahí, el cielo seguía nublado y la llovizna lo iba empapando todo poco a poco. Sobre el concreto que cubría los callejones de Guanábano comenzaban a formarse charcos de agua. El olor de la quebrada Catuche y el ruido que produce el desplazamiento natural de las aguas que corren por su cauce, configuraban el panorama aquel 03 de diciembre por la noche.

Cuando Doris regresó, William seguía parado en el mismo lugar donde lo había dejado. Estaba con un amigo. Doris los saludó. Ellos respondieron al saludo. Y en ese momento el muchacho que acompañaba a William expresó:

—Aquí, Doris, pendiente de comernos el mundo. William y yo nos vamos a comer el mundo.

—Tengan cuidado —les dijo Doris—, no sea que el mundo se los coma a ustedes.

Luego Doris continuó su camino hacia la casa, no sin antes clavar fijamente la mirada en los ojos de William. Éste se dio por enterado de que debía subir cuanto antes y dejar de estar merodeando por el sector. Así habían aprendido a comunicarse William y Doris. Muchas veces ella lo había hecho pasar pena delante de sus amigos. Si ya eran las nueve de la noche y William no había llegado a la casa, Doris bajaba a buscarlo, o si William salía del liceo a las seis de la tarde, y diez o quince minutos después no había llegado a la casa, ella lo iba a buscar, porque el liceo quedaba muy cerca.

Estas situaciones llevaron a que los amigos de William lo vieran como un “sometido”, cosa que a él le incomodaba sobremanera. Producto de ello, él y su madre llegaron al acuerdo tácito de hablarse con las miradas. Aquella noche Doris sólo lo miró y continuó su camino a casa; efectivamente, unos minutos más tarde William hizo lo mismo. Al entrar en la vivienda, Doris lo notó triste; estaba muy callado.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bravo? —le preguntó.

—No —contestó él.

Entonces prendió el equipo de sonido, pues quería escuchar música e hizo algo inusual:

—Doris, consígueme un CD de vallenato.

Doris se sorprendió, pues a William no le gustaban los vallenatos; sin embargo, consiguió prestado un CD y se lo entregó. Ciertamente algo le pasaba al joven, pues empezó a escuchar *Los caminos de la vida*, canción de la agrupación colombiana *Los Diablitos*, un tema con el que se identifican muchos de los habitantes de los barrios de Caracas, un tema conocido y tarareado por quienes asumen, sin miramientos, su gusto por el vallenato y por quienes lo aborrecen como si se tratara de un gusto inconcebible.

Terminado el turno del vallenato, William dio *play* a sus discos de salsa, y comenzó a cantar al son del género latino. Con cada melodía salsera se sumergía en otras historias, como intentando escapar de la suya propia o como buscando en las letras de esas canciones la explicación a ese *no sé qué* que tenía por dentro aquella noche.

Cuando se terminó la salsa, se despegó del equipo de sonido por un instante y se paró en la puerta de la casa mirando hacia afuera, levantó los brazos y colocó las manos sobre el arco de la puerta. Así estuvo un momento, viendo y sintiendo aquella noche fría y húmeda que arrojaba a Caracas. Luego rompió el silencio y se dirigió a Doris:

—Los muchachos quieren que yo me tome unas cervezas con ellos, pero yo no quiero tomar. Yo voy a bajar, les brindo unas cervezas, yo me tomo una malta y subo ahorita.

Eran cerca de las ocho y media de la noche. Doris no quedó muy complacida con lo que acaba de escuchar, y le dijo:

—Mira, usted sube ahorita. Es más, van a ser las ocho y media, si usted a las nueve no está aquí, yo lo voy a buscar. William ya tenía veinte años, tenía mujer y un niño de tres meses de nacido a quien habían puesto por nombre Lewis, y sin embargo Doris continuaba hablándole como si fuera el niño de años atrás.

—Si vale, tranquila. ¿Me haces una arepa? —respondió William, al tiempo que salía de la casa.

—Ok —contestó Doris.

Él salió y ella se paró en la puerta mientras lo veía bajar. A pocos metros de la casa había un pequeño puente, debajo de éste se encontraba un hombre preparando una

droga. Cuando William llegó al lugar, se agachó y cruzó unas palabras con el individuo. Doris, observando desde la puerta de la casa, dijo: "Bueno, ¿qué le pasa a William? ¿Va a fumar?". No había terminado de pronunciar estas palabras cuando vio que William se levantó y tiró contra el suelo la droga de aquel hombre. "¡Ay, qué le pasa a William, Dios mío!", dijo Doris nuevamente. Cuando ya iba a salir para dirigirse hacia donde él estaba, éste volteó, se dio cuenta de que su mamá lo había estado observando, le hizo una seña para que se quedara tranquila, le gritó "ya vengo" y siguió bajando.

El muchacho al que William le había tirado la droga se quedó ahí agachado, molesto, recogéndola. William bajó y su mamá se metió a la cocina para hacerle la arepa, tarea que muy pocas veces ejecutaba con éxito.

Hoy Doris sigue afirmando ser un desastre en la cocina. Asegura que la masa siempre le queda dura, y las arepas deformes. En diciembre de 2009, el apartamento en el que vive actualmente estaba recién pintado y acabando de llegar del cementerio con sus hijas, Doris tenía mucha hambre; puso a freír un pedazo de pescado y como el sartén se prendió en candela, a ella sólo se le ocurrió echarle agua. El apartamento quedó ahumado, y la cocina como si no la hubiesen pintado.

Entonces, aquella noche, William terminó de bajar. Se consiguió con sus amigos y se instalaron al pie de las escaleras que comunican al puente Guanábano con el caserío del mismo nombre. Por razones desconocidas hasta hoy, él tuvo en ese momento una discusión con un señor apodado "el Quiquito", cuyo hijo y yerno al parecer andaban en malos pasos. William no pensó que el problema pasaría a mayores. Se quedó ahí, a los pies de las escaleras, conversando con sus amigos, cuando de pronto, uno de los muchachos que estaba parado a su lado le dijo:

—Mosca que ahí viene el yerno de Quiquito, y te viene apuntando.

—¡Ah, esa vaina es de juguete! —contestó William.

El yerno de Quiquito se le acercó amagándolo con un arma de fuego, y William no se quedó quieto, por el contrario, apartó con sus manos el arma con que el sujeto intentó amedrentarlo.

Estando Doris en la cocina haciéndole la arepa a William José, entró una sobrina y le dijo: "Tía, ten cuidado porque allá abajo Quiquito estaba discutiendo con William.

Ten cuidado. Pendiente”. En eso, ambas salieron de la cocina y llegando al medio de la sala, se oyeron dos detonaciones que inmediatamente aceleraron el corazón de Doris.

Unos minutos antes, Janeth Calderón, vecina y amiga de Doris desde hacían varios años, había llegado del trabajo en medio de la llovizna y vio a William ahí en la entrada del barrio, en las inmediaciones del centro de salud. Lo saludó y siguió hacia su casa. Apenas había entrado cuando también escuchó las detonaciones.

En Catuche, como en cualquier barrio de Caracas, es costumbre lanzar *triquitraqui* durante todo el mes de diciembre producto de las fiestas decembrinas. Las detonaciones de fosforito muchas veces no suelen distinguirse de los disparos por armas de fuego.

Janeth pensó en un primer momento que eran fuegos artificiales, hasta que escuchó: “Janeth, corre, corre, que es el hijo de Doris, le dieron al hijo de Doris”. En cambio Doris supo desde el mismo instante en el que escuchó las detonaciones, en medio de la sala, al lado de su sobrina, que algo malo había pasado. El corazón quería escapársele por la boca, golpeaba muy fuerte y muy rápido entre su pecho y su espalda.

El yerno de Quiquito, al ver que no lograba amedrentar a William, no tuvo otra idea que la de cargar el arma, apuntar y disparar casi que a quemarropa sobre el cuerpo del muchacho. Al caer herido en el suelo húmedo y frío, un segundo disparo penetró su cuerpo arrebatándole la vida.

Entre tanto, en medio de la sala, Doris escuchó cuando alguien, desde afuera, gritó: “¡Señora Doris, señora Doris, que baje que a William le dieron un tiro!”. En ese momento Doris sintió que sus piernas se fueron al suelo. Los callejones de Guanábano se llenaron de voces y de gente corriendo. Doris salió de su casa, pero las piernas no le daban, caminó agarrada de las paredes. Sintió que todo el mundo se desapareció y que quedó ella sola en medio de la incertidumbre que la rodeaba.

Janeth salió corriendo de su casa en busca de William, cuando llegó al lugar del hecho, al pie de las escaleras, ya los amigos habían subido al joven mal herido hacia el puente, en busca de un vehículo que los trasladara a un centro de salud. Janeth subió hasta la avenida y ahí lo vio. Lo miró a la cara. Su máxima esperanza era que se salvara, pero el rostro de William daba signos de fatalidad. Lo montaron en un vehículo y arrancaron rumbo al Hospital Dr. José María Vargas, ubicado entre las esquinas de

Providencia a Monte Carmelo, de la parroquia San José, muy cerca del puente Guanábano.

Wilfredo, uno de los amigos de William de toda la vida, dice que el carro aún no había terminado de cruzar el puente cuando ya William había volteado los ojos de una manera muy rara. Él, Wilfredo, cree que en ese momento su amigo murió.

Doris estaba aterrada, debilitada, temblaba, no podía sostenerse en pie. No sabe cómo se desplazó. A un muchacho que venía corriendo Doris le dijo:

—¡Ayúdame!

—No, yo voy corriendo a ayudar a William, para llevarlo al hospital —le contestó él.

Le tocó seguir sola. Llegó al pie de las escaleras que comunican con el puente, y cuando empezó a subir escuchó a unas personas comentar: “Ese muchacho está muerto”. Eso no detuvo a Doris. Cuando por fin llegó a la avenida Baralt, ya se habían llevado a William. Había mucha gente aglomerada. Muchas miradas se posaron sobre ella. Sin embargo, Doris sólo pensaba en conseguir un carro que la llevara hasta el Hospital Vargas. Ningún vehículo se quería parar. De pronto uno se detuvo y alguien le dijo: “Móntate”. Doris se montó. Otra persona quiso hacer lo mismo pero ella se lo impidió. “Yo quiero estar sola”, fueron las palabras que pronunció antes de cerrar la puerta y de que el vehículo arrancara.

En las afueras del hospital había mucha gente. Doris llegó, se bajó del carro, caminó hasta la puerta y de una vez le dijo al vigilante:

—Necesito pasar para ver a un muchacho que trajeron tiroteado.

—¿Qué es usted de él? —preguntó el vigilante.

—Yo soy su mamá —y sin esperar que le diera la autorización, lo apartó y entró.

Cuando iba por el pasillo del hospital, venía Janeth llorando y gritando: “Doris, yo corrí, lo trajimos, lo intentamos, pero...”. Doris no entendía —o no quería entender— por qué Janeth gritaba todas esas cosas. La debilidad que unos minutos atrás la había envuelto, había desaparecido. Llegó a la puerta de una habitación y pidió ver a William. Un funcionario de la Policía Técnica Judicial (hoy CICPC) que estaba ahí le dijo:

—Señora, no lo puede ver.

—¿Perdón? ¿Cómo que no lo puedo ver si yo soy su mamá? Yo voy a verlo quieran o no quieran —e inmediatamente quitó al policía y se metió.

El cuerpo de William José reposaba sobre una camilla. Doris se acercó, le desabrochó la camisa y empezó a revisarlo para ver en qué parte del cuerpo le habían dado los tiros. Quería certificarlo con sus propios ojos. Inmediatamente entró Susana Arias Barreto, la hija mayor de Doris, y cuando iban a llevarse el cuerpo de William, ésta comenzó a dar gritos y perdió el control. Paradójicamente, fue Doris la que con temple pudo controlar en ese momento la situación: “Susana, deja que se lo lleven. Cállate y deja que se lo lleven”.

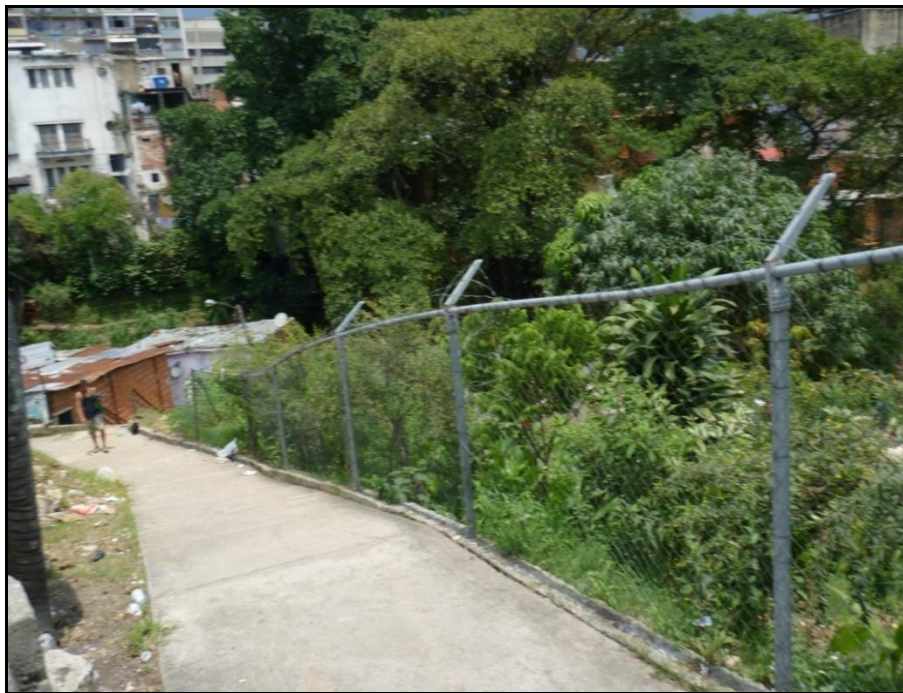
Desde ese momento Doris quedó como en un estado de shock, quedó como ida. Estaba pero parecía no estar. De pronto, cuando ya todos iban saliendo del hospital, escuchó la voz de Janeth que gritaba: “¡Ayúdenme que se va a desmayar, Doris se va a desmayar!”, sin embargo Doris hoy dice que en aquel momento se sentía bien.

Ya afuera del hospital, se encontraron Doris y José Virtuoso. Para Doris, el padre Virtuoso siempre había significado mucho, había sido como su gran apoyo, era como el hombre de su familia, el que orientaba a sus hijos, el que tenía siempre una palabra de aliento, el que en todo momento, bueno o malo, estaba ahí para tenderle una mano. Ambos se abrazaron de tal manera que parecían ser uno, tanto por la proximidad de sus cuerpos, como por la comunión que se dio entre ambos en ese momento.

En los brazos del padre Virtuoso, Doris sintió que había encontrado el refugio perfecto para rendir todas sus fuerzas. Abrazados, incapaces ambos de tragarse el llanto, se fueron abajo lentamente, hasta que sus rodillas, agotadas, encontraron en el suelo frío de aquella noche, el lugar más inmediato para descansar, pues apenas se vislumbraba el camino difícil que Doris y su familia comenzarían a recorrer a partir de entonces.



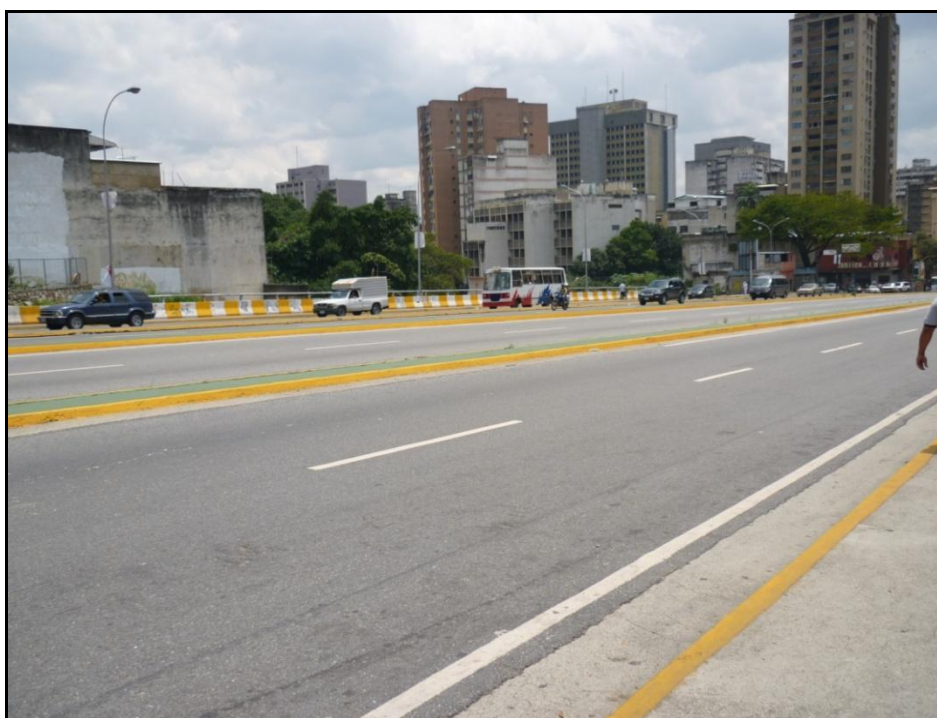
Sector Guanábano, del barrio Catuche (Foto Erick Mayora)



Rampa que da acceso al sector Guanábano, desde el puente Guanábano (Foto Erick Mayora)



William José Arias Barreto (Cortesía de Doris Barreto)



Puente Guanábano, avenida Baralt (Foto Erick Mayora)

Siete años sin saber qué pasó

Cerca del mediodía del viernes 30 de enero de 2003, Ronny Abel Torres Zúñiga, de 19 años de edad, salió de su casa ubicada en el barrio Nuevo Día de la carretera Caracas-La Guaira. Subió a Catia para encontrarse con unos amigos. Irían a bailar, a

“rumbear”, a pasarla bien. Eso fue lo que le dijo a Yeferson Eduardo Gamero Zúñiga, su hermano menor, quien para entonces tenía nueve años de edad.

Ronny salió pasando por alto la sugerencia dada por Silvina Zúñiga, su madre, durante las primeras horas de la mañana de ese mismo viernes: “Hijo, no te vayas para la calle”. Subiría a Catia con Pipo, uno de sus amigos, pero como éste tardaba mucho en bañarse y arreglarse, prefirió adelantarse. Inexplicablemente, nunca llegó al punto de encuentro.

Aquel viernes Silvina, Ronny y Yeferson se levantaron muy temprano. Sin imaginarlo, aquella mañana, con sus palabras, sus gestos y quehaceres, sería la última que compartirían los tres reunidos como la familia que eran.

—Mamá, ¿qué es lo que quiere Yeferson? ¿Cuál es la necesidad que tiene ahí?
—preguntó Ronny, mientras se desprendía de las sábanas y salía de la cama.

—Que tiene unos granitos en las piernas y quiere que yo lo lleve al médico, pero hoy no puedo. La señora me dijo que no faltara hoy, que ella me necesita allá. Además, como no es muy grave lo que tiene, mejor lo dejo para después —respondió Silvina.

Yeferson seguía inquieto. Insistía en que la mamá lo llevara al hospital. Entonces Ronny intervino. “Yeferson, ven para ver qué es lo que tienes”. Lo revisó, y le dijo: “No, gafo, segurito que no te bañaste ayer y te pusiste a volar papagayo por ahí. El sudor y la tierra hicieron que te salieran esas pepitas. Ven para ponerte otro pantalón”. Yeferson estaba en interiores. Ronny tomó un monito verde que el niño usaba mucho y se lo colocó. Estaba tan usada la prenda que a nivel de las rodillas la tela había desaparecido.

Mientras tanto, Silvina preparaba unas arepas, una carne molida y unas empanadas para dejarle comida hecha a los muchachos. Ronny, después de haber vestido a su hermanito, se dirigió hasta el radio que estaba sobre la nevera y hundió el botón de encendido, colocó un disco, agarró de la mesa una taza con un poco de jugo de tamarindo que se estaba tomando su mamá y salió hasta la sala mientras se empinaba el recipiente. Abrió la ventana, puso la taza en el marco de ésta y comenzó a bailar mientras observaba la inmensa montaña cubierta de bloques rojos que se dibuja en frente, en la que se divisan las grandes barriadas de Gramoven y Nuevo Horizonte.

—Parece una paloma, ¿verdad? —comentó Silvina desde la cocina, refiriéndose a una extensión de terreno ubicada en esa montaña que observaba Ronny, cuya maleza había sido podada. Silvina veía en ese pedazo de terreno podado la forma de una

paloma. Ronny asintió mientras continuó bailando frente a la ventana, apreciando, no sólo la inmensidad de la naturaleza, sino también la imponente pobreza caraqueña.

Silvina, con la masa de las arepas entre las manos, se quedó mirando la silueta danzante de su hijo. “Tan temprano y bailando”, pensó en voz alta. Ronny la escuchó y solamente sonrió, después tomó una camisa y su único par de zapatos, se sentó cerca de esa misma ventana y comenzó a vestirse.

Silvina, que seguía metida en la cocina, le dijo a su hijo más pequeño: “Yeferson, pregúntale a Ronny por dónde está el sol”, pero inmediatamente pensó: “Bueno, yo estoy loca, ¡que preguntando por dónde está el sol, no te digo yo”. Yeferson y Ronny no pudieron contener la risa, Silvina tampoco.

—¿Qué hora es? —preguntó Silvina reformulando lo que había querido decir.

—Mamá, son las siete y media —respondió Ronny, aún sonriente.

—¡Dios, pero si ya es tarde! —exclamó Silvina, mientras aceleraba el paso.

Se apuró en hacer las otras empanadas. Se comió dos mientras se vestía. “Sí, me comí dos porque tú sabes que uno va y se monta en el Metro y muchas veces hay retraso, entonces uno por no haber comido se puede desmayar. Yo siempre acostumbro comerme aunque sea una arepita antes de salir”.

Entonces hizo las arepas, las empanadas, la carne. Se terminó de vestir lo más rápido posible, agarró sus cosas y cuando iba saliendo, justo en la puerta, volteó, Ronny seguía sentado cerca de la ventana, ella lo miró, él hizo lo mismo. Ella le habló: “Hijo, si no consigues trabajo este mes, me va a tocar ayudarte a comprar los zapaticos. Menos mal que esos que tienes todavía están buenos, todavía aguantan como dos meses”. Él no contestó, sólo la miraba, la miraba profundamente. Ella abrió la puerta como esperando que él dijera algo. Él no dijo nada.

“Él a veces me decía: 'dame mil bolos ahí'; 'vete que vas a llegar tarde' o 'bendición, mamá'. Esta vez no me dijo nada. Sólo se me quedó mirando fijamente”. Silvina le dijo: “Hijo, no te vayas para la calle. Trata de estar aquí en la casa para yo poder trabajar tranquila y así ayudarlo un poco en lo que usted necesita. Tal vez la semana que viene sales por ahí y compras el telefonito y bueno, como ya tienes mayoría de edad, empiezas a buscar tu trabajito; compramos el periódico y ahí buscamos algo”, pero el silencio continuó. Silvina se marchó.

En la casa donde trabaja haciendo los quehaceres, Silvina se angustió de pronto. Mientras limpiaba el patio sintió como si alguien le hubiese dicho: “Tu hijo se está

ahogando”. Desde ese momento no pudo estar tranquila, quedó con un mal presentimiento. La imagen de Ronny ahogándose era algo que le invadía la cabeza. Así pasó todo el día.

Cuando llegó el viernes en la noche a la casa, se encontró con que Ronny había salido. Se molestó mucho, pues ella le había pedido que no lo hiciera. “Mamá, él me dijo que iba para una fiesta y que venía el sábado”, dijo Yeferson. La señora Silvina no pudo dormir bien esa ni ninguna de las noches venideras.

El sábado en la mañana la preocupación se apoderaba de ella. Salió temprano y en las escaleras se encontró con el señor Juan Torres, abuelo paterno de Ronny, quien vive en una casa vecina. Entablaron una conversación y Silvina le manifestó el sentimiento de angustia que la invadía.

—¿Llegó Ronny? —preguntó el señor Juan.

—No. No vino a dormir y aún no llega. Eso me tiene preocupada —contestó Silvina.

—Quédate tranquila que seguro no se vino anoche de la fiesta porque era muy tarde. Ese llega en cualquier momento —sugirió el señor Juan.

Entre él y otras personas convencieron a Silvina de que se fuera al trabajo, que ellos quedaban al pendiente de Yeferson hasta que Ronny llegara. Silvina se fue a trabajar al otro lado de la ciudad, en Cumbres de Curumo, municipio Baruta, estado Miranda, donde ha laborado como doméstica por más de 16 años. Durante todo el viaje lo que hizo fue pensar en su hijo.

En el trabajo algo curioso le pasó mientras preparaba un pastel de pollo. Al estirar la masa con el rodillo, la misma tomó forma de corazón. Al verlo, Silvina inmediatamente pensó: “Parece el Corazón de Jesús que tiene Ronny pintado en su cuarto”. Deshizo la figura, amasó y estiró nuevamente con el rodillo. Ahora la masa tomó forma de ave. Silvina recordó el comentario sobre el terreno con forma de paloma, que ella le había hecho a su hijo el viernes en la mañana. Le pareció extraño, pero no hizo mucho caso.

Mayor atención prestó cuando al estirar la masa por tercera vez se formó la figura de una persona. “Bueno, yo no estoy loca. Yo sé que a veces hablo sola, pero a veces uno prefiere hablar solo que salirle con un desplante a alguien, eso no significa que uno esté loco. Uno lo que hace es preguntarse cosas y así uno reflexiona, sea en silencio o en voz alta”, pensó Silvina frente a la masa con forma de persona.

Deshizo la figura por tercera vez, amasó y con el rodillo estiró nuevamente. Una hoja de árbol se formó ante la mirada atónita de esta preocupada madre. “Yo siempre le decía a Ronny que árbol sin hojas no daba sobra. Esa frase se me vino inmediatamente a la cabeza. A veces a uno le pasan las cosas como para que uno vea, para que uno se de cuenta. En ese momento yo lo único que pensé fue: ‘¿Será diosito que me quiere decir algo? Será por eso que mi Señor le dijo a los discípulos: ustedes son mis testigos’; pero como uno no sabe o no piensa en el porqué de las cosas que nos pasan...”, rememora Silvina.

En la noche del sábado volvió a la casa y al llegar preguntó:

—Yeferson, ¿y Ronny?

—No mamá, no ha llegado —contestó el pequeño.

—¿Qué raro! —dijo ella mientras se sentaba en el quicio de la puerta de la casa como esperando que su hijo apareciera en cualquier momento.

No llegó.

En la mañana del domingo, Silvina se levantó muy temprano. Fue a la puerta. La abrió y se encontró con Cheíto (José Rafael Torres Vargas), un tío coetáneo de Ronny. Lo saludó y de una vez le preguntó:

—¿Qué pasó, Cheíto? ¿Y el terremoto? —así le decía a su hijo puesto que siempre andaba de un lado a otro, bailando, brincando y echando broma.

—Está en Guarenas —dijo Cheíto para tranquilizarla. Él aún no sabía qué había pasado con Ronny. La preocupación también lo acompañaba.

—Ah ok, está bien —respondió—. Seguro Cheo llamó para ver si Ronny estaba donde su abuelita —pensó.

Ese domingo Silvina no fue a trabajar. Se quedó en la casa poniendo un poco de orden, limpiando y arreglando los cuartos. “Yo recuerdo que me metí en cuarto de Ronny, lo limpié, estuve viendo todas sus cosas. Ordené todo. Le doblé una ropa que tenía ahí desarreglada, pero en el fondo había algo que no me dejaba tranquila. Me salí a la sala, tomé la Biblia, me senté en una silla, y me puse a leer”. Silvina abrió el texto sagrado justo en la parábola de *Los viñadores asesinos*. No recuerda de qué libro la leyó, pues esta parábola es narrada tanto en el Evangelio de Mateo, como en el de Marcos y Lucas. Tomamos el texto del Evangelio según Mateo por su mayor coincidencia con la paráfrasis hecha por Silvina:

Había un propietario que plantó una viña. La rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar y levantó una torre para vigilarla. Después la alquiló a unos labradores y se marchó a un país lejano. Cuando llegó el tiempo de la vendimia, el dueño mandó a sus sirvientes que fueran donde aquellos labradores y cobraran su parte de la cosecha. Pero los labradores tomaron a los enviados, apalearon a uno, mataron a otro y a otro lo apedrearon. El propietario volvió a enviar a otros servidores más numerosos que la primera vez, pero los trataron de la misma manera. Por último, envió a su hijo, pensando: “A mi hijo lo respetarán”. Pero los trabajadores, al ver al hijo, se dijeron: “Ese es el heredero. Lo matamos y así nos quedamos con su herencia”. Lo tomaron, pues, lo echaron fuera de la viña y lo mataron. Ahora bien, cuando venga el dueño de la viña, ¿qué hará con esos labradores? Le contestaron: “Hará morir sin compasión a esa gente tan mala y arrendará la viña a otros labradores que le paguen a su debido tiempo”.

Hoy la madre de Ronny recuerda que leyó aquellas líneas y dice no haberse dado cuenta de nada. “Ahora yo siento que Dios me estaba hablando, y me hablaba de mi hijo a través de esa lectura y a través de todo lo que me había venido pasando, pero no me percaté de eso, no me di cuenta en su momento”, reflexiona.

Ya caída la noche de aquel domingo inusual y sin saber nada de Ronny desde el viernes en la tarde, Silvina terminó los quehaceres de la casa. Mandó a bañar al *pelaito*, como le decía a su hijo más pequeño, luego lo puso a hacer la tarea. Ambos, uno al lado del otro, se acostaron sobre la cama de Silvina. “Yo recuerdo que le decía esa noche: ‘Yeferson, si Ronny llega y te consigue sin haber hecho la tarea, te va a regañar, mira que a Ronny no le gusta que dejes de hacer la tarea ni que la estés haciendo tan tarde’, porque ya empezaba a hacerse de noche”, cuenta la madre del pequeño.

En esto, los muchachitos del sector, amiguitos de Yeferson, gritaron desde la puerta de la casa: “Yeferson, ahí viene Yenny”. A lo que éste contestó: “Que Yenny ni que coño e’ madre”. Silvina dice que Yeferson siempre ha sido así, “todo tapado para hablar”. Ciertamente, era Yenny quien llegaba, una jovencita con la que había estado viviendo Ronny ahí en la casa, pero cuya relación se había acabado hacía varios meses.

—Hola, Yenny, ¿y eso que estás por aquí? —interrogó Silvina.

—Vine a visitarla, señora Silvina. Yo terminé con Ronny pero usted y yo quedamos como amigas —respondió la joven.

—¿No será que tú te encontraste con Ronny por ahí, y él te mandó adelante para que yo no lo regañe?

—No, señora Silvina. Yo lo vi el jueves en Catia. Pero desde ahí no lo he visto más. Además, quería comentarle que desde el viernes he sentido algo extraño que no me deja tranquila, por eso vine, para saber de ustedes.

—Bueno, hija, fíjate que Ronny salió desde el viernes y no ha llegado. Me dice Cheíto que está donde su abuelita en Guarenas.

Ambas conversaron hasta altas horas de la noche. “Si quieres comer, ahí hay comida, sólo que hay que guardarle a Ronny”. Esta es una de las frases que recuerda Silvina de aquella conversación. También le dijo que se quedara a dormir porque ya era muy tarde. Además, así esperaba a que Ronny llegara para que lo viera. Yenny aceptó la propuesta y se quedó esa noche; durmió en la cama de su ex pareja. “Si él llega sacamos una colchoneta y ahí resolvemos”, dijo la madre del ausente.

En la mañana del lunes, Silvina se levantó temprano, debía ir a trabajar. Al abandonar la cama se percató de que Yenny se había levantado antes, se había arreglado y ya estaba lista para salir. También se dio cuenta de que Ronny no había llegado.

—¿Ya te vas? —preguntó Silvina.

—Sí, ya me voy. Hay algo que me hace sentir rara.

—Bueno, hija, no vayas a creer que yo te estoy engañando pensando que Ronny está con otra y que yo te tengo aquí sin decirte nada, burlándome de ti.

—No, señora Silvina. Yo no pensaría eso.

—Si quieres, puedes quedarte aquí en la casa. Además, así me cuidas al pelaito mientras Ronny llega, y bueno, cuando él llegue usted le dice que vino a visitarme y que yo le pedí el favor de que me cuidara a Yeferson. Él no se va a molestar contigo por eso.

Yenny aceptó quedarse en la casa ese lunes. Cuidaría a Yeferson y esperaría a Ronny. En su trabajo, Silvina no pudo estar tranquila pensando en que a Ronny le había pasado algo. Ese también fue un día de sensaciones extrañas. Sentía que alguien le susurraba cosas al oído, cosas que no entendía. “Limpiando el patio de la casa yo sentía que alguien me hablaba a través de siseos, era alguien a quien no le salían las palabras, a quien sólo le salían silbidos, alguien a quien se le había secado la saliva”.

En la tarde de ese lunes 03 de febrero de 2003, cuando ya Silvina regresaba a su casa, iba llena de incertidumbre pero esperanzada en que Ronny hubiese vuelto. Desde la autopista Caracas-La Guaira, a la altura del barrio Nuevo Día, por la ventana del yip en el que se dirigía al barrio, pudo ver a Yenny sentada en la puerta de la casa. Silvina pidió la parada en la primera entrada (por la autopista Caracas-La Guaira el barrio

Nuevo Día tiene tres entradas). Subió la rampa inclinada que da acceso a las escaleras del sector, luego comenzó a subir escalón por escalón. Traía su cartera y una bolsa con un pollo y unos plátanos. Eso y el cansancio le tumbaban los hombros y, para colmo, la tragedia la esperaba unas cuantas casas más arriba.

Ya faltándole algunos escalones para llegar, Silvina se detuvo frente a la casa del señor Juan. Necesitaba descansar un poco. Desde ahí pudo ver a Yeferson, a Yenny y a varios niños jugando en la puerta de su casa. Según cuenta Silvina y sus vecinos, esta casa siempre había parecido un parque. Ahí los niñitos, junto a Yeferson, se comportaban como tales. A pesar de que hoy no hay niños en la casa, el panorama no ha cambiado mucho.

“Yenny, ven acá”, dijo Silvina desde abajo, pero ésta, al verla, se metió corriendo a la casa. “Algo le pasó a Ronny”, murmuró Silvina, e inmediatamente dejó caer al suelo el pollo, los plátanos y la cartera, y echó a correr escaleras arriba. Entró en la casa mientras gritaba:

“Yenny, dime qué pasó, ¿porqué corriste así? Habla. ¿Dime qué pasó? ¿Le pasó algo a Ronny?”. Pero Yenny no respondía, lo único que hacía era llorar.

Los gritos de la madre desesperada atrajeron a los vecinos y la sala de la casa, con sus paredes de bloques rojos y su techo de zinc, con un par de ventanas hacia donde nace el sol y la puerta principal hacia las montañas del oeste, recibió a las personas. Algunos intentaban calmar a Silvina, otros sólo buscaban enterarse de lo ocurrido. Aún nadie sabía nada, al menos eso aparentaban delante de aquella mujer desesperada.

Llegaron las morochas, tías paternas del desaparecido, quienes también intentaron calmarla. “Tranquilízate, Silvina, que mi papá —el señor Juan— salió a ver si lo encuentra”, dijo una de ellas. Yenny, que permanecía en el cuarto de Ronny, no paraba de llorar. Silvina, calmada, entró al cuarto y con serenidad se sentó al borde de la cama.

—¿Por qué tú lloras tanto? A mi Ronny le pasó algo y tú no me lo quieres decir, ¿verdad?

—No, señora Silvina. A Ronny no le ha pasado nada.

—Entonces ¿por qué tú estás así? ¿Por qué lloras tanto? —insistió.

—Bueno, lo que pasa es que Ronny ha hablado mucho de mí por ahí, ha hablado mal de mí, me lo dijeron y eso me ha hecho sentir muy mal.

—Si te sirve de algo, te puedo decir que mí Ronny nunca me ha hablado mal de ti.

Al rato de estar Silvina sentada en la cama conversando con Yenny, llegó una vecina a quien en el barrio conocen como Chavela. También entraron a la casa el papá de Ronny, de quien Silvina se había separado hacía muchos años, y Cheíto.

“Cuando yo vi que Chavela se sentó a mi lado, ahí en la cama, yo dije: 'pasó algo'. Veo a Cheíto a la cara y le pregunto: 'Cheíto, ¿qué le pasó a Ronny?'. Pero él volteó inmediatamente esquivándome la mirada, no tuvo la fuerza para decirme nada. Fue entonces el papá de Ronny el que me miró fijamente a la cara y me dijo: 'Lo siento'. Así, y con la noticia menos deseada, se ponía fin a la incertidumbre de esos últimos cuatro días. La espera azarosa había terminado de la peor manera.

El calvario de estos días no sólo fue padecido por Silvina. También para los amigos de Ronny fueron días difíciles. Quienes se encontrarían con él el viernes en la tarde se extrañaron por el hecho de que no llegara, pues, según sus testimonios, el joven no acostumbraba a faltar nunca a ninguno de sus compromisos.

Como Ronny no llegó, sus amigos pensaron que andaba con Cheíto, se comunicaron con él y le preguntaron el porqué de la ausencia de Ronny. Cheo los sacó del error, les informó que no estaba ni había estado con él ese viernes. En ese momento se preocuparon, pues Ronny siempre les decía a sus amigos lo que iba a hacer; esta vez ellos desconocían su paradero.

Durante ese fin de semana lo buscaron en diferentes lugares a los que podía haber ido: en Tacagua, barrio muy cercano a Nuevo Día, ubicado en la ladera sur de la autopista Caracas-La Guaira, donde vive su tío Felipe; en Petare, en casa de una tía; en Guarenas, donde vive su abuela paterna. En ninguno de estos lugares estaba. En ninguno de estos lugares sabían nada de él.

Infructuosamente lo buscaron en la policía. Luego planearon ir a los hospitales. Estando cerca de la morgue de Bello Monte, decidieron acercarse con la esperanza de que no estuviera en ese lugar, según comenta Cheíto.

Para el caraqueño, la morgue de Bello Monte representa uno de esos lugares al que nunca se quisiera ir. Saber que a este lugar llegan, a diario, las víctimas fatales de violencia delincuencial y accidentes de tránsito en la ciudad hace que, de entrada, sobre el lugar recaiga una especie de repudio inmediato.

En las cortas escaleras que dan hacia la entrada del recinto; en el muro pequeño de piedra que está justo frente estas escaleras; en la acera de enfrente; debajo de los árboles que, con su verdor, se empeñan en brindar esperanza a quienes ahí sienten haberlo perdido todo; frente a las empañadas puertas de vidrio del edificio, empujadas constantemente por las manos sudorosas de caraqueños que, desesperados, entran y salen en busca de familiares y amigos; ahí, donde un desagradable olor se cola por la nariz, se aloja en la garganta, pica y produce náuseas, se concretan numerosas citas con la muerte, “esa loca de atar y desatar”³.

David González, periodista de sucesos, dice que: “El dolor, la tragedia y la violencia caraqueña se acumulan y reciclan a diario en la morgue de la policía judicial. La sede de la Coordinación de Ciencias Forenses está en un edificio de tres pisos y un sótano: en éste se encuentran la sala de autopsias y las cavas para conservar los cadáveres no reclamados. Todo confluye en ese lugar: las personas que son asesinadas, las que fallecen en accidentes de tránsito, las que se suicidan y las que mueren por causas que deben investigarse”⁴.

“Llegamos y revisamos la lista como en tres oportunidades. En la última revisión nos encontramos con su nombre. Nos llevaron a donde están los cuerpos. Mientras bajábamos yo le pregunto al policía qué había pasado y él me dice que recogieron el cuerpo con tres tiros en el pecho, en la Cota 905. Me extrañó mucho que Ronny estuviera por esa zona, tuve la esperanza de que no se tratara de él. Cuando llegamos a la sala de autopsias el funcionario que nos acompañaba pidió que nos mostraran ‘al negrito’, cuando dijo así yo sentí algo extraño, sentí que sí era Ronny. Nos muestran el cuerpo, lo vimos, y uno viéndolo ahí, puede creer que no es. Nosotros decíamos que sí era, que no era, que sí era. En ésa estábamos. Era como una negación ante lo que estábamos viendo”, explica Cheíto.

Los efectivos policiales tuvieron que pedirle a Cheo y a su acompañante que se calmaran, pues tenían que dar una respuesta definitiva. Terminaron asumiéndolo: era Ronny. Cheíto preguntó nuevamente qué había pasado, y otro funcionario explicó que lo habían encontrado en la Cota Mil con dos tiros en la cabeza. Salieron de la morgue sin una versión clara de lo que había sucedido. Desde ahí la confusión se apoderó del caso. Hoy no se conoce con claridad lo que sucedió.

³ Definición de la muerte, elaborada por Mario Benedetti en su poema *¿Qué les queda a los jóvenes?*

⁴ Véase González, 2007.

Si, por cualquier motivo, la señora Silvina o los amigos de Ronny se hubiesen tropezado con las páginas de sucesos del diario *El Nacional*, del domingo 02 de febrero de 2003, la espera hubiese sido menos larga, pero la tragedia hubiese llegado en menor tiempo.

Los funcionarios del CICPC brindaron a la prensa una versión distinta. Sandra Guerrero escribió para *El Nacional* unas breves líneas sobre lo declarado por los funcionarios en las puertas de la morgue: “Ronny Abel Torres Zúñiga, de 19 años, murió de un disparo cuando intentó atracar a un funcionario de la policía judicial a quien encañonó con una pistola en la estación Los Símbolos del Metro, frente a la Plaza Las Tres Gracias”⁵.

“Esta versión tampoco es creíble, pues Ronny no visitaba esta zona de la ciudad. Además, estoy seguro que ni sabía llegar por allá”, sostiene Cheíto.

Con el tiempo la familia de Ronny ha ido atando cabos y hoy tiene su propia versión. Aseguran que no tienen manera de comprobarla; sin embargo, es la versión con más sentido ante la ausencia de una respuesta clara por parte de las autoridades.

Yenny, la joven que había sido pareja de Ronny, y que apareció la noche de aquel domingo 02 de febrero en la casa de la señora Silvina, se quedó a vivir ahí por más de un mes. Luego desapareció. Hasta el sol de hoy —septiembre de 2010— no se sabe nada de ella.

A medida que fueron pasando los años, la familia se enteró de que esta joven estaba involucrada sentimentalmente con un funcionario del CICPC, y que esta relación se mantuvo mientras Ronny y Yenny vivieron juntos. Para Cheíto: “Hasta ahora la versión que nosotros creemos correcta es que este funcionario le quitó la vida a Ronny por esta muchacha. No tenemos ninguna prueba, ni la culpamos a ella de nada, pero hay circunstancias que nos hacen pensar que esta joven sabe lo que pasó”.

Son varias esas circunstancias de las que habla Cheíto. Por un lado, está la insistencia de uno de los amigos de Ronny de buscar a éste en los hospitales desde el mismo día de su desaparición. También suma la actitud de este amigo al encontrar el cuerpo en la morgue de Bello Monte: “Él desapareció la noche del velorio, no fue al entierro al día siguiente y cuando los muchachos llegaron al barrio después del entierro, encontraron a este chamo con una actitud muy tranquila en la casa en la que se reunían

⁵ La plaza Las Tres Gracias está frente a la estación Ciudad Universitaria del Metro de Caracas.

siempre”, recuerda Yeferson. Sospecharon de él, hubo discusión, golpes de por medio, lo corrieron de la casa, se fue, desapareció. Hoy creen que esta persona entregó a Ronny al presunto asesino.

Por otra parte está la actitud con la que Yenny apareció aquel domingo en la noche en casa de Silvina. La familia cree que esa sensación rara que ella expresaba tener no era sólo un presentimiento, creen que sabía algo más. Luego, después de más de un mes de estar viviendo en casa de Silvina, la joven le pidió dinero a ésta para ir a visitar a su familia a Valencia, prometió volver, mandó un número celular con una amiga del barrio, pero nunca se pudo establecer contacto con ella, nunca nadie contestó las llamadas. Yenny se había esfumado.

“Si ella no hubiese tenido nada que ver en esto hubiese regresado a la casa, porque ahí dejó muchas de sus cosas. A ella nunca mi mamá la trató mal. Por el contrario, mi mamá nunca tuvo hija hembra y por eso la trató muy bien. Ella vivía en la casa, mi mamá corría con sus gastos sin quejarse porque para mi mamá ella nunca fue un problema, pobremente siempre tuvo casa y comida, y viene y desaparece así. Y si aparece espero que ella pueda dar una buena explicación de por qué desapareció de esa manera”, aguarda Yeferson.

El hecho continúa entre versiones, especulación, supuestos y sospechas. Lo que sí se sabe y se siente, con total certeza, es que la muerte llegó de manera violenta y cambió bruscamente la historia de Ronny, de Silvina y de Yeferson, y con ellos la vida de una familia del oeste caraqueño.



Rampa de acceso al barrio Nuevo Día (Foto Erick Mayora)



Ventana de la casa de Silvina. Al fondo, barrios de Gramoven y Nuevo Horizonte (Foto Erick Mayora)



Sala de la casa de Silvina (Foto Erick Mayora)



Casa de Silvina vista desde la autopista Caracas-La Guaira (Foto Erick Mayora)



Ronny Abel Torres Zúñiga (Cortesía de Silvina Zúñiga)



De izquierda a derecha: Ronny y sus dos amigos Franklin y Pipo (Cortesía de Silvina Zúñiga)

Querían un culpable y escogieron a Toñín

Casi todos los viernes, al salir del trabajo, Oleira Gutiérrez se iba a Gramoven a buscar a Toñín (Wildred Antonio Granado Gutiérrez), su hijo menor, para juntos viajar a Guarenas, ciudad satélite a la que se había mudado hacía casi tres años. El viernes 01 de agosto de 2003 Oleira no fue, como acostumbraba, al barrio 19 de Abril de Gramoven donde vivía Toñín y donde ella había residido por más de 25 años. En esos días la harina PAN estaba escasa, Oleira había conseguido varios paquetes, y no quería subir con ellos hasta el barrio. Prefirió irse directo a Guarenas y esperar a su hijo allá.

Toñín, quien para la fecha contaba con 23 años de edad, se iba a casa de su mamá a pasar el fin de semana. Simón Granado, papá de Toño, trabajaba de noche en la construcción del Metro de Los Teques. Toñín hacía lo propio en *Harina Gramoven*, empresa ubicada muy cerca de su casa y a la que el barrio le debe su nombre. Hoy funcionan en las instalaciones de lo que fue *Harina Gramoven* la empresa *Cargill*, encargada de procesamiento y distribución de alimentos.

Antes de irse al trabajo, Simón le había dado plata a Toño para el pasaje y le había pedido que no se quedara en el barrio esa noche.

—Ya sabes, no te quedes aquí, papa, porque yo veo muchos embochinchados. Te vas para la casa de tu mamá. Te encuentras con tus hermanos esta tarde en Chacao, y se van juntos para Guarenas —recomendó Simón.

—Sí, papá, yo agarro una ropa, me arreglo y me voy —respondió Toñín.

El día anterior, jueves 31 de julio, Richard Cedeño Torre, uno de los mejores amigos de Toñín, había estado de cumpleaños. El viernes en la tarde comprarían una botella, pondrían música, bailarían ahí en algunas de las casas del barrio y jugarían cartas o dominó. Los muchachos convencieron a Toñín de que se quedara para celebrar el cumpleaños de Richard. Toñín aceptó y se quedó esa noche en Gramoven.

Los muchachos se “embochincharon”. Era un grupo como de diez o quince jóvenes aproximadamente, entre ellos, dos o tres muchachas. Algunos, trabajadores; otros, estudiantes; todos, jóvenes tranquilos, sin problemas y parranderos sostienen quienes habitan hoy en la comunidad.

Aquella noche compraron una botella de anís y se sentaron en las escaleras a jugar dominó y barajas, a tomarse sus tragos, a hablar y a compartir; a echar broma y a reír. Toñín abrió la puerta de su casa. Desde adentró salían, intercaladas, melodías de vallenato, salsa y merengue que ambientaban el instante.

Desde el equipo de sonido se dejaban escuchar salsas del momento, pero también vallenatos de antaño que hoy siguen haciendo llorar a muchos en el barrio. Esa noche cantaron a coro *Los caminos de la vida*, tema que, sencillamente, narra las dificultades por las que tiene que pasar una familia pobre y humilde en el difícil transcurrir de su vida.

Estando reunidos en las escaleras apareció, acompañado de uno de sus hermanos, José Luis, un joven con el que Toñín había tenido un problema unos meses antes. Éste gritó delante de todos: “Mira, Toño, sabes que voy por ti, te vamos a matar”. Uno de los amigos de Toñín le respondió: “Que van a estar matando ustedes a nadie. Váyanse a joder para otro lado que nosotros estamos tranquilos aquí”. Los sujetos se fueron y ellos continuaron en su fiesta.

Unos meses atrás, Toñín y su papá habían estado en una reunión familiar. Ya en la noche, Simón estaba muy tomado y Toño quiso llevárselo a la casa para que se bañara y descansara. “Cuando llegaron a la esquina para comenzar a bajar las escaleras, el papá no quería bajar, quería irse para donde una mujer que él tenía, entonces mi hijo le dijo: ‘No, papá, no agarres para otro lado, vamos para la casa porque estás muy

rascado'. Entonces el papá le dijo: 'sí, tú vienes detrás de mí para chismosearle a tu mamá'. Tonín le respondió: 'papá, yo estoy tratando de ayudarte porque has bebido mucho, te quiero ayudar a bajar las escaleras para que no te caigas'. Pero Simón empezó a pelear con él. Mi hijo se molestó, y bajó. Antes de llegar a la casa se paró en una de las esquinas, quería tranquilizarse y pasar la rabia", cuenta Oleira.

Estando Toñín parado en esa esquina, bajó José Luis quien, según los habitantes del barrio, era mala conducta. Toñín se le quedó mirando, y el muchacho replicó:

—¿Qué me ves tú, chamo?

—Bueno, esta esquina es libre y yo puedo ver cualquier plasta de mierda que pase por aquí —contestó Toñín.

José Luis se le fue encima inmediatamente, y ambos se dieron unos golpes. Al parecer, el joven quedó *picado* porque Toñín le ganó la pelea. Se fue muy molesto a su casa, pero antes de bajar amenazó a Toño diciéndole: "Espérame ahí para que tú veas".

Toñín no dijo nada, pero con actitud desafiante se quedó ahí esperando que su contrincante volviera. "Dándosela de guapo se quedó ahí para ver qué le iba a hacer el otro cuando regresara", dice Oleira.

José Luis volvió acompañado de su padre, quien traía un arma de fuego en la mano. Cuando llegaron a donde estaba Toño, el papá le dijo a su propio hijo: "¿Tú estás peleando con el hijo de Simón? Tú sí eres loco, ¿no ves que somos vecinos del barrio?".

Estando en eso, llegaron dos muchachos y el papá de José Luis, para lucir su pertenencia, levantó el arma y se dirigió a ellos: "Miren mi *guacharaca*⁶". Los chamos le dijeron: "Pórtala ahí para verla". El hombre les entregó la pistola y uno de los sujetos, luego de revisarla, dijo: "Usted está tumbao". Tras esta breve frase, huyeron por las escaleras y callejones de aquella barriada.

José Luis y su padre dijeron, luego, que todo había sido un complot y que Toñín había mandado a ese par de muchachos para que le quitaran el arma. "¿Cómo iba mi hijo a hacer eso si acababa de pelear con el muchacho, y se quedó ahí esperándolo porque el mismo muchacho le dijo que iba a volver? Además, ¿cómo sabía mi hijo que él iba a regresar con su padre y que éste, además, iba a traer un arma?", se pregunta Oleira hoy.

⁶ Así le decía el sujeto a su arma de fuego.

Los testimonios recogidos hacen pensar que los jóvenes dueños del arma extraviada sólo querían un culpable, y ese culpable lo encontraron en Toñín. Desde ese día se generó el conflicto entre Toño y los sujetos, que además, vivían a sólo tres casas más abajo de la de Toño. Eran vecinos de toda la vida.

En muchas oportunidades discutieron en plena calle. Toño les pedía a José Luis y a sus hermanos que lo dejaran en paz, que él no había tenido nada que ver con el robo de esa pistola, que buscaran a los sujetos que se llevaron el arma y que resolvieran su problema con ellos, pero que a él lo dejaran tranquilo. Sin embargo, nunca oyeron las palabras de Antonio, estaban tan empeñados en que éste les devolviera el arma que prefirieron llevar el conflicto a un desenlace irreparable.

En plena madrugada del sábado 2 de agosto de 2003, a las dos de la mañana, la fiesta estaba en su mejor momento. Una comadre de Oleira llamada Daycy, al ver a “unos tipos” que venían subiendo, les dijo a los muchachos que se metieran para dentro porque los que se acercaban traían pistolas. La comadre no había terminado de hablar cuando una serie de disparos, de abajo hacia arriba, sorprendió a los muchachos en medio de la celebración.

Todos corrieron huyendo de las balas. Unos se metieron a la casa de Toño, otros a la casa de enfrente. Según señalan los familiares, amigos y vecinos de Toñín, el que disparó fue Raúl, un afamado delincuente de un barrio vecino, que había sido llevado por José Luis y sus hermanos para hacerle daño a Toño.

Llegaron frente a la casa de Toñín. El sujeto armado le dio tres tiros a la puerta, intentando abrirla. Hoy los impactos siguen ahí como testimonio fiel de un problema aún no resuelto en los barrios de Caracas: la delincuencia. Aquellos hombres intentaron derribar la puerta a patadas, se montaron en el techo y brincaban o intentaban levantar las láminas de zinc mientras Raúl dejaba escapar algunos disparos. “Toño, sal de esa mierda que te vamos a matar”, decían iracundos.

Toño no había entrado a su casa. La sorpresiva acción en su contra y en contra de sus amigos, sólo le dejó chance para meterse a casa de la comadre, la señora Daycy. Adentro estaba desesperado por lo que ocurría afuera. La impotencia lo descontrolaba, quería salir y enfrentarlos, sentía que no había motivos para que ellos estuvieran escondidos y para que los otros estuvieran sembrando el miedo en el sector como lo estaban haciendo aquella madrugada.

La casa de Daycy tiene una puerta por la parte trasera que da a un callejón del barrio. Durante un descuido de ésta, Toño y varios de sus amigos se escaparon por aquella puerta. Los muchachos cayeron al callejón, le dieron la vuelta a la manzana y por debajo empalmaron con las escaleras en las que se encontraban los enemigos de Toño.

Éste se lanzó escaleras arriba, su intención era subir y encarar a los sujetos. Con suerte, antes de que éstos se percataran de su presencia, un vecino, compadre de Simón, abrió la reja del porche de su casa y haló a Toño hacia dentro al tiempo que le decía: “Toño, ¿tú estás loco? Esos carajos tienen pistolas, ustedes no”.

A una mujer que estaba por ahí por las escaleras le dio un “beriberi” producto de la situación. Esto obligó a que el compadre de Simón y su esposa salieran de la casa a auxiliar a la afectada. En ese momento Toño se le escapó al vecino. Cuando salió, Raúl ya se estaba yendo, pero arriba aún quedaban los dos hermanos llenos de ira.

Ambos agarraron a Toño, e intentaron someterlo, pero en un primer momento Toño no se dejó. De hecho, cuentan los vecinos de esas escaleras que Toño peleó con los dos, y que en un intento de huida trató de meterse nuevamente a la casa de la que se había escapado unos minutos antes, pero los hermanos se lo impidieron. Lo tomaron por la franela y lo pegaron contra la reja del porche mientras llamaban a gritos a Raúl, el sujeto de la pistola, quien ya se estaba marchando. Ellos gritaban con afán: “Mira, ya tenemos a Toño, sube que aquí lo tenemos”. El hombre se devolvió y al llegar al lugar del forcejeo, acercó su arma al cuerpo de Toño y permitió la salida de una sola bala que perforó las entrañas del joven acortándole la vida inmediatamente.

Toño cayó sobre suelo mojado, pues en medio de la algarabía y de las detonaciones, había comenzado a caer una llovizna suave y constante. Los vecinos salieron y ante sus ojos estaba el cuerpo mal herido de un joven que había nacido y crecido en ese lugar. Un joven al que todos conocían y al que muchos querían. Ante la presencia del sujeto armado, todos se sentían amedrentados. No hicieron nada. Fue tal el impacto de lo ocurrido, que todos habían quedado como hipnotizados.

Para José Luis y su hermano no fue suficiente la bala que, instalada dentro de Toño, desaceleraba el corazón de este joven. Lo agarraron y lo arrastraron escaleras arriba mientras gritaban con alegría: “¡Matamos a Toño, matamos a Toño!”. Inmediatamente lo soltaron y salieron corriendo los tres, los dos hermanos y el sujeto que ellos habían llevado para que hiciera la tarea. El trabajo ya estaba hecho. El cuerpo

sin vida de Toño había quedado tendido sobre los escalones de cemento, recibiendo segundo tras segundo la llovizna que caía de lo alto.

Los amigos de Toño salieron corriendo de sus escondites, los vecinos también. Nerviosos y confundidos tomaron el cuerpo de Toño y lo subieron apresuradamente para trasladarlo a un centro de salud lo más rápido posible. Se dirigieron entonces al Hospital Dr. Ricardo Baquero González, mejor conocido como Periférico de Catia, uno de los principales centros de salud del oeste caraqueño. Ahí las sospechas serían confirmadas: el cuerpo de Toño había llegado sin signos vitales.

Pasadas ya las dos de la madrugada, el teléfono de Oleira repicó interrumpiendo bruscamente su sueño. Supo de una vez que algo malo había ocurrido. Al contestar la llamada, sólo le dijeron que a su hijo le habían dado un tiro. Nada más. El cuerpo de Oleira se convirtió en una especie de papel zarandeado por el viento. Las rodillas le temblaban incontrolablemente. Ella y sus hijos mayores, Octavio y Javier, junto a otros amigos, se trasladaron inmediatamente de Guarenas a Caracas. A Ole, como le decía Toño, y como le dicen sus otros dos hijos, le pareció eterno el trayecto. Cuando se acercaban a Catia, sin saber que Toño estaba ahí, Oleira sugirió llegar hasta el Periférico. “Sería el presentimiento de madre que me hizo pensar así”, comenta.

Cuando llegaron a la entrada de emergencia del centro de salud, había mucha gente del barrio reunida afuera. Oleira sospechó lo peor. Se bajó del carro y corrió hacia la puerta del hospital. “Mira, aquí trajeron a un muchacho hace rato al que le dieron un tiro. Yo soy su mamá y quiero saber qué pasó con él”, le preguntó Oleira a la mujer vigilante. Ésta no halló qué decir, no quiso o no pudo dar una respuesta.

Oleira salió desesperada, con las manos en la cabeza sin saber qué hacer. En ese momento entró Javier al hospital, y a él la mujer sí le explicó: “A tu hermanito sí lo trajeron para acá, pero él está muerto, él llegó sin vida”. A Javier le dio una crisis. Ni siquiera la presencia de su madre fue motivo suficiente para controlarse. Javier salió dando gritos, estaba como loco. Cuando Oleira vio a su hijo así, sintió que perdía el piso. “Cuando yo vi a mi hijo Javier en ese estado yo dije: 'Dios mío, sí es verdad, mi hijo está muerto'. Javier gritaba, gritaba con mucha fuerza: 'No, mi hermano está muerto, mi hermano está muerto'. En eso a mí como que se me fue el mundo, yo me zumbé al suelo, recuerdo que gritaba: 'me mataron a mi hijo, me mataron a mi hijo’”, rememora Oleira con lágrimas en los ojos y con un nudo en la garganta que le entrecorta las palabras.

Mientras esto pasaba en las inmediaciones del Periférico de Catia, arriba en Gramoven, en el barrio 19 de Abril, la comunidad indignada bajó en cambote hasta la casa de los responsables del crimen. Los hermanos que habían planificado la muerte de Toño, habían huido tras el asesinato. En la casa sólo se encontraban la mamá y el papá de los delincuentes. Estos tuvieron que abandonar el recinto, pues la gente llena de ira y adolorida por la muerte de Toño incendió la casa. Efectivos de la Guardia Nacional hicieron acto de presencia para poner orden. De esta manera fue que los padres de los agresores resultaron ilesos y pudieron salvar algunas de sus pertenencias. Las personas querían hacer justicia con sus propias manos.

Al rato, cuando ya se había calmado un poco, Oleira entró a la morgue del hospital a reconocer el cuerpo. El médico forense empezó a abrir gaveta por gaveta, mientras Oleira apreciaba todo aquello. De pronto en uno de esos cajones vio un cuerpo que vestía pantalón vino tinto, e inmediatamente supo que era Toño. “Ese es mi hijo, yo lo quiero ver”, dijo. “No se puede”, contestó un hombre que estaba ahí. “Abra la gaveta que yo tengo que ver a ese muchacho”, ordenó el forense.

Oleira se acercó al cuerpo de su hijo. Lo revisó. Estaba encharcado y todo golpeado. La cara la tenía raspada, y la franelilla y el pantalón que cargaba puesto estaban empantanados. No se sabe cómo pero había perdido los zapatos. “Fue muy horrible para mí verlo ahí en esa gaveta. Me tuvieron que sacar porque perdí nuevamente el control”, recuerda la madre de Toño.

Tras esta escena, cuando ya la luz del día comenzaba a desplazar a aquella indeseada noche, Oleira quiso estar sola. Se fue al barrio. Llegó, entró a la casa y se dirigió a la habitación de Toño. “Cuando entré al cuarto de mi hijo vi su ropa recogida y su bolso preparado. Ya él tenía el maletín listo para irse a la casa, pues el fin de semana anterior me había prometido que trabajaría esa semana, se retiraría del trabajo y se mudaría a Guarenas conmigo para así evitar problemas mayores con esos chamos”, rememora Oleira.

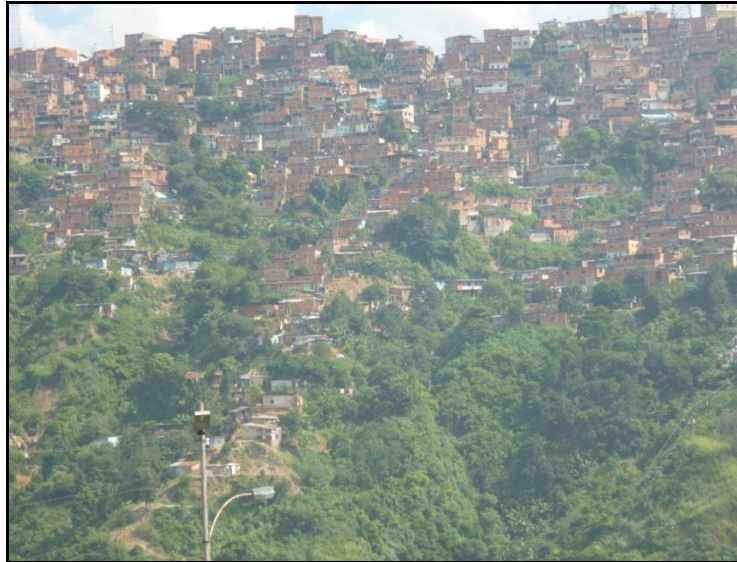
Cuando los efectivos del CICPC llegaron a la casa, encontraron a Oleira en la habitación llorando la ausencia de Toño.

—¿Usted qué era del muchacho? —preguntó un funcionario.

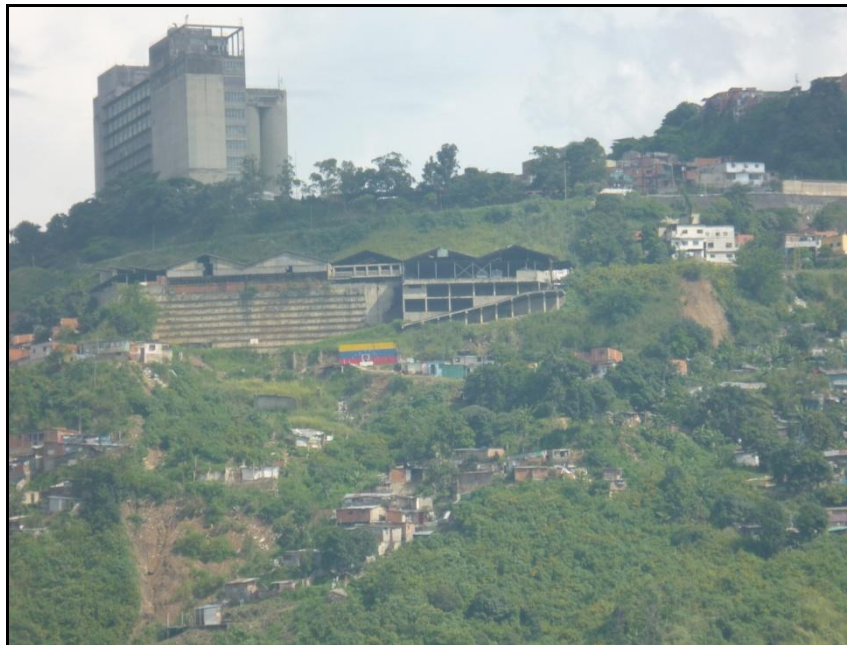
—Yo soy su mamá —contestó Oleira conjugando el verbo en presente.

—Su hijo era un muchacho de buen corazón, porque esos detalles tan bonitos que él tiene en su cuarto sólo puede tenerlos un muchacho muy especial —dijo otro de

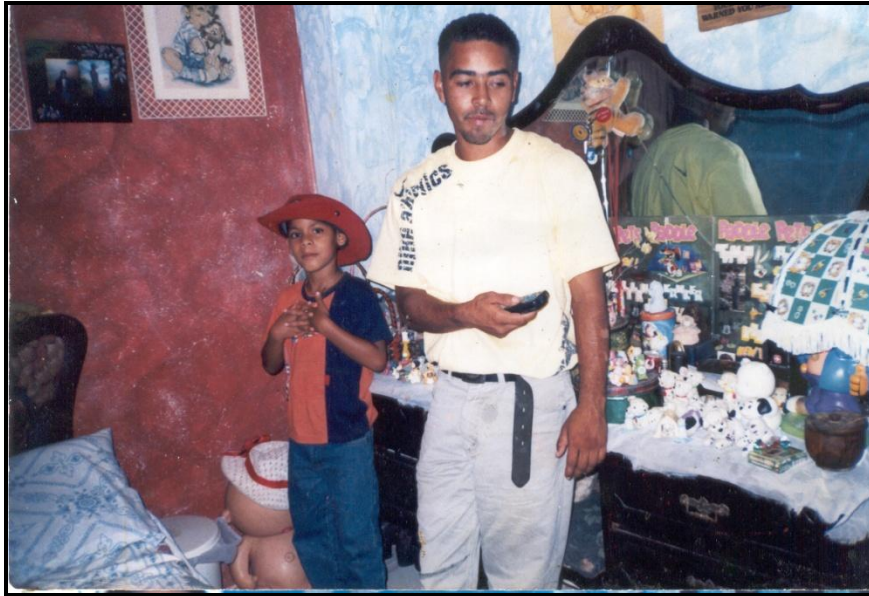
los funcionarios, tras haber revisado el cuarto, y haberse encontrado con la cantidad de peluches y recuerdos que decoraban la pared de la habitación, detalles que llenaban la vida de un joven que valoraba mucho los instantes compartidos con su gente, instantes como los que vivió aquella noche en la que felizmente compartió con sus mejores amigos y en la que injustamente perdió la oportunidad de seguirlo haciendo.



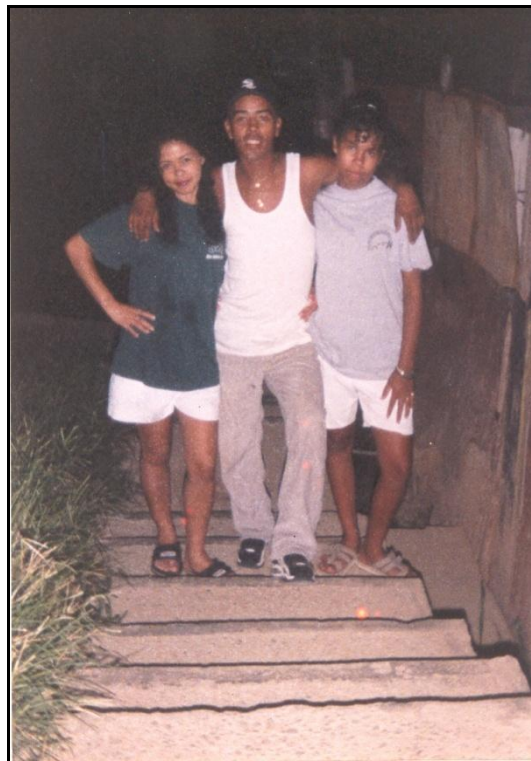
Barrio 19 de Abril visto desde la carretera vieja Caracas-La Guaira (Foto Erick Mayora)



Gramoven. Arriba y a la Izq. el otrora edificio de *Harina Gramoven* (Foto Erick Mayora)



Toñín, el joven con el control en la mano (Cortesía de Oleira Gutiérrez)



Toñín y dos amigas en las escaleras del barrio 19 de Abril (Cortesía de Oleira Gutiérrez)

No son casos aislados

Los hechos violentos en los que perdieron la vida William, Ronny y Tonín no son casos aislados, los mismos se dieron en ese contexto de violencia mayor que tiene lugar en el país, y más concretamente en la ciudad de Caracas, desde hace más de una

década y que con el pasar de los años se ha ido fortaleciendo, ampliando y diversificando.

Según información publicada por el diario *Últimas Noticias* el día martes 07 de diciembre de 1999, durante los primeros seis días del mes de diciembre de ese año, días en los que murió William José, se contabilizaron 55 muertes violentas solamente en el área metropolitana de Caracas. “A 55 se elevó el número de personas muertas en forma violenta en el inicio del mes de diciembre en el área metropolitana según se conoció en fuentes policiales, donde se explicó que más del 90 por ciento de las víctimas presentaron impactos de bala. Entre el miércoles 1º y el domingo 5 de los corrientes se reportaron 40 muertes en diferentes sectores y entre la noche del domingo y madrugada del lunes se registraron otras 15 víctimas”, reseña la nota.

Por otra parte, el homicidio de Ronny, perpetrado el viernes 31 de enero de 2003, fue contabilizado como uno de los 22 casos de muertes violentas que se registraron en Caracas entre la mañana del viernes 31 de enero y la del sábado 01 de febrero, según informó Sandra Guerreño en nota publicada por el diario *El Nacional* el domingo 02 de febrero de 2003. “Un total de 41 personas fueron asesinadas en todo el territorio nacional entre las 8:00 am del viernes y las 8:00 am de ayer sábado. En el área metropolitana de Caracas murieron 22 ciudadanos y 19 en el interior del país”, indica la nota.

El martes siguiente (04 de febrero de 2003), en nota escrita por la misma periodista, se informó a la ciudadanía que “un total de 100 homicidios ocurrieron en todo el país entre el viernes y el domingo. Hubo 42 víctimas en Caracas y 58 en el interior del país”. El de Ronny quedó registrado como uno de esos 42 casos de muertes violentas que se dieron ese fin de semana en la ciudad de Caracas.

Sin embargo el caso de Ronny es muy particular. Pues si bien puede leerse como un caso de violencia delincuencia, también puede ser leído como una ejecución llevada a cabo por un efectivo policial que hizo uso de su investidura como agente de seguridad para resolver un asunto personal. Lo complicado está en que no se sabe, con seguridad, qué pasó y en que la versión dada a la prensa por la policía judicial no cuadra con la versión que hoy en día maneja la familia.

Suponiendo que Ronny hubiese sido ejecutado por un funcionario del CICPC, se estaría ante una violación del derecho a la vida. El informe del Programa Venezolano de Educación-Acción en Derechos Humanos (PROVEA) correspondiente al periodo

octubre 2002-septiembre 2003 define *ejecuciones* como “todas aquellas actuaciones en donde el agente de seguridad —en funciones o no— dispara con el objeto de causar la muerte de la víctima”⁷.

Según este informe, en el periodo evaluado se registraron 165 casos de violaciones al derecho a la vida, de los cuales 130, es decir, el 78 por ciento, correspondió a ejecuciones. En el 96 por ciento de los casos las víctimas eran hombres, y en el 68 por ciento tenían edades comprendidas entre los 18 y los 30 años, es decir, hombres jóvenes muriendo ejecutados. Existe la posibilidad de que el caso de Ronny Abel acreciente estas estadísticas dado que el mismo no ha sido resuelto y por lo tanto ninguna hipótesis puede descartarse ni afirmarse; siguen siendo sólo eso: hipótesis.

Unos meses después de la muerte de Ronny la violencia seguía arrebatando vidas en el país. El 1º de agosto del año 2003 cayó día viernes. El fin de semana marcaba el inicio del octavo mes del año. 63 homicidios se registraron en Venezuela entre ese viernes y el domingo: 29 en Caracas y 34 en el interior. Uno de esos 63 asesinatos fue el de Tonín, que tuvo lugar en el barrio 19 de Abril de Gramoven, Catia, durante la madrugada del sábado 2 de agosto. Según nota escrita por David González y publicada por el diario *El Nacional* el martes 05 de agosto, el municipio Libertador, donde se ubica la gran barriada de Gramoven, fue el lugar más afectado de la capital de la República, pues sólo en dicho municipio se dieron 21 asesinatos de los 29 registrados en Caracas, y de los 63 ocurridos en todo el territorio nacional.

Toda esta situación de violencia resulta compleja de explicar, pues son múltiples las variables que intervienen en el fenómeno. Desde el Laboratorio de Ciencias Sociales (LACSO) se ha trabajado con un *modelo sociológico*⁸ que agrupa estas variables con el fin de aproximarse a una comprensión del fenómeno de la violencia en América Latina.

El *modelo sociológico* empleado por LACSO considera que las razones de la problemática de violencia existente en los países latinoamericanos se ubican en tres niveles. El primer nivel recibe el nombre de *factores que originan la violencia*. A este nivel corresponden elementos de carácter más estructural tales como la desigualdad social, la pobreza urbana, el ocio juvenil, el debilitamiento de la familia y de la religión

⁷ Véase Provea, octubre 2002-septiembre 2003.

⁸ Véase Briceño-León, 2007.

como mecanismos de control social tradicionales y la existencia de más expectativas pero con imposibilidades de satisfacerlas.

El segundo nivel, conocido como los *factores que fomentan la violencia*, agrupa elementos con un carácter estructural menor, provenientes de procesos culturales, pero frente a los cuales los individuos tienen mayor nivel de libertad y capacidad de acción que en el nivel anterior. Entre estos elementos LACSO destaca el caos en cuanto a organización territorial, la cultura de la masculinidad, que lleva a muchos hombres a asumir actitudes de riesgo en situaciones peligrosas como parte de un proceso de construcción de identidad y de respeto, el poderoso mercado de la droga y los altos niveles de impunidad.

El tercer y último nivel, que recibe el nombre de los *factores que facilitan la violencia*, comprende factores que tienen un carácter más individual, y que acompañan y facilitan la puesta en práctica de hechos violentos, donde lo cultural y/o estructural queda diluido ante la preeminencia de lo situacional o circunstancial. Se estaría hablando entonces de la existencia de una alta capacidad ofensiva por empleo y manipulación de armas de fuego, y de un alto consumo de alcohol y drogas.

Si bien lo planteado anteriormente nos aproxima a una comprensión del problema de la violencia existente en los países latinoamericanos, el sociólogo Roberto Briceño-León destaca algunos elementos concretos que considera indispensables para entender el problema en el caso propiamente venezolano. “Si aceptamos como verdaderas las cifras oficiales venezolanas sobre el incremento del ingreso, el descenso del desempleo y la disminución de la desigualdad social, elementos estos manejados dentro del *modelo sociológico* como causantes de la violencia, entonces el problema en Venezuela debería ser menor; sin embargo no es así”, explica.

Para Briceño-León lo que sucede es que la causa de la violencia en nuestro país está en “el dramático quiebre de las instituciones, del pacto social, de la aplicación de la normativa y de las leyes que garantizan la convivencia ciudadana”, es decir, en la existencia de una crisis política por la que estaría atravesando la sociedad venezolana actualmente.

CAPÍTULO II

Ellas y la experiencia de enterrar a un hijo

El duelo, definido por el psicólogo Daniel Gil'Adí como “un proceso de adaptación ante las pérdidas en nuestra vida”⁹, es una experiencia tremendamente individual que depende de múltiples factores. En diferentes encuentros con Huggins, criminóloga; Machado, sociólogo; Giuliani, psicólogo social, Ferrer, victimóloga y Briceño-León, sociólogo, se mostraron de acuerdo con tal afirmación. Así, la situación de duelo que se vive en Caracas, y en el país, se convierte en un problema muy complejo, dado que existirán tantos casos de duelo como víctimas secundarias (familiares, amigos o conocidos) de cada homicidio existan actualmente en Venezuela.

Las características personales, el tipo de delito o la forma en que se comete el mismo, la capacidad y disponibilidad de apoyo, la calidad de las redes sociales con las que cuenta la persona, el contexto, el tipo de relación establecida con la víctima primaria del hecho violento (con el asesinado), son algunos de los aspectos que originan una vivencia muy personal del dolor y del sufrimiento.

Es en lo anterior donde se encuentra la explicación a las distintas formas en que Doris Barreto, Silvina Zúñiga y Oleira Gutiérrez han asumido y afrontado la pérdida de un hijo.

Para Doris, el asesinato de William, sumado a otras experiencias fuertes de vida, como la tragedia ocurrida en el estado Vargas y varias zonas de Caracas en 1999, días después de perder a su hijo, la llevó a comprometerse mucho más con la comunidad de Catuche y a trabajar incansablemente por mejorar la calidad de vida de su gente, calidad de vida que incluye la posibilidad de que dejen de ocurrir acontecimientos como el que ella y su familia protagonizaron la noche del 03 de diciembre de 1999. La constancia, producto de la fe, ha hecho que aquello que en un principio parecía una utopía, hoy se esté convirtiendo poco a poco en una realidad, pues el trabajo con las comisiones de paz en el barrio comienza a dar buenos frutos¹⁰.

En cambio para Silvina, la muerte de Ronny, acompañada del dolor por el rompimiento previo con su pareja, hicieron que tomara una actitud completamente

⁹ Véase Gil'Adí, 1993.

¹⁰ Olga Berrios escribió para www.canalsolidario.org un trabajo titulado *Catuche: las madres que consiguieron dos años y medio sin asesinatos*.

opuesta. Silvina se fue apartando poco a poco del contexto, dejó de compartir con amigos, de visitar a vecinos con la misma frecuencia con que lo hacía anteriormente y cruzó así la puerta hacía un mundo nuevo, donde lo espiritual tiene un gran peso, donde la presencia y la comunicación permanente con Dios, sin intermediación alguna, juegan un papel preponderante y donde la reflexión profunda ha permitido a esta mujer ver, desde la soledad de su mundo, las “superficialidades” de ese mundo *cuerto* que hoy la juzga de *loca*.

Aunque no se afirme de manera tajante y dogmática, el contacto con muchas madres de los distintos barrios de la ciudad de Caracas, puede decirse aquí que el caso de Oleira es quizás reflejo de lo que generalmente ocurre en los casos de madres que pierden a un hijo en manos de la delincuencia, esto sin descuidar el aspecto ya mencionado de que la experiencia de duelo es un hecho muy individual. Oleira al perder a Toñín, quiso morir, sentía que la vida se le había hecho trizas. Inefable resultó el dolor que experimentó el 02 de agosto de 2003 y que se prolongó por unos meses. Hay días en los que amanece muy triste y deprimida, sin ánimos de nada. Sólo quiere llorar. En esos días guarda silencio y clava la mirada en el suelo.

Sin embargo, en sus hijos y nietos encontró un motivo para vivir. Con la ayuda de Dios y el apoyo de su familia, de su ex esposo, de sus amigos y compañeros de trabajo, de sus vecinos y conocidos, Oleira pudo salir adelante, retomar sus quehaceres, volver al trabajo, visitar a sus nietos, comprarse el pantalón que vio en la tienda, ir a una fiesta y reír. Entre esas dos aguas se desenvuelve la vida de esta mujer.

Doris y Silvina, a diferencia de Oleira, comparten una situación de la que no existen cifras concretas en el país, pero que se hace presente con mucha fuerza en la realidad del barrio caraqueño: el hecho de ser madres solteras. Estas son madres que, a pesar de haberse quedado sin la figura del padre en el grupo familiar, hicieron y siguen haciendo lo humanamente posible para brindar a sus hijos un mejor porvenir, convirtiéndose así en cabezas de hogar.

Oleira, en cambio, siempre contó con la compañía de su esposo en el proceso de crianza de sus tres hijos. Aunque hoy está divorciada, para el momento de la separación sus hijos ya habían crecido y cada uno empezaba a vivir según sus gustos y preferencias.

El Instituto Nacional de Estadística (INE), basándose en los resultados del Censo General de Población del año 2001, estimaba que para el año 2008 habría en el

país 6 millones 631 mil 697 hogares (hay 6 millones 420 mil 537 según la ENVPSC-2009 del INE), de los cuales 2 millones 275 mil 251 estarían a cargo de mujeres. De esta última cifra, más de un millón 610 mil hogares serían dirigidos por mujeres solteras.

Para el mismo año (2008) y con base en el mismo censo, se estimaba que en el Distrito Capital existirían 454 mil 238 hogares; 160 mil 808 de estos hogares tendrían como jefe o cabeza de familia a una mujer, es decir, el 35.40 por ciento, una cifra bastante significativa. De corresponderse estos datos con la realidad, Doris y Silvina se ubicarían dentro de este porcentaje como dos de esas mujeres solteras que han tenido que salir a trabajar para satisfacer las necesidades de sus hogares.

Más comprometida con la gente

En la tarde del jueves 29 de julio de 2010, Doris Barreto llegó al Centro Gumilla porque tenía pautada una reunión con el director de esta institución, el padre José Virtuoso, y con Lisbeth Mora, gerente de dicho centro. Entró, saludó a la recepcionista, a la bibliotecóloga, a las señoras que limpian, al chofer y al asistente. Fue a su reunión, salió de ella y antes de retirarse tuvo un tiempito para conversar con varios conocidos, echar uno que otro cuento y reírse un rato.

Doris hizo saber, en ese momento, que andaba del timbo al tambo, de reunión en reunión buscando los recursos para llevar a cabo el Plan Vacacional Catuche 2010, el cual ya tenía pautada fecha de inicio: lunes 02 de agosto, es decir, dentro de tres días. A Doris le faltaban aún muchas cosas por concretar; sin embargo, en el área de biblioteca del Centro Gumilla expresó: “El plan vacacional de Catuche va por que va”.

Y así fue. El lunes 02 de agosto, alrededor de las dos de la tarde, aproximadamente 60 niños de los diferentes sectores de Catuche participaron en el inicio del plan vacacional. Durante los días siguientes el número de participantes superaría los 100 niños. Doris por un lado consiguió una plata, por otro lado, otra. Con un ente ministerial consiguió franelas y gorras para los chamos, y así fue consiguiendo todo lo que necesitaba. El hecho es que, tal y como lo había asegurado al cierre de la semana anterior, el proyecto para la recreación de los más pequeños de Catuche había comenzado.

En una oportunidad, caminando con ella desde el sector La Quinta, del barrio Catuche hasta los alrededores de la iglesia de La Pastora, se pudo constatar la

popularidad que la caracteriza. “Hola, Doris”, le dijo una señora. “Adiós, Doris”, le gritó otra. “Hola, señora Doris, ¿cómo está?”, le preguntó un muchacho. “Hasta luego, Doris. Nos vemos”, le expresó una joven”.

Los niños de Catuche también saben mucho de esta luchadora incansable que ha gastado suela de zapatos recorriendo las calles, callejones y escaleras de la gran barriada donde ellos nacieron. Esto se comprobó en el marco del plan vacacional que Doris y otras personas llevaron adelante en Catuche con el apoyo de Fe y Alegría y la Fundación Centro Gumilla.

“Niños, hagan caso o llamo a Doris”, dijo una de las recreadoras, intentando contener la energía desbordada de un grupo de niños de ocho o nueve años. Las palabras de la recreadora surtieron efecto. Los pequeños, al oír el nombre de Doris, se calmaron, sabían que aquella señora grande y morena, de cabello largo y enrulado, podía llegar en cualquier momento y poner orden.

A otro grupo, ahora conformado por chamos de once y doce años aproximadamente, se le preguntó:

—¿Conocen a Doris?

—Síiiii —contestan todos a una sola voz.

—¿Desde cuándo?

—Uff. Yo, desde que nací —dice Daniel.

—Yo la conozco desde siempre —manifiesta María.

—Tengo toda mi vida conociéndola —comenta Selena.

No hacía falta nada más. A Doris, en Catuche, la conoce mucha gente. La conocen los pequeñitos, los no tan pequeños, los adolescentes, los adultos y hasta los abuelos, todo ello producto del trabajo y la constancia, producto de la esperanza y de la fe que Doris ha puesto en una comunidad que enfrenta hoy, como muchas otras comunidades, los retos de ser otro barrio más de esta *Caracas nuestra*.

De Cumaná a Caracas

Doris nació en la ciudad de Cumaná, en el estado Sucre, el 20 de noviembre de 1959. Desde niña comenzó a recibir fuertes lecciones de vida. Iba a cumplir 12 años cuando experimentó una pérdida muy dura.

“La muerte de mi madre me impactó doble. Por ser mi madre, y el impacto natural que eso genera, pero también por lo que ella vivió minutos antes de morir. A mi

mamá le creció mucho la barriga el día que murió. La teníamos en el hospital y ella le dice a mi hermano que había roto fuente. Ella sabía que no estaba embarazada; sin embargo, aseguraba que había roto fuente, y es que, ciertamente, cuando la levantamos de la camilla, ella estaba metida en un pozo de agua. Fue ahí que el médico nos dijo que nos la podíamos llevar, que no había nada que hacer”, rememora Doris.

Ella y su hermano tomaron a su madre y la sacaron del hospital, tal y como había indicado el doctor. En el trayecto a casa Doris llevaba a su madre abrazada, pero antes de llegar, el cuerpo había perdido todo signo vital.

En 1974, con 15 años, Doris llegó a Caracas intentando construir su propia historia. Primero vivió alquilada en una habitación, luego salió de ahí para instalarse en algo propio: un ranchito en el barrio Catuche.

“Catuche —según se lee en *comminit.com*— es el nombre de un río histórico de la ciudad de Caracas que se fue convirtiendo en un colector de aguas negras producidas por las urbanizaciones vecinas sobre su cauce. Desde el puente La Trinidad hasta su desembocadura en La Yerbera se levantó la ciudad moderna y en su tramo superior nació desde 1958 el barrio Catuche”.

Esta barriada está ubicada en el municipio Libertador, entre las parroquias Altagracia y La Pastora. En sentido norte-sur el barrio Catuche se extiende desde la falda del Ávila hasta las inmediaciones de Parque Central y está habitado por personas de muy pocos recursos económicos.

Antes de cumplir los 18 años Doris se enamoró y trajo su primera hija al mundo: Susana Arias Barreto, nacida en 1974, que va a parecerse mucho a Doris en su manera de ser. “Susana es loca, es liberal, así como era yo. Siempre ha hecho lo que ha querido. No me puedo quejar porque *de tal palo tal astilla*”. El padre de Susana también es el padre de los otros dos hijos de Doris: William José Arias Barreto, nacido en 1979, y Luisana Arias Barreto, en 1982. Tiempo después de haber nacido su última hija, Doris pone fin a la relación de pareja, y comienza a enfrentar la vida sola, como madre soltera. Tiene entonces que asumir el reto de sacar a sus hijos adelante.

El trabajo con la gente, su vocación

Esta mujer hoy tiene una larga hoja de vida en cuanto a trabajo comunitario se refiere. Pero no siempre ha sido así. El trabajo con Fe y Alegría data de la década de los 80, pero antes Doris trabajó en Central Madeirense: “A pesar de que trabajaba de

domingo a domingo, me gustaba mucho ese trabajo porque era también con la gente, entonces no sabía por qué me gustaba, pero sí, era por eso, porque estaba en contacto con mucha gente”.

Luego trabajó en una fábrica de correas. Para ese momento no sólo no sabía coser, sino que además le tenía pánico a este oficio. La situación la llevó a tomar el empleo y a aprender, pues, como reza el adagio popular y como reafirma Doris hoy: “La necesidad tiene cara de perro”. A mediados de la década de los 80, Doris entra en contacto con los jesuitas a través del padre José Virtuoso y comienza a dar sus primeros pasos dentro de los proyectos de Fe y Alegría.

Empezó a trabajar en estos programas sin cobrar un sueldo, cree que lo que la atrapó y la amarró fue el contacto con los valores cristianos más que cualquier otra cosa. “Hoy en día yo digo, bueno, me saldré de todo menos de la comunidad cristiana que es esa columna vertebral que tengo, que si se dobla, bueno pues...”. Pero este apego a las enseñanzas y al proyecto de Jesús no era de toda la vida.

Manuel Zapata escribió en un artículo publicado en la revista *Jesuitas en Venezuela* del año 2009 que, para inicio de la década de los 80, “los padres capuchinos eran los responsables pastorales del barrio Catuche. Comenzaron abriendo una comunidad en la que participaba Doris. Ella no estaba muy a gusto. Le parecía que las reuniones eran fastidiosas. Los capuchinos se van y asumen los jesuitas el trabajo pastoral. Ella seguía renuente, pero cambiará pronto de actitud. Sin saberlo, algo la mantenía unida a la comunidad cristiana. Un día la lectura de la parábola del hijo pródigo le dio un giro a su vida. Desde ese día dejó de burlarse de la gente durante las reuniones”.

Doris encontró en la comunidad cristiana, y en el mensaje del Evangelio, una invitación clara a trabajar en pro de su comunidad. “Cuando hablo de valores cristianos como fundamentos de mi vida, estoy hablando de compartir, de entender y de respetar al otro, de no discriminar a nadie, y de ponerme en los zapatos de los demás. En mi casa, mis padres me dieron unos valores que luego fueron reforzados en la comunidad cristiana. Mi mamá no sabía leer ni escribir y mi papá nunca creyó en Dios ni en nada; sin embargo, en casa aprendí, por ejemplo, que siempre hay que cocinar de más para que quede y así poder ofrecerle a alguien que llegue con hambre. Y a eso te invita Jesús en el Evangelio”, explica Doris.

Es insuficiente decir que en la actualidad esta servidora de Dios está muy comprometida con su trabajo en Catuche desde la institucionalidad de Fe y Alegría. La cosa es más compleja. Son muchas las tareas que esta mujer lleva adelante. Sentarse a conversar con ella es difícil, sus días están planificados con mucha anterioridad, y el tiempo libre casi no existe para quien desde hace años sintió como suya la tarea de ayudar a resolver los problemas de sus vecinos.

“Yo diría que Doris es el alma de Fe y Alegría en Catuche. Eso significa organizar el refuerzo escolar, organizar el trabajo con los jóvenes que van a Cecal (Centro Educativo de Capacitación Laboral), llevar a cabo el trabajo con las comisiones de paz en el barrio, eso significa el acompañamiento a malandros y a cuanta mamá de malandros hay por ahí. Es decir, ella está volcada a Catuche los siete días de la semana; además, es una mujer muy cristiana que participa en el equipo pastoral, en la animación de la comunidad cristiana, hace sus ejercicios espirituales, tiene una disciplina de oración y de reflexión y va a misa los domingos. Es una mujer dedicada al trabajo comunitario, al cuidado de su familia y al cultivo personal de sí misma. Es, en ese sentido, una mujer muy plena”, sostiene el padre Virtuoso.

Tan es así la dedicación de Doris, que muchas de las amistades que hoy posee las ha conseguido en ese ámbito comunitario. De él han surgido muchos de sus buenos amigos y también varios detractores de su quehacer cotidiano.

Janeth Calderón tiene más de 18 años conociéndola. Hoy es una de sus amigas más cercana. La conoció cuando llegó a Catuche en 1988. “Nosotras nos fuimos relacionando como desde 1990-1991 por el trabajo que ella hacía desde la comunidad cristiana. Ella se acercaba a invitarme a participar en las reuniones de esta comunidad. Si yo le decía que no, ella seguía invitándome, y si yo le decía que sí, pasaba toda la semana recordándome la reunión. Porque ella siempre ha sido así, constante, insistente y muy comprometida, un compromiso que se iba dando y que se iba mostrando con testimonio de vida. Si tu veías a Doris diciendo a, b y c, es porque ella hacía con su vida a, b y c”.

El 03 de diciembre de 1999 la violencia delincuencia que ya se vivía en Caracas le quitó a Doris un gran regalo de cumpleaños que había recibido 20 años atrás: su único hijo varón. “Si en algún momento de mi vida he visto a Doris mal, fue en el momento en el que le mataron a su hijo”, dice Janeth.

“Después que salimos del Hospital Vargas —la noche de la muerte de William— yo no recuerdo casi nada. Yo quedé como bloqueada. Caminaba y me perdía. Por mi mente pasaban muchas cosas malas. No recuerdo casi nada del velorio, no recuerdo a la gente, no recuerdo lo que me decían. Son muy pocas, muy pocas las cosas que recuerdo de esos días”, complementa la propia Doris.

Una de esas poquísimas cosas que recuerda es un breve instante que se le grabó en la memoria para siempre y que cuenta hoy muy conmovida: “Recuerdo yo a un muchacho de Portillo que le decían Morocho, yo le di clases a él de refuerzo escolar. Era malandro y no se trataba con William. Él llegó al velorio, se quitó una gorra roja que traía puesta y sólo con la mirada ese niño me pudo decir más que lo que me pudieron haber dicho con palabras muchas de las personas que estaban ahí. Ni siquiera hizo falta que este muchacho dijera algo para yo saber que estaba compartiendo mi dolor con él”.

“Doris era una líder que impulsaba mucha cosas ahí en Catuche, y sin embargo, la respuesta que recibe es una respuesta muy dura. Doris tenía la dureza de sus propias condiciones de vida y encima cargaba con la respuesta poco gratificante de la gente para la que trabajaba, es en esas condiciones que le matan a su hijo”, comenta el padre Virtuoso.

La ausencia de William ocasionó que el cuerpo de Doris dejara de demandar alimentos y descanso. Aún el 15 de diciembre de 1999 Doris no había dormido ni comido nada en fundamento.

Entonces, la respuesta que el padre Virtuoso y otros esperaban por parte de esta mujer era la renuncia total a todo el trabajo que venía haciendo, “porque si tú trabajas por una comunidad, por los jóvenes que ahí habitan, te esfuerzas por cambiar las condiciones de vida, y uno de los habitantes de esa comunidad te mata a tu hijo, lo más normal es mandar todo al carajo, y todavía para más, tras el deslave del 99, la pobre mujer no sólo queda sin hijo, sino que queda sin casa”, señala el padre. Sin embargo, Doris respondió de una manera inesperada.

Según el ex director del Centro Gumilla, con esa tragedia ocurrió un salto cualitativo, pues, desde el punto de vista cristiano, el caso de Doris es un misterio, es algo así como una resurrección, es como pasar de la muerte a la vida. “Hoy ella sigue muchísimo más comprometida con la comunidad. Es una madre a la que le quitan un hijo y entonces se vuelve más madre. Uno se imaginaría que la muerte de William sería

algo así como un estrellarse contra la pared y un debilitamiento total de las motivaciones, y resulta que no, que más bien es un soporte y una base para seguir”, agrega.

Para Janeth, y para todo el que conoce de cerca la historia de la familia de Doris, el caso de esta mujer es atípico dentro de los casos de madres que pierden un hijo. “Esa semana fue fuerte porque nos tocó verla totalmente decaída, llorando, preguntándose el *porqué* permanentemente, pero la diferencia está en que el día de la última noche de William, fue el día de la tragedia en la que perdimos nuestras casas. Eso le dio a Doris un vuelco porque no tuvo tiempo de entregarse al dolor”.

Gracias a Dios y a la tragedia del 99

El 15 de diciembre de 1999 se realizó la *última noche* del novenario de William. Durante todo el día había llovido, y al morir la tarde el panorama no había cambiado.

Terminando el rezo, la quebrada Catuche comenzó a aumentar su nivel producto de las constantes lluvias. Cada momento bajaba más y más agua y con mucha más fuerza. El ruido era ensordecedor. Parecía que un rugido de fiera brotaba desde las entrañas del cerro El Ávila.

Las personas que, años atrás, habían construido sus casas en las playas de la pacífica quebrada sintieron temor. Veían amenazada sus viviendas y sus propias vidas. La intermitente lluvia complicaba la situación. Los vecinos comenzaron a desalojar el lugar. Urgía apartarse de los límites de la quebrada. Aparecieron los damnificados y era necesario ejecutar una acción organizada para brindar una respuesta a los habitantes de Catuche que estaban siendo afectados.

En medio de este panorama la desgracia llegó. El estruendo dejó atónitos a muchos. El caudal del río creció mucho más llevándose todo lo que encontraba de por medio: árboles, rocas, casas enteras, vidas humanas, años de trabajo y esfuerzo.

Según artículo publicado en el diario *Últimas Noticias* el martes 10 de agosto de 2010, la vaguada de 1999 afectó a 9 mil habitantes que ocupaban las orillas de los 1.250 metros de longitud de la quebrada Catuche. De éstos, 5 mil quedaron damnificados y 12 perdieron la vida. 600 viviendas de las 800 que resultaron afectadas, fueron destruidas por la fuerza de la naturaleza aquella madrugada del 16 de diciembre de 1999.

La casa de Doris desapareció con el deslave. Así, además de perder a su hijo, quedaba desprovista de un lugar para vivir y sin un centavo, pues el poco dinero que

tenía había preferido guardarlo en casa. Para ella era la tragedia en su máxima expresión. En aquellos primeros quince días de diciembre había perdido mucho.

Aquella noche del 15 para el 16 de diciembre, Doris se levantó, se alistó, respiró profundo y comenzó, sin miramientos, a servir de apoyo a todos por igual. “Inmediatamente con la tragedia yo abrí el centro de salud, y recuerdo que a la primera familia que ayudamos fue a la del muchacho que mató a mi hijo. Ellos fueron los primeros. El muchacho que unos días antes me iba a dar unos tiros y que era de esta familia, fue uno de los primeros que recibimos en el centro. Yo no sentía ni pensaba nada sobre eso en ese momento. A mí lo que me movía era que a la gente no le pasara nada. No había ningún tipo de cuestionamientos. Nada. Decir eso sería mentir. Hubo alguien que me dijo: ‘¿cómo los vas a ayudar a ellos?’ Y recuerdo que le dije a esa persona: ‘Ellos igualmente necesitan ayuda’”.

“Esa misma noche nos dedicamos a atender gente damnificada, y no era el venir desde la comodidad de nuestras casas a ayudar a gente que había perdido la suya. Éramos damnificadas dedicadas a atender a otros damnificados más. Desde esa noche la situación cambió para Doris. Recuerdo que ella ayudó a la familia del muchacho que mató a su hijo. Yo no sé si ella se percató de lo que estaba haciendo o si pudo más su calidad humana que otra cosa”, cuenta Janeth, quien también quedó damnificada esa noche.

Aunque Doris tendió la mano a los familiares del asesino de su hijo sin ningún tipo de cuestionamiento, el 18 de diciembre, dos días después del desastre generado por las lluvias, pasó algo que Doris califica como curioso. Estando en el centro de salud, entró el padrino de Confirmación de William y se dirigió a ella:

—Comadre, ¿no tiene agua por ahí para que le de a Quiquito (el suegro del muchacho que disparó contra William)?

Doris se le quedó mirando, y dijo:

—Dios mío, pero ¿qué quieres tú de mí? ¿Qué es lo que yo te he hecho que hasta a los enemigos y asesinos de mi hijo yo les tengo que dar de comer y de beber?

En lo que Doris pronunció estas palabras sintió como si un peso enorme se le quitara de encima. Buscó y entregó el agua y una bolsa de comida de las que habían llevado al centro para atender a los afectados. Ahí sintió como si cerraba un capítulo en su vida.

Desde esa madrugada del 16 de diciembre Doris se reincorporó a su quehacer cotidiano. No sabe por qué actuaba, sólo sabe que había muchas cosas por hacer y que ella estaba ahí para hacerlas. Actuaba sin pensar mucho, iba y venía como un robot. Se dedicó a trabajar, no sabe si consciente o inconscientemente, en medio de la tragedia. ¿La razón? Ayudar.

Janeth dice que si a Doris le hubiese tocado vivir un diciembre tradicional, de gaitas y parrandas, de misas de aguinaldo en Catuche como se hacía cada año, eso quizás sí la hubiese acabado, pero el compromiso que asumió con la gente le permitió reponerse.

Doris estaba peleada con Dios desde el 3 de diciembre, pero desesperada, en medio del deslave, recuerda que le preguntó: “Señor, ¿qué es esto?”. Luego pensó: “Esta tragedia pasó por algo y para algo”. Hoy Doris reflexiona sobre lo ocurrido y hace una observación: “Todo el que tenía más quedó igual que el que tenía menos, hay que ver cuál es la enseñanza de las cosas que ocurren, lo que pasa es que no nos dedicamos a eso, andamos tan ocupados que no tenemos tiempo para pensar y aprender de lo que nos pasa”.

Janeth recuerda un episodio muy peculiar que define un poco más la personalidad de Doris. Esa noche, como a las dos o tres de la mañana, cuando ya definitivamente el río causaba estragos y se llevaba todo, Janeth veía esa quebrada como el río Orinoco.

“Eso había crecido, daba vueltas, bajaban piedras, bueno pues... Yo recuerdo que me había mojado pero no había sentido frío. Entonces ella (Doris) me ve y me imagino que me vio como temblando, y me dice: ‘¿Estás cagada?’. A esa hora de la madrugada, en esa vaina nosotras dos solas, porque ya habíamos sacado damnificados y todo y viene ella y me dice eso. Ella siempre ha sido así, jodedora, echadora de broma, y gracias a Dios, eso no lo ha perdido”, comenta.

En la mañana del 16 de diciembre Doris y su familia se fueron, como damnificados, al Hospital Vargas, que estaba funcionando como centro de acopio. En la noche prefirieron irse a otro lugar. Los recibieron en el Colegio La Salle y ahí durmieron.

El 17 de diciembre Doris fue a Guanábano y estuvo trabajando en medio de la contingencia. Asistió a unas reuniones, coordinó algunas cosas y cerca de las cuatro de

la tarde el padre Virtuoso la mandó a vivir a la casa de voluntarios de Fe y Alegría que queda en la avenida Panteón. Ahí estuvo hasta mediados de 2001.

Doris recuerda que era muy difícil conseguir una vivienda y que además tuvo que pasar por muchas cosas en ese periodo de búsqueda de un nuevo hogar. “Me estafaron cinco millones por un apartamento, me llevaron presa, fui estafada y llevada presa, imagínate eso, fueron días difíciles para mi familia; de ahí de la casa de voluntarios nos mudamos para Quinta Crespo, para el apartamento en el que vivimos hoy, bueno, me mudaron mis hijas porque yo andaba trabajando”.

Hoy Doris hace algo, cuando menos, sorprendente: le da gracias a Dios y a aquella tragedia. “Yo le doy gracias a Dios y a la tragedia del 99, porque con todo lo que yo tuve que hacer esa noche, a mí se me borraron todos esos malos pensamientos que tenía. Yo sentía muchas cosas feas. En esos días hubo mucha gente que se metió conmigo sin yo saber por qué, hasta tiros me lanzaron para la casa y eso a mí me daba mucha rabia, me daba impotencia. Recuerdo que yo cargaba un punzón de plata que me habían regalado y la mente mía era sacarle un ojo al que se metiera conmigo, porque era como una burla, querían como amedrentarme para que yo quitara la denuncia, pero yo no, yo decía: 'Igual sigo’”.

Había puesto la denuncia en la comisaría de la PTJ ubicada en Propatria, detrás del centro comercial homónimo, hoy sub-comisaría del oeste del CICPC. “No recuerdo el nombre del detective, pero en ese momento fue muy competente y diligente. Luego yo dejé eso así porque el muchacho que me había matado a mi hijo desapareció después de la tragedia. El detective del que te hablo estaba tan pendiente del caso que me buscó después del desastre y conversamos nuevamente. Pero como el autor material, que yo había denunciado, había desaparecido, yo dejé eso así”.

Sorprendentemente, Doris había logrado salir del difícil estado en el que había caído los días inmediatos a la pérdida de William. La líder comunitaria había vuelto y tal vez con más fuerzas, pero aún le quedaban asuntos serios por resolver.

Entonces Dios se convirtió en un enemigo

La relación conflictiva que Doris estableció con Dios por la muerte de William es un elemento al que la misma Doris le da mucha importancia dentro de ese proceso de dolor que estaba viviendo y que con el tiempo se transformó en una etapa de crecimiento personal. Para Doris, Dios se convirtió en ese enemigo que tenía la culpa de

todo, porque ella ponía a William en sus manos todos los días. A pesar de la formación cristiana que traía desde hacían muchos años, tomó esta actitud.

Durante la misa, para los católicos hay un momento muy especial: el momento de la consagración. Ese es el momento en el que el pan y el vino se convierten en cuerpo y sangre de Cristo. Particularmente para Doris ese momento significaba mucho porque era ahí cuando entregaba a Jesús —y entrega hoy— su vida y la de sus hijos y nietos. Pero, en medio del dolor, ella veía ese momento de la consagración y no entendía por qué Jesús había permitido que a William le pasara lo que le pasó.

Nunca dejó de hacerse la señal de la cruz. Pero eso de orar, de pedirle a Dios que le fuera bien durante el día y de darle gracias al final del día por todo lo vivido, había quedado en el pasado. Cuando un hijo pelea con mamá o papá, aunque no se crucen palabras durante el día, producto de la molestia, generalmente se sigue dando el saludo de la mañana, o el de la noche, o se sigue pidiendo y echando la bendición, rasgo característico de la cultura popular venezolana.

De Doris no salían palabras hacia Dios que no fuesen de reproche o de reclamo. A pesar de ello, sabía y sentía que Dios estaba ahí. “Era como ese amigo que tú tienes, que es fiel, que por más distante que esté, tú sabes que te está acompañando. Eso era justamente lo que a mí me pasaba”, manifiesta.

A finales de enero del año 2000, Doris viajó con un par de amigos a Amazonas. Quería estar sola para llorar, por eso huía de la convulsionada ciudad; sin embargo, no lloró, no pudo. Cuenta que en ese viaje tuvo la pelea más fuerte con Dios, pero también recibió una de las respuestas más contundentes que éste le había dado durante su larga relación con él. “Ha sido una de las experiencias más duras y más sabrosas que he tenido”, afirma.

En aquel viaje tuvo la oportunidad de ver a unos indígenas que no tenían nada que comer, que no tenían de beber sino el agua del río, que no tenían luz sino la luz natural, que no tenían zapatos e igual vivían. Y no sólo que vivían, sino que eran felices, y que se levantaban por la mañana con una sonrisa de cachete a cachete. Todo esto impactó profundamente a Doris y marcó su manera de relacionarse con el mundo.

“Ver eso a mí me llenó y pensé entonces: ‘no puede ser que este mundo exista’. Mientras uno en la ciudad está pendiente de la última moda, del último pantalón o del último par de zapatos, de ir a la peluquería, pintarse las uñas y dejárselas crecer, de que no friego un plato para que no se me partan las uñas, de que hoy no quiero comer esto

sino lo otro, esta gente que no tiene para escoger, sin embargo es tan feliz. Uno allá, en la ciudad, con tantas posibilidades, termina siendo tan infeliz delante de esta gente”, reflexiona.

Aquello que Doris experimentó como una respuesta de Dios, junto a un curso de desarrollo humano para el trabajo comunitario que hizo al volver de Amazonas, le ayudó a asimilar todo lo que le estaba pasando. Sin embargo, la reconciliación con Dios aún no era un hecho. La misma se concretaría en un viaje a España y Alemania que tuvo que hacer aproximadamente en agosto de 2001.

En este viaje Doris estuvo muy sola. Y más cuando le tocó ir a Alemania. No sabía hablar inglés ni alemán. No los habla ni los escribe, y además los detesta. Tuvo que hacer trasbordo en Francia y eso también representaba un reto. Significaba estar en un lugar donde nadie la conocía y eso la hacía sentir muy pequeña. A pesar de ello, pudo salir airosa en todo momento. Fue entonces cuando se dio cuenta de que en realidad no andaba sola, se percató de que Dios siempre había estado con ella a cada instante. Fue en medio de esta experiencia cuando se reconcilió con Dios. En un momento de ese viaje a Doris le hacen una pregunta inesperada:

—¿Por qué sigues trabajando en Catuche si ahí te quitaron a tu hijo?

—Bueno, ¿pero quién soy yo para no hacerlo? Si a la Virgen María le mataron a su hijo, y todavía sigue vigilando y viendo por nosotros, ¿quién soy yo para que me maten a mi hijo y no seguir trabajando por los demás? —respondió sorprendida ella misma de la respuesta.

Hoy Doris dice que si a ella le hicieron esa pregunta fue porque Dios así lo quiso. Siente que ella fue sólo un instrumento de Dios en ese momento para que él dijera a esas personas lo que dijo por medio de su boca. Y es que Doris no encuentra otra explicación, pues ella nunca había pensado en el asunto para llegar a expresar una idea tan clara y tan coherente. Una respuesta de este tipo habría requerido una reflexión previa que, asegura Doris, nunca existió.

Después de todo esto, Doris volvió y comenzó a poner las cosas en orden: su trabajo comunitario, la relación con sus hijas y su compromiso con Dios. Actualmente tiene su casa en Quinta Crespo, pero parece que aún viviera en Catuche, pues, de los siete días de la semana, siete se los dedica a este barrio.

A pesar de todo lo que ha vivido en Catuche, no puede desligarse ni del lugar ni del quehacer que la ha moldeado como persona, como sujeto. Con el tiempo el centro de

salud de Fe y Alegría fue cambiado de Guanábano a otro lugar del mismo barrio Catuche. No obstante, Doris continuó su trabajo como gestora comunitaria.

Todo lo que le ha pasado, junto a la profunda fe cristiana que posee, ha ido moldeando su personalidad y ha hecho de esta mujer una luchadora social incansable, una gestora de paz capaz de pararse frente a un malandro y decirle: “Ya va, ¿para dónde vas tú con esa pistola?”. Una persona constante y comprometida con los proyectos de Fe y Alegría hasta el punto de decir: “Con las precauciones que sean necesarias, el Centro de Fe y Alegría en Catuche se abre, con malandros o sin malandros, con tiros o sin tiros pero se abre”.

Janeth sostiene que su amiga ha sido “una mujer que ha sabido mantener el corazón de Fe y Alegría latiendo permanentemente en Catuche, sólo para que los niños y jóvenes de ahí tengan una oportunidad diferente”.

Doris ha tenido la capacidad de mostrarse ante la gente como ella ha querido mostrarse. La gente la ve como ella ha querido que la gente la vea. Ha sabido mover las fichas del juego para alcanzar esta meta.

“Al principio el dolor era muy evidente. Pero ahorita yo siento que en Doris el proceso ha sido de asimilar ese dolor, de integrarlo, de canalizarlo, de tal manera que no es la Doris que por un lado se ríe y por el otro se desahoga llorando. En eso es realmente una persona muy admirable, porque si algo cuesta en la vida es encausar esos dolores que quiebran el alma. Ser capaz de asimilarlo y de integrarlo a la vida forma parte de la complejidad y del misterio de la vida humana”, explica el padre Virtuoso.

No obstante, Janeth da en el blanco al afirmar que: “Uno puede ver a Doris que ríe, que trabaja, que lucha, que deja el alma en cada cosa que hace, pero hay momentos en los que cae. Cuando se aproxima la fecha de cumpleaños de su hijo o cuando se acerca un aniversario más de su muerte, ella cambia. Y eso sólo por hacer referencia a las cosas que uno puede ver. Doris es una mujer muy reservada en sus cosas, en sus sentimientos, entonces, mucho de esos momentos de flaqueza ella los lleva por dentro”.

La misma Doris sostiene que hay momentos en los que pierde el temple, instantes en los que pueden más el dolor y la tristeza que la valentía y el coraje que circulan por sus venas. “En ese viaje que hice a Amazonas tenía una idea en la cabeza: a mí nadie me tiene que ver llorando, porque yo no le tengo que demostrar a los demás lo que yo siento. Sí, sufro, pero ese es mi sufrimiento y no tengo por qué demostrárselo a

los demás. Hoy en día siento que no he llorado como tal la muerte de mi hijo. Yo creo que por eso decaigo de momento. Creo que no me he dado el permiso de llorar”.

Aprendizajes adquiridos en medio de la tormenta

En todo este tiempo han sido muchos los aprendizajes que ha adquirido. Al morir William aprendió que hay dolores totalmente diferentes; que el dolor de perder a una madre es completamente distinto al dolor de perder a un hijo. En ambas situaciones se viven sentimientos encontrados y se pueden sentir muchas cosas, pero siempre serán sentimientos disímiles.

Al comienzo del curso de desarrollo humano que hizo cuando volvió de Amazonas, Doris fue sometida a un examen psicológico que consistía en ver una foto en la que aparecía una mujer embarazada con un niño. Doris dice que esa mujer estaba muy triste mientras despedía a alguien; veía en la mujer de la foto a una persona con un dolor muy profundo.

Cuando terminó el curso le volvieron a hacer el mismo examen y vio a la misma mujer con el mismo dolor. El aprendizaje que obtuvo entonces fue que el dolor no pasa, lo que sucede es que la persona aprende a vivir con el dolor, pero él siempre va a estar ahí. En este curso también aprendió a aceptar la muerte. “Aprendí que aceptar la muerte no significa olvidarse de quien se ha ido, no, uno lo sigue queriendo, igualito, y quizás un día más que otro, pero aceptas que está muerto, que ya físicamente no está contigo”.

Otras de las cosas que aprendió fue a ponerse en los zapatos de los demás y a valorar lo humano por encima de lo material. Aprendió que lo material se podía conseguir pero que la pérdida de un ser querido era algo irreparable. “Yo, en el momento del deslave, no entendía cuál era la tragedia en sí. La gente lloraba por sus casas y yo criticaba eso, porque una casa se podía recuperar. No entendía el dolor del otro. Claro, el dolor mío era muy fuerte. A mí alguien me dijo en ese momento: ‘Doris, tu casa se la llevó el río’, y para mí eso no significó nada, pues había tenido una pérdida mucho más grande, había perdido a mi hijo”.

Con sus más de cincuenta años de vida, y con el nivel de compromiso y dedicación que sigue mostrando, la labor de Doris es loable y su historia, increíble pero cierta. Un elemento diferencia el trabajo de Doris del trabajo que realizan muchos otros líderes comunitarios: ella siente que con su quehacer mínimamente está “ayudando a construir el Reino de Dios”.



Doris Barreto y Catuche al fondo (Foto Erick Mayora)



Doris con uno de sus nietos más pequeños (Foto Erick Mayora)



Doris trabajando en el Plan Vacacional Catuche 2010 (Foto Erick Mayora)



Doris y su nieto en el sector La Quinta, del barrio Catuche (Foto Erick Mayora)

Se apartó y construyó su propio mundo

“Silvina está loca”. “Silvina estaba loca pero se ha recuperado”. “Silvina no es muy normal, porque habla sola”. “Esa señora, desde que le mataron al hijo, se tiró al abandono”. “Silvina tiene problemas desde antes que le mataran a su hijo”. “El desamor

cambió a Silvina”. “Ella antes se arreglaba pero después que se separó del papá de Yeferson, se descuidó”. Así opinan muchos en el barrio.

Pero, aunque sean menos, no todos los comentarios son negativos. “Esa mujer da la vida por sus hijos”. “Silvina toda la vida ha trabajado mucho para sacar a sus hijos adelante”. “Silvina, con mucho esfuerzo, ha levantado su casita de bloque”. “Silvina es muy buena en la cocina, hace unos dulces divinos”.

En el barrio, Silvina Zúñiga puede pasar desapercibida. No es un personaje cuya presencia se haga notar. Sin embargo, cuando sale a su trabajo, o llega de éste, son varios a los que dirige un breve saludo. Y es que son muchas las personas que la conocen y que tienen un comentario respecto a ella, a pesar de que hoy, íntimamente, comparte con muy pocas personas en su comunidad. Visita una, dos y cuando mucho, tres casa del barrio de vez en cuando.

Con aproximadamente un metro 75 centímetros de estatura, de cuerpo robusto, piel oscura y cabello negro y maltratado; de espalda un poco encorvada y hombros caídos, Silvina se desplaza a diario por las escaleras del sector Mariscal Sucre, del barrio Nuevo Día, lugar en donde habita desde hacen aproximadamente 27 años.

Sube poco a poco los más de 200 escalones que separan su casa de la autopista Caracas-La Guaira, donde toma el yip para subir a Catia o donde se baja del yip cuando regresa de dicho lugar. Sube con calma. Se detiene en los descansos de las escaleras, se coloca las dos manos en la cintura, toma aire, saluda y continúa su camino. Lo mismo ocurre en sentido descendente. La rapidez no es un elemento que la caracterice.

Es difícil encontrarla en casa y sentarse a conversar con ella, por eso, cuando ocurre, hay que aprovechar al máximo el momento. Sale a trabajar todos los días en la mañana, y regresa a altas horas de la noche. Los sábados y los domingo también. Recientemente en su trabajo han comenzado a dejarle libre algunos fines de semana o algún día de ésta.

Para que se diera el primer encuentro con Silvina costó Dios y su ayuda. Casi nunca estaba en casa. El domingo 02 de mayo de 2010, a las siete de la noche logramos dar con ella. Se había quedado en casa para descansar, descanso que, penosamente, tuvo que ser interrumpido. Fue entonces cuando pudo llevarse a cabo el primero de varios encuentros.

Tocamos la puerta de metal. Inmediatamente salió Yeferson, su hijo menor. “Pasa, mi mamá ya viene”, dijo mientras sonreía. Él había sido testigo de las numerosas

veces que habíamos intentado conversar con su madre. Seguro que, al vernos esa noche ahí, en la puerta de su casa, pensó: “Coye, al fin van a poder hablar con ella”. Pasamos, nos sentamos y esperamos un par de minutos.

Silvina no se hizo esperar. Salió con aspecto de recién bañada, el cabello aún estaba húmedo y su piel impecable. Vestía una blusa marrón y un mono cortado a nivel de las rodillas que, aparentemente, era de color gris, pues la luz blanca que ilumina la sala es opaca e impide captar el detalle a esa hora de la noche. Nos saludamos. Arrastró dos sillas hacia el medio de la puerta. Ahí nos sentamos. Si alguien hubiese intentado entrar o salir, se hubiese encontrado un par de obstáculos: nosotros.

“A ver, ¿qué es lo que tú quieres?”, preguntó. Le contesté y comenzó nuestra primera conversación. La primera de varias, necesarias todas para intentar conocer, de cerca, las consecuencias dejadas “presuntamente” por la violencia delincuencial en su grupo familiar. “Perdóname si te enredo la cosa, pero bueno, el mundo es así, enredado”, advierte.

Dos países en una misma historia

Silvina nació en Colombia, específicamente en Mulatos, pueblo costeño y noroccidental del departamento de Antioquia. A los 21 años se vino a Venezuela por dos razones: porque le gustaba caminar, andar, ir y venir, y porque tuvo un problema, un problema del que no habla. “¿Sabes? Colombia y Venezuela son como países hermanos, son vecinos, y bueno, uno va donde su vecino ante cualquier problema o ante cualquier situación”, sólo eso dice.

Llegó a Caracas en 1979. Se instaló en Lídice, zona popular del oeste de la ciudad. Posteriormente se mudó al otro extremo de la capital, a Petare, una de las barriadas más grandes de Venezuela, conformada a su vez por dos mil barrios más pequeños. Luego, en 1983, volvió al extremo de la ciudad de donde había salido, pero ahora su destino no sería Lídice, en esta oportunidad llegaría al barrio Nuevo Día ubicado entre la carretera vieja y la autopista Caracas-La Guaira. Ahí se residió definitivamente en una vivienda de madera y zinc, que luego, con esfuerzo, fue construyendo de bloques rojos y cemento.

Nuevo Día es un barrio que tiene su génesis en la construcción de la autopista Caracas-La Guaira en la década de los cincuenta. Las primeras viviendas, fabricadas con listones endebles de madera, cartón y láminas de zinc, fueron levantadas por

muchos de los obreros que laboraban en la construcción de la nueva arteria vial. Vivir ahí le resultaba más cómodo y económico. Sin embargo, según señala el profesor Milec Gómez en *Memoria histórica del barrio Nuevo Día*¹¹, fue a partir de los años sesenta cuando comenzó la construcción de vivienda en los barrios de la carretera vieja Caracas-La Guaira.

“Según datos recogidos en el año 1978 y registrado en el *Estudio Diagnóstico de los Barrios Urbanos de Venezuela*, Nuevo Día fue fundado en 1963 y para 1978 contaba ya con 8.756 habitantes”, expone el profesor Gómez en su texto.

Silvina llegó a Nuevo Día cuando tenía cuatro meses de embarazo de Ronny. Se había enamorado y producto de ese amor nacería su segundo hijo. El primero, Daniel, había nacido en Colombia, y allá se había quedado con su familia paterna. De esto tampoco da detalles. Después de dar a luz a Ronny, comenzó a trabajar, primero en las oficinas de una constructora en Los Ruíces, luego, haciendo unos días de limpieza en casas de familia. Con estos dos empleos salió adelante durante casi diez años.

En 1993 nace su tercer hijo: Yeferson Eduardo Gamero Zúñiga. Él es el producto de una tercera relación amorosa de corto aliento que vivió Silvina y que la dejó muy afectada sentimentalmente. Estando Yeferson muy pequeño, la relación con el papá de éste se terminó. Silvina no habla de sus relaciones de pareja ni de los motivos por los que tales relaciones terminaron.

“Cuando tuve a Yeferson, él me salió muy asmático, eso hizo que perdiera muchos días de trabajo, porque yo vivía metida en un hospital con él. Así perdí el trabajo de la oficina, y me quedé con los señores a los que les limpiaba la casa por día. Desde entonces comencé a trabajar con esta familia todos los días”, comenta.

Hoy Yeferson tiene 17 años de edad y Silvina tiene casi el mismo tiempo laborando con las mismas personas. “A mí no me gusta estar cambiando de trabajo”, sostiene. En la oficina sólo se encargaba de la limpieza, pero cuando se convirtió en doméstica, el trabajo se multiplicó. Ahora le corresponde limpiar, cocinar, estar al pendiente de las cosas de la casa, lavar, planchar y mucho más.

Así fueron pasando los años. Silvina tuvo que salir a trabajar a diario para criar sola a sus dos hijos, y para ir mejorando poco a poco su vivienda. Estos dos grandes

¹¹ Véase Gómez, 2007.

proyectos de vida se fueron concretando satisfactoriamente. Entonces tenía sentido soñar y hacer planes a futuro. Todo esto cambió en enero de 2003.

La mezcla a base de leche, harina de trigo, azúcar, huevos, vainilla y coco, cociéndose en el horno a fuego lento, emanaba un olor que, hace años, traspasaba las paredes de la casa de Silvina y se iba metiendo poco a poco en cada una de las casas vecinas, atrayendo a todos los muchachitos del sector y a otros no tan muchachitos. Silvina preparaba caramelos, galletas, tortas y helados, con los que endulzaba los días amargos de muchos en el barrio: de los que tenían dinero para comprar, de aquellos que no tenían, pero pedían fiado, y también de los que simplemente pedían, sin más.

“Eso me encantaba mucho. ¿Qué la gente comiera mis dulces? ¡Qué bueno! Incluso, muchas veces, cuando los muchachitos estaban en la casa jugando, yo me ponía a hacerles un dulce. Con eso no les hacía ningún daño. ¿Qué mal podían hacer el coco y el azúcar? Pero después no me compraban, esperaban que yo siempre regalara los dulces. Así tampoco se puede”, comenta Silvina en medio de una pícaro sonrisa.

El uso de la palabra ha sido la estrategia más clara que ha empleado esta mujer, a lo largo de los años, para combatir el posible mal comportamiento de sus hijos, lograr una buena conducta en ellos y enseñarles muchas cosas de la vida. Silvina siente que no tiene nada más. “Yo siempre he conversado mucho con mis hijos. Ronny y yo siempre hablábamos mucho. Una vez, ya estando acostados todos, yo estaba leyendo y él me pegó un grito: ‘Silvina, háblame. Estás muy callada’ ¿Ves? Quería que le hablara. Quería que habláramos. Así éramos. Incluso, cuando yo hablaba sola, sé que él me escuchaba, porque cuando yo andaba calladita él me preguntaba que qué me pasaba que estaba tan callada”, recuerda.

Pensar en grande

Los conflictos políticos que se vivieron en el país en el año 2002, además de la delincuencia que hizo de las suyas durante el mismo periodo (más de nueve mil asesinatos en el país), preocupaban mucho a Silvina: “Yo siempre hablaba con Ronny en esos días, siempre trataba de hacerle ver las cosas malas y las cosas buenas. Le pedía que no saliera, que no andara por ahí porque era peligroso. Que no se metiera en problemas. Yo le decía: 'hijo, no es que no vayas a fiesta, pero mira cómo están las cosas, el mundo anda mal y uno tiene que tomar conciencia’”. El mundo, para Silvina, es

el escenario de referencia más inmediato, por eso sus pensamientos adquieren una especie de universalidad.

“A mí me entristece la forma de vivir que uno lleva actualmente. Sea por la falta de dinero, por la inseguridad o porque uno tiene que trabajar mucho, el hecho es que ya ni podemos pasear. Uno tiene que vivir a juro de la casa al trabajo y del trabajo a la casa”, sostiene, denunciando así un modo de vida inaceptable. En las sencillas pero certeras palabras de Silvina, se puede percibir cómo los problemas que se dan en la sociedad venezolana pueden ir condicionando el estilo de vida de las personas. En este caso, de su persona.

Otra de esas reflexiones con sentido universal que expresa esta mujer se centra en un tema muy particular: la locura. “La historia del mundo está llena de gente que habla sola. Cuando yo fui a Colombia el año pasado (2009) me tocó ir a pagar la luz y allá vi a gente hablar sola diciendo: ‘Esta luz si está viniendo cara, yo no sé qué vamos a hacer’. Cuando yo vi eso, dije: ‘Mira, esa persona está hablando sola como habla Silvina en Venezuela, y allá la gente dice que Silvina está loca’. Entonces creo que habemos muchos locos en el mundo”, dice irónicamente.

Los sentimientos más que la razón, han llevado a Silvina a concebir ese mundo como un espacio más próximo de lo que muchos imaginan. Dios y Ronny están muy presentes en él, ambos permanecen dándole pautas que ella va siguiendo en el proceso, aún inconcluso, de crianza de Yeferson.

Hoy, con su hijo menor, y con la pareja de éste, de 17 y 15 años respectivamente, sigue utilizando la misma estrategia de enseñanza que utilizaba con su segundo hijo: el hablar. “Estudien para que salgan pa’ lante. Yo les sirvo, les cocino, les atiendo con tal de que salgan pa’ lante. No anden por ahí de noche, porque es peligroso. Yo no se los digo por nada malo, se los digo por lo que le pasó a mi Ronny”.

La muerte de este muchacho, un joven que aún con su edad volaba papagayos sobre los techos de zinc de las casas del barrio, que le gustaba bailar, tomar y tener novias, ha convertido a Silvina en una madre confiada en Dios, alejada de la gente y temerosa por lo que le pueda pasar a su hijo menor, la única persona que le queda en suelo venezolano.

Después de la muerte de Ronny el 31 de enero de 2003, Silvina siguió compartiendo con la gente del barrio, pero sentía algo que le decía en su interior que no comentara nada sobre lo sucedido. Es a partir de entonces cuando comienza a poner

distancia y a vivir mayormente entre dos únicos ambientes: el trabajo y la casa; nada más.

“A mí lo que me da miedo es que uno no sabe quién fue el que mató a mi hijo, y de pronto uno no sabe si está hablando con el enemigo”. Por esta razón, y por desconfiar de la capacidad de acción de las autoridades venezolanas, Silvina dice no querer saber a ciencia cierta qué pasó, pues le da miedo la actitud que pueda tomar Yeferson al saberlo, o las represalias que puedan tomar contra él los implicados en el caso.

“Yo le pido a Dios que me ayude porque ¿a quién más le va a pedir uno que lo ayude? Yo no le pedí ayuda a ninguna autoridad porque ¿para qué? Dios es grande y poderoso. Yo sé que él, donde quiera que esté, me está haciendo ver que deje todo en sus manos”, explica.

Silvina es católica, cree en Jesús y en los santos, y siempre ha mantenido un contacto directo con Dios a través de la lectura permanente de la Biblia y de libros espirituales. Así ha aprendido a ver la vida desde una óptica diferente, una óptica que ha permitido el surgimiento de un comentario generalizado y desagradable en el barrio: Silvina está loca.

“Me tienen por loca. Piensan que yo estoy loca porque hablo sola. Pero uno nunca sabe. A lo mejor es Dios que empieza a hablar con uno y uno lo que hace es responder, y entonces la gente viene y dice que uno está loco, pero no necesariamente tiene que ser así”, señala.

Ella una vez pensó en escribir esas cosas de las que habla cuando está “sola” para ver si luego alguien le explicaba el significado de esas mismas cosas, pero nunca lo intentó. “A veces me gustaría escribir porque a veces me salen cuentos bonitos, pero también a veces me siento como triste, confundida, llena de problemas, y entonces ya se me quitan las ganas”, afirma. Hoy cree que el hablar sola forma parte de conversaciones que Dios establece con ella; sin embargo, no piensa explicárselo a nadie. “Que cada quien piense y diga lo que quiera”, dice.

Silvina tiene una manera propia de vivir la vida, un *modus vivendi* que a veces no cabe en la cabeza de muchas de las personas que, en el barrio o en la calle, llegan a establecer contacto con esta venezolana nacida más allá de nuestras fronteras.

“Hay muchas personas viviendo en un mundo falso. Si yo hoy quiero comer carne, pero solo tengo dinero para comprar mortadela, yo no voy a ir donde el vecino a

pedirle prestado para poder comer carne. Eso es vivir de las apariencias. Yo creo que si Dios hoy no me permite comer carne, es por algo, y sé que mañana él me recompensará permitiéndome comer esa carne que hoy no pude comer”. Esta es una de las reflexiones que hace hoy Silvina sobre las realidades de su entorno.

“Cada vez le damos más importancia a las apariencias. Fíjate, tu vienes y me frisas la casita del lado de afuera y me la pintas, ¿y si se moja cuando llueve? O sea, ¿cómo me voy a vestir sin zapatos? El techo era más importante, pero no se veía. No importan las apariencias, lo que de verdad importa es resolver las necesidades. Y eso sí, que uno pague esa ayuda que uno recibe, porque así uno sabe que pagando puede ayudar a otros”, comenta, refiriéndose a los trabajos que, para el momento de la conversación, estaban haciendo en la fachada de su casa en el marco de la Misión Barrio Nuevo, Barrio Tricolor.

Tras conocer los planteamientos de Silvina, resulta difícil imaginar que alguien, con una capacidad de reflexión como la de ella, pueda estar “loca”.

Sus propios comentarios sobre el supuesto desequilibrio mental que le han atribuido, sus análisis sobre la superficialidad y las apariencias, su visión de mundo, la naturalidad con la que trae al presente los hechos del pasado y la justificación que formula para no buscar la justicia humana, muestran a una mujer cuerda que simple y llanamente se mueve en la vida bajo una lógica de acción distinta y no por ello bajo la lógica de quien ha perdido la razón.



Silvina Zúñiga en las escaleras del barrio Nuevo Día (Foto Erick Mayora)



Silvina ayer (Cortesía Silvina Zúñiga)



Silvina frente a su casa (Foto Erick Mayora)



Signos de fe cuelgan de las paredes de la casa de Silvina (Foto Erick Mayora)



De izquierda a derecha, Silvina acompañada de una amiga (Cortesía Silvina Zúñiga)

Una vida que va entre risas y lágrimas

Oleira Gutiérrez consiente a muchos en el Centro Gumilla. Les hace café a todos y a todos saluda con gran afecto. Algunos más afortunados se han ganado, en ocasiones, uno de sus espumosos y exquisitos café con leche. Comparte el almuerzo con sus compañeros de trabajo. Sea guisada, molida, frita o asada, la carne que prepara siempre sabe a gloria, igual que sus panquecas, revoltillos o sus sopas de mondongo. Tiene una sazón única. Pero además es cariñosa y “echadora de broma”. Se tiñe y se arregla el cabello y a veces se pinta los labios. Le gusta verse bonita pero sin tanta parafernalia: un anillito por aquí o una pulserita por allá. Le gusta la salsa brava, entre otros géneros musicales y además le encanta el chocolate.

Pero tiene días en los que pierde completamente el ánimo. Llega al Gumilla desalineada y con semblante de trastrocho. Sus ojos llorosos la delatan. Todos saben que hay días en los que la ausencia de Tonín la transforma en una persona triste y deprimida. Pasa el día con la mirada pérdida y los hombros caídos. En esos días la vida se le llena de un sinsentido tremendo.

Oleira es una de las responsables de que el Centro Gumilla siempre luzca impecable. Este centro, espacio de reflexión y de acción social de la Compañía de Jesús en Venezuela, está ubicado en la planta baja del edificio Centro Valores, detrás de la sede del Ministerio del Poder Popular para la Educación. Oleira labora en esta institución como personal fijo desde el año 1998. Hoy tiene mucho que agradecer a los sacerdotes y laicos que hacen vida en sus instalaciones, pues tanto unos como otros la han apoyado en momentos difíciles, muy especialmente en el instante que perdió a su hijo menor en manos de la delincuencia.

Oleira nació en el estado Lara, en el caserío El Turagual, ubicado en Aguada Grande, población cercana a la ciudad de Barquisimeto. Vino al mundo el 26 de junio de 1956, en medio de una familia de muy pocos recursos. Es la tercera de ocho hermanos. De mutuo acuerdo con sus padres, se vino a vivir a Caracas a los nueve años. Se trasladó a la ciudad con su hermana mayor a quien iban a operar de un quiste en el ovario. Ésta necesitaba a alguien que la ayudara con las tareas de la casa. Oleira era la indicada. A pesar de su corta edad, sabía cocinar y limpiaba muy bien.

Esta hermana se había venido a trabajar a Caracas a muy temprana edad para así ayudar a sus padres económicamente en el proceso de crianza del resto de sus hermanos. En El Turagual, Oleira estaba yendo a la escuela, pero sostiene que era muy

difícil la situación pues, además de las carencias económicas, sus padres no le daban mucha importancia a los estudios; para ellos, lo que hacían sus hijos en un aula de clases no era muy interesante.

“Esa era una guerra que ellos nos montaban porque entonces nosotros teníamos que pilar, teníamos que moler, teníamos que hacer muchos oficios en la casa. A veces no nos quedaba chance para hacer tareas. Al venirme dejé los estudios. Tenía como tercer o cuarto grado, no recuerdo bien, pero me vine a ayudar a mi hermana y aquí me quedé”, rememora Oleira.

A los 17 años buscó y encontró su primer empleo. Ingresó a trabajar en una fábrica como rematadora de pantaletas y sostenes, y ahí aprendió a coser. Se incorporaba así al mercado laboral. A esta misma edad se enamoró de Simón Granado, el que sería luego el padre de sus tres hijos, y quien para entonces tenía 20 años. Cuando cumplieron ella los 18 y él los 21 unieron legalmente sus vidas. El matrimonio se llevó a cabo en el pueblo natal de Oleira. “Esa fue tremenda fiesta”, recuerda.

Ya casados se fueron a vivir a Gramoven, zona popular de Caracas. En 1974 llegaron al barrio 19 de Abril, a casa de una hermana de Simón. Ahí estuvieron dos años. En diciembre de 1975 nació su primer hijo, Octavio Granado Gutiérrez, lo que aceleró el interés de la pareja en buscar un techo propio.

“Don Granado trabajaba y yo trabajaba también, entonces teníamos un dinerito guardado. En el 19 de Abril compramos un ranchito que nos costó cuatro mil bolos de los viejos, imagínate tú. Era bien bonito mi ranchito. El piso era pulido y las paredes forradas con papel tapiz. Una vez mi cuñada y yo nos fuimos y nos gastamos tres mil bolívares, y Simón se molestó porque habíamos gastado toda esa plata. Esa vez compramos la nevera, que me costó mil bolos, compramos la cocina y un jueguito de comedor de pantry de seis sillas”, cuenta Oleira.

Viviendo ya en su nueva casa, el matrimonio Granado-Gutiérrez trajo al mundo dos hijos más. Javier, quien nació en mayo de 1978, y Wildred Antonio, nacido en abril de 1980.

“En Gramoven levantamos nuestra familia. Fueron 25 años que Don Granado y yo vivimos ahí con nuestros hijos. Yo cuando veía a mis tres hijos ya casi hombres, y a mi esposo, yo sentía un orgullo grande por mi familia. La única mujer era yo, porque hasta los perritos que teníamos eran machitos. Ellos todos me echaban broma y me

decían: ‘aquí la única mujer eres tú, Ole’, porque ellos siempre me decían así. Mis tres hijos varones siempre me decían Ole, nunca me decían mamá”, recuerda.

Es difícil, por no decir imposible, conseguir datos sobre la fundación de los barrios que conforman la gran barriada de Gramoven. Al parecer no hay nada escrito. No se encontró nada en FundaPatrimonio, no hay nada en la Alcaldía del Municipio Libertador, ni tampoco en el núcleo de desarrollo endógeno Fabricio Ojeda, importante centro de gestión comunitaria ubicado en el propio Gramoven.

Durante la mañana del 3 de agosto de 2010, conversamos con la señora Ana Rosa de Rapisarda, de 79 años de edad. Ella vive en La Baranda. Llegó a Gramoven en 1966 cuando no había casi nada en el lugar. “Eso era un peladero de chivo. Nosotros, los que vivíamos relativamente cerca, teníamos que bajar mucho, hasta la entrada casi, para comprar el gas, porque no había ni carretera y el camión del gas no podía entrar”, atestigua.

Oleira nunca tuvo la necesidad de salir a la calle a trabajar, su esposo siempre corrió con los gastos del hogar. “Simón nunca nos dejó pasar hambre”, comenta. Sin embargo, le gustaba tener su propio dinero. Por esa razón se dedicó a trabajar desde la casa. Hacía helados, vendía maltas, cosía, hacía días de limpieza una vez a la semana. Trabajaba para ayudar a sus hijos ante cualquier imprevisto y para ayudarse ella misma.

Ahí en su barrio, Oleira entró en contacto con la congregación de las Hermanas Carmelitas de la Vedruna, y comenzó así a formar parte de esta comunidad cristiana. “Con ellas yo terminé de estudiar la primaria, saqué mi sexto grado e hice cursos ahí de manualidades y bisutería. Estando en esa comunidad fue que comencé a hacer días de limpieza en el Gumilla. Eso fue como en el 94 ó 95, en el 98 fue que quedé fija”, recuerda.

La familia conformada por Oleira, Simón, Octavio, Javier y Toñín, poco a poco fue transformando aquel ranchito de zinc que habían comprado en 1975, en una casa de bloque mejor acondicionada: tres habitaciones, una sala, el comedor, la cocina, el baño y el patio. “Mi esposo fue comprando materiales, que sí arena, bloques, cemento, cabillas... Mis hijos parecían unas hormiguitas los fines de semana cargando todo eso. Hasta yo cargué bloques para construir nuestra casita, cuando vinimos a ver hicimos un caserón”, comenta Oleira.

Un tercero entre Oleira y Simón: el alcohol

Mientras esto ocurría, paralelamente una situación lamentable tomaba cuerpo: Simón Granado se entregaba al alcohol. Cuando los hijos de este matrimonio ya estaban grandes, la situación se volvió problemática. “Éramos una pareja muy feliz hasta que los muchachos crecieron y yo desperté, porque él tomaba mucho y llegaba a la casa formando peo, pero yo como que estaba dormida. Aún viviendo en la misma casa dejamos de ser pareja, y entonces cuando estaba tomado llegaba y me decía: ‘si no quieres vivir más conmigo, entonces te vas’. Me corría de mi casa, porque esa casa también era mía”, dice Oleira.

Esta situación, sumada a la previa violación de derechos humanos de la que había sido víctima Toñín cuando estaba en el cuartel, hizo que, a finales de la década de los 90, Oleira perdiera peso descontroladamente. Toñín, con 18 años cumplidos, tomó la decisión de irse al cuartel. Estando adentro, fue maltratado y casi torturado. La familia reportó el caso ante el Programa Venezolano de Educación-Acción en Derechos Humanos (PROVEA), organización de la que recibieron mucho apoyo. Luego de la activación de una serie de acciones de amparo, gracias a la labor de PROVEA, Toño pudo terminar de prestar su servicio militar de una manera satisfactoria. Pero Oleira ya había sido afectada.

A ese deterioro físico que padeció en 1999, se sumó un nuevo problema: las lluvias caídas en Caracas en diciembre de ese año. Las mismas habían originado derrumbes no sólo en el estado Vargas, sino también en varias barriadas de Caracas. Distintos sectores de Gramoven, entre ellos la parte baja del barrio 19 de Abril, fueron afectados por deslizamientos. Una pared y el piso de la casa de Ole se agrietaron. El riesgo no era inminente, pero era riesgo a fin de cuentas. Esto causó preocupación en los miembros de la familia.

Los sacerdotes del Gumilla, al percatarse de la difícil situación por la que estaba pasando Oleira, se ofrecieron para ayudarla. Orientada por el padre José Virtuoso pudo poner fin a la situación conflictiva que vivía dentro de su matrimonio. El divorcio se concretó. Pero la ayuda fue mucho más allá. El padre Gregorio Terán fue hasta la casa de Oleira y verificó el estado en el que se encontraba la misma. Tras constatar la situación, le pidieron que buscara una nueva vivienda, pues desde el Gumilla la ayudarían a resolver su problema habitacional.

“Yo me volví como loca y empecé a buscar. Busqué casa en Valencia, en Maracay, en muchos lugares. Después yo dije: ‘¿Dios mío, yo estoy loca? ¿Por qué yo ando buscando casa tan lejos si mi trabajo queda en Caracas?’ Fue entonces cuando me tranquilicé y comencé a buscar algo más cerca”, comparte Oleira mientras deja escapar varias carcajadas.

En el año 2000 Oleira, por medio de una hermana de Simón que vivía en Guarenas y con quien mantiene aún una relación de amistad, se enteró de que en la ciudad satélite existía la posibilidad de adquirir un apartamento. Fue hasta el lugar, conoció la vivienda, le gustó, habló con la dueña, consultó con el padre Virtuoso, a éste le gustó la propuesta y amarraron el negocio. Oleira adquiriría así el apartamento en el que hoy habita.

El 14 de diciembre del 2000 recibió las llaves de su nueva casa. Desde entonces vive en Guarenas. Sus dos hijos mayores se mudaron con ella, pero Wildred Antonio (Toñín) decidió quedarse en el barrio viviendo con su padre. A pesar de que estaba de acuerdo con la separación, pues sabía que su madre estaba sufriendo mucho, sentía que su padre quedaba solo y prefirió acompañarlo.

“Oleira quería justificarse delante de sus hijos por la separación, entonces Toñín le decía: ‘Ole, hiciste bien en dejarlo porque él no te supo apreciar’. Era frontal con ella, era franco. Yo siempre le decía a ella: ‘Oleira, Toño siente que su papá está abandonado y por eso se queda con él, pero eso no quiere decir que no te apoye a ti. Es a ti a quien apoya más’. Además, él se lo decía a ella, y la abrazaba y la besaba, la quería mucho, pero había optado por quedarse con su padre simplemente por eso, porque era su papá”, agrega Dorys Rengel, compañera de trabajo y amiga de Oleira desde 1999.

Llegó el sábado 02 de agosto de 2003. Ese día se concretaron las amenazas de muerte que había recibido Toño por la pérdida de un arma de fuego de la que él fue acusado. “Si yo hubiese estado viviendo en el barrio todavía, yo hubiese pagado esa pistola para que no me mataran a mi hijo”, expresa hoy Oleira.

El fin de semana anterior, Toño lo pasó en Guarenas, en la casa de su madre. El viernes 25 de julio de 2003 un grupo de personas se reunió en el apartamento y pasó la noche bailando. En ese grupo estaba Toño. Oleira no se encontraba, pero estaba al tanto de la fiesta. Llegó en la mañana del día siguiente y vio a todas las personas durmiendo en los diferentes espacios del apartamento: su hermana, sus sobrinas, sus hijos, todos

estaban ahí. Le agradó ver a muchos miembros de su familia reunidos. Hoy dice que aquello fue como una despedida.

En la mañana, “Toño se levantó, se fue a la sala y se sentó sobre la mesa en la que está mi máquina de coser. Una de mis sobrinas, que es una jodedora, le dijo: ‘Mira, Toño, si no fueras mi primo yo te echara los perros porque estás demasiado bueno’. Claro, porque él era un moreno así papiaote y simpático. Él lo que hacía era reírse”, cuenta Oleira.

Uno de los fines de semana anteriores, Toño le había planteado a su madre el problema que tenía en el barrio: “Mira, Ole, en el barrio está pasando algo. José Luis y su familia me están echando la culpa del robo de una pistola suya que ocurrió hacen unos meses. Ese día que se perdió la pistola yo me había dado unos golpes con José Luis y entonces él fue y buscó a su papá y éste subió armado, entonces llegaron unos chamos y le quitaron la pistola y...”.

Esa misma mañana del sábado 26 de julio, Ole y Toñín conversaron nuevamente del problema:

—Mira, Toño, lo que tienes que hacer es recoger tus cosas y te vienes para acá porque esos carajos te van a venir haciendo un daño, esos carajos son malandrosos —le sugirió su mamá.

—¡Ay, Ole, qué malandros nada! Yo no les tengo miedo a esos carajitos. Esos carajitos no me van a hacer nada —aseguró.

—Esos chamos son dañados y te van a joder —advirtió Oleira.

—Tranquila, vale, yo me voy a venir. Prepárame el cuarto porque yo me vengo este fin de semana que viene —dijo Toño.

—Sí, hijo, es mejor que te vengas para que nos quitemos esa mortificación. Tú dices que esos chamos no son malandros, esos chamos son malos —aseguró Ole, sin imaginar que justo ocho días después el hecho de sangre ocurrido en Gramoven le daría la razón.

Los días inmediatos a la muerte de Toño afectaron el desenvolvimiento normal de esta mujer. “Después que me mataron a mi hijo hubo un cambio en mi vida. Es como un vacío que te queda por dentro porque es como si te quitaran un pedacito de tu vida, ¿entiendes? Es demasiado triste, perder a un hijo es muy fuerte, es más fuerte que perder a nuestra mamá”. Oleira hace este comentario el 18 de abril de 2010, a sólo un mes de haber perdido a su madre.

“El 17 de marzo yo perdí a mi mamá y siento el dolor, pero estoy más tranquila que cuando perdí a Toño. Cuando eso yo me estaba muriendo. Yo le pedía a Dios que me mandara la muerte. Recuerdo que pensaba: ‘¿será que me le lanzo a un carro?’. Sólo pensaba en la muerte porque es que el dolor era muy grande. Ese dolor es para siempre, lo que pasa es que uno como que lo sabe dominar con el tiempo, pero eso sigue ahí”, explica.

Oleira quedó muy mal físicamente. Sufría crisis repentinas que ameritaban trasladarla a un centro de salud. Uno de los doctores que, en una oportunidad, la examinó en el Hospital de Clínicas Caracas, en San Bernardino, la refirió al Hospital Dr. Miguel Pérez Carreño, uno de los principales centros hospitalarios del suroeste de ciudad, ubicado en la parroquia Antímano.

En este hospital Oleira estuvo dos meses recibiendo fisioterapia. “Me encerraban en un cuarto y debía cerrar los ojos y esforzarme por pensar en cosas bonitas o agradables, ahí duraba como media hora, luego salía de ahí y entraba en otro cuarto donde me daban una serie de masajes en la espalda, después de estos masajes me ponían una vaina en la espalda que tenía como corriente. Finalmente, agarraban paños calientes y me los montaban en la espalda. Dos meses duré en eso, iba todos los días. Ya luego me dieron de alta porque me había recuperado. Pero quedé padeciendo de dolores en la espalda”, dice la madre de Toño.

Desde el punto de vista emocional, las consecuencias no se superan de un todo. “Sinceramente yo la observo y la veo como muy dolida. Ella tenía algo que, gracias a Dios, ha ido perdiendo, y es que ella decía que su vida no tenía sentido”, comenta Dorys. “Yo me estaba dejando morir, no comía, sólo tomaba agua o jugo. Llegué a ponerme talla siete y ocho. Me puse fea, flaquita. Yo estaba en el trabajo y de pronto me daba por llorar, me encerraba en un cuartico que había en el Gumilla, y me acostaba en unas sillas que yo tenía ahí. Me ponía a ver las paredes y decía: ‘Dios, ¿será que todo esto es una pesadilla?’. No quería creer que era una realidad”, agrega la propia Oleira.

Hoy, a siete años del lamentable hecho, Oleira ha logrado superar esas difíciles circunstancias que se le presentaron en el momento de la pérdida. Sin embargo, el dolor la ha acompañado, y al parecer, la seguirá acompañando en el camino que le queda por recorrer. El asunto está en cómo será dicho acompañamiento. ¿Le permitirá ser totalmente feliz? O por el contrario, ¿la seguirá hundiendo en fuertes crisis depresivas?

No se tiene la respuesta, lo que sí sostiene Oleira es que “este es un dolor que no se supera totalmente”.

No le ha faltado gente a su lado

Hacerle frente a aquel momento sólo fue posible gracias al apoyo y a la compañía que brindaron a Ole los familiares, amigos y compañeros de trabajo. Lo reconoce ella, lo saben sus allegados, y lo presumen quienes formaron, y formar parte del proceso de superación del duelo que experimenta aún esta madre caraqueña.

“Yo pude salir adelante porque hubo mucha gente cerca de mí ayudándome. Los sacerdotes del Gumilla: Alfredo, Goyo, Klaus, José, Apolinar; también Dorys, el señor Fernando, y muchos otros, fueron personas que Dios puso en mi camino. Dorys siempre fue mi paño de lágrimas en esos momentos. Ella y yo somos como hermanas. El señor Giuliani me dio mucho aliento, me dio mucha fortaleza, él me abrió los sentidos. Me hizo ver que tenía que echar para adelante, que me acordara de mis otros dos hijos, mi familia, mis nietos. Y bueno, me di cuenta que lo que él me decía era verdad”, asume la propia Oleira.

Dos cosas concretas le recomendó Fernando Giuliani, psicólogo social y además amigo cercano: que no se aferrara a las fechas, a ninguna, porque esas fechas, a fin de cuentas, iban a terminar maltratándola. La llegada de abril (mes en que Toño nació) y de agosto, (mes en el que murió), representan periodos de intenso dolor para Oleira. También le pidió que evitara, en lo posible, tener contacto con situaciones en las que otras madres perdían a un hijo, porque esto la haría recaer constantemente.

En el contexto de violencia que se vive en el país, esta segunda petición hecha por el psicólogo Giuliani ha sido prácticamente imposible de cumplir, pues el 09 de mayo de 2008 Oleira recibió la noticia de la muerte de Carolina, quien fue asesinada en el marco de un conflicto sindical; el 14 de mayo de 2009, en San José de Cotiza, una bala perdida se incrustó en el corazón de Yisbeth, una jovencita universitaria que estaba pasando vacaciones en Caracas, y el 18 de abril de 2010 un joven de 19 años fue asesinado en el oriente del país. Todos ellos eran sobrinos de Simón Granado, ex esposo de Oleira, por lo que tales fallecimientos fueron muy sentidos por ella.

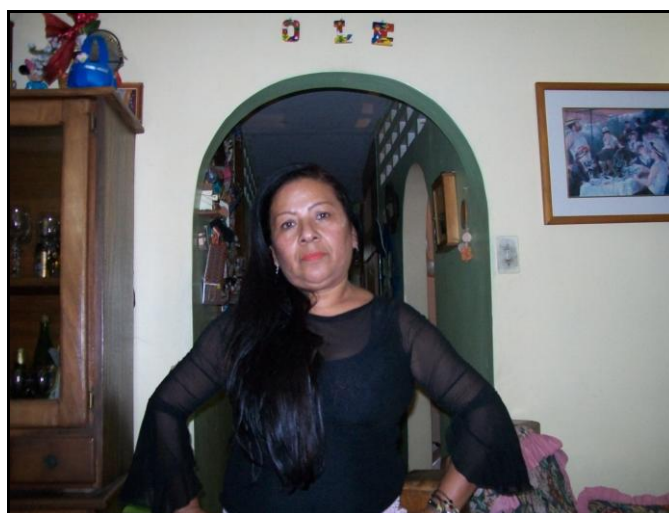
Dorys Rengel, amiga de Oleira por más de una década, sostiene que el acompañamiento que le han brindado a Oleira ha sido espontáneo. “El sentarnos a almorzar, a hablar, el tomarnos un café, el contacto diario, todo eso forma parte de ese

acompañamiento espontáneo, de ese apoyo que se va dando de forma natural, sin ser planificado”, sostiene.

Sin embargo, Dorys cree que ella está llena de esperanza, porque se ha agarrado, principalmente, de Dios para continuar viviendo. “Pienso que la justicia Oleira la ha dejado en manos divinas porque ve difícil que consiga la justicia terrenal puesto que el caso quedó así, sin un resultado final, sin una condena. No hubo un juicio donde ella pudiera participar y no le quedó más que dejárselo a Dios. Si ella hubiese logrado justicia, es decir, que los responsables pagaran, ella se sentiría mucho mejor”, sostiene.

“Todo lo que pasó en la evolución del caso, la falta de respuestas serias, el peloteo, todo eso me decepcionó a mí tanto que, después de tres años de intentarlo, dejé todo así y no hice nada más. Yo dije: ‘Bueno mi Dios, todo te lo dejo en tus manos, has lo que tú quieras’, porque me cansé”, afirma tajantemente Oleira.

Una caraqueña larense. Un par de jóvenes enamorados. Una vida en el barrio. Una historia de lucha permanente. Una familia que se esforzó por salir adelante. Un matrimonio feliz. Un ranchito de zinc que se convirtió en una casa de bloque. El alcohol como enemigo. La falta de respeto a la vida. Un hijo muerto. Un dolor en las entrañas. Un caso no resuelto. La rabia y la indignación. La injusticia. La fe en Dios. Muchas manos amigas. Gente que quiere. Gente que la quiere. Todos estos elementos definen a Oleira Gutiérrez. Todos ellos y muchos más configuran la historia de una madre que nunca imaginó vivir la dramática experiencia de tener que enterrar a un hijo.



Oleira Gutiérrez en su apartamento ubicado en Guarenas (Cortesía Oleira Gutiérrez)



De derecha a izquierda, Oleira Gutiérrez, Dorys Rengel y una de sus amigas (Foto Erick Mayora)



Oleira y sus tres hijos en Gramoven. De arriba hacia abajo, Octavio, Javier y Toñín (Cortesía Oleira Gutiérrez)



Oleira junto a todos sus hermanos y su madre en la esquina inferior izquierda (Cortesía Oleira Gutiérrez)



Oleira en la sala de su apartamento (Foto Erick Mayora)



Oleira acompañando a su hijo mientras este prestaba servicio militar (Cortesía Oleira Gutiérrez)

Tan iguales y tan diferentes a la vez

Tanto Oleira, como Doris y Silvina no nacieron en la capital venezolana. A pesar de que llegaron a Caracas por distintos motivos, todas esperaban mejorar sus condiciones de vida. Oleira, apenas siendo una niña, llegó a esta ciudad proveniente del estado Lara. Doris salió del oriente venezolano, específicamente del estado Sucre, prácticamente siendo una adolescente. La joven Silvina, con apenas dos décadas de vida, tuvo que recorrer un largo trayecto, pues llegó a Caracas proveniente del departamento colombiano de Antioquia, donde había nacido.

Ninguna es caraqueña de nacimiento, pero todas encontraron en los barrios de esta ciudad un espacio para vivir. En esas barriadas capitalinas construyeron, con esfuerzo y sacrificio, familias e historias. Fueron mujeres emprendedoras, echadas *pa'lante*, asumiendo que echar *pa'lante* es hacer frente a las vicisitudes y contratiempos que se presentan en la vida.

Tres hijos parieron cada una de estas mujeres, y también cada una de ellas ha visto partir violentamente a uno de esos hijos como consecuencia de esa violencia delincriminal que se vive en la ciudad. Por ello, además de compartir una herida que aún no sana completamente, una tristeza que no pasa del todo y un recuerdo que duele, han sacado hacia adelante a tres familias que también caminan heridas bajo la lluvia de balas que empapa de rojo las calles de esta ciudad.

CAPÍTULO III

Echar pa' lante con el dolor a cuesta

La persona que pierde la vida en manos de la delincuencia es sólo una de las numerosas víctimas que genera ese mismo hecho delictivo. La madre que pierde a un hijo, el muchacho que pierde al hermano, el pana que pierde a un amigo, el niño que pierde al padre, o el primo que pierde a otro primo. Todos son víctimas de los miles de asesinatos que ocurren anualmente en la capital de Venezuela.

Para la profesora María Josefina Ferrer, abogada, criminóloga y victimóloga del Instituto de Ciencias Penales de la Universidad Central de Venezuela, “el delito trae múltiples consecuencias no sólo para la madre, sino para la familia, la comunidad, los amigos y para otras personas. Las consecuencias primarias del delito pueden ser emocionales o psicológicas, económicas y físicas. Si no hay condiciones de apoyo, orientación y acompañamiento adecuado en el contexto inmediato de las personas muy allegadas a la víctima primaria, será más difícil superar esas consecuencias primarias”.

Aunque cada quien tiene una manera particular de experimentar cada uno de estos sentimientos, el duelo, el sufrimiento, el miedo y el desconcierto forman parte de esa gama de consecuencias que llegan a padecer los familiares y amigos de quienes como William, Ronny y Toñín, perdieron la vida frente a un arma de fuego.

Dependiendo del rol que cada uno juega dentro de la familia o en torno a ella, tras los lamentables sucesos, se dan diferentes procesos de experimentación del duelo y distintas maneras de afrontar la pérdida. Tomando como referencia los casos de William, Ronny y Toñín, son varios los escenarios que se presentan: madres a las que la vida les cambió para siempre, hermanos y familiares que continuaron con sus proyectos de vidas pero que llevan en su interior la desagradable experiencia de haber perdido a un ser querido, y amigos que, en uno u otro momento, sienten el dolor por la ausencia de esa persona con quien compartieron momentos inolvidables, y con quien llegaron a formular proyectos comunes que no pudieron concretarse.

Sólo algunos instantes para compartir

Doris Barreto, ese ejemplo del liderazgo comunitario que ejercen muchas personas en los barrios de esta ciudad, nos presenta a su grupo familiar inmediato, un núcleo familiar que incluye a padre, hijas y nietos.

“Mi familia hoy en día está conformada por mis dos hijas, mis ocho nietos y mi papá, que ya tiene 93 años. Ese es mi núcleo familiar más inmediato. Lewis, el niño de William, no vive conmigo, vive con su mamá, pero yo lo considero como parte de mi grupo familiar más inmediato. Antes no lo veía casi, pero ahora sí lo estoy viendo más seguido, lo estoy viendo casi todos los días”, comenta Doris.

Susana, su hija mayor, trabaja en un puesto de alquiler de teléfonos en las inmediaciones del puente Guanábano, mientras que la menor, Luisana, se encuentra desempleada. Entre ambas, le han dado a Doris siete nietos, dos hembras y cinco varones. El otro nieto es el testimonio vivo del paso de William por este mundo. Doris se asume —entre risas— como la cabeza de la familia, entendiendo como cabeza de familia a aquella persona que pone la plata para los gastos en la casa.

Doris, su papá, sus hijas y nietos viven hoy en un apartamento en Quinta Crespo, hacia los lados de San Juan. Habitan ahí desde mediados de 2001, tras perder su vivienda en Catuche el 15 de diciembre de 1999.

Días antes del desbordamiento de la quebrada, Doris y los suyos estaban siendo cuestionados por haber puesto la denuncia en contra de la persona que le quitó la vida a William. Doris no entendía la situación, pues era ella la afectada y la hacían sentir como la mala de la película. Hasta unos tiros le lanzaron a la casa. Estas agresiones continuaron después de la tragedia.

El hijo de Quiquito tomó una actitud agresiva contra Doris. La apuntaba con su pistola, le mostraba la droga y le decía: “Aquí está, mírala, aquí la tengo, anda y échame paja, pues”. Así estuvo ese hombre acosándola por días, hasta que en una oportunidad, mientras Doris salía del consultorio de salud en el que trabajaba, el sujeto se le acercó y casi le puso la droga en la cara, mientras le decía: “Aquí la tengo, ¿ves? Aquí está, mírala”. Doris se le fue encima, lo agarró fuertemente por el cuello y lo estaba ahorcando.

Susana, que iba en una camioneta por la avenida Baralt, se dio cuenta de lo que estaba pasando e inmediatamente se bajó del vehículo, corrió hacia la entrada del consultorio, y apartó a Doris del sujeto. Lo agarró ella y le comenzó a dar golpes por todos lados, fue tanta la furia que Susana descargó sobre él, que él mismo no pudo defenderse. Doris tuvo que meterse y apartarlos.

El padre Virtuoso se enteró de lo que estaba pasando con la familia de Doris, y junto con ella se dirigió a Fiscalía y colocaron la denuncia. No obstante, aseguran que nunca hubo una acción al respecto.

Una noche iba Doris y su hermana cerca de la entrada de Guanábano, cuando se toparon nuevamente con el hijo de Quiquito. Éste quiso meterse con ella por enésima vez, pero Doris no se lo permitió. Acudió a un efectivo de la Guardia Nacional que estaba cerca, y le comentó lo que estaba pasando. El efectivo se acercó y habló con el sujeto. Desde ese día el hombre desistió de su actitud belicosa contra Doris. Ella recuerda que le dijo: “Te vuelves a meter conmigo y me vas a conseguir. Yo no te tengo miedo, total, lo que tenía que perder ya lo perdí (refiriéndose a William)”, cuenta Doris.

Y es que así pensaba Doris. Para ella la vida giraba en torno a su único hijo varón, y al perderlo sentía que lo había perdido todo. En ese momento sus hijas habían quedado en un segundo plano. Con el tiempo esta situación fue cambiando gracias a la ayuda psicológica y al apoyo que Doris recibió de mucha de la gente que estaba a su alrededor.

Una madre sobreprotectora

Doris siempre sobreprotegió a William por ser el hijo varón. Para culminar por completo el bachillerato, William debía hacer pasantías, dado que había escogido la mención de Contabilidad, con la que salía del liceo como técnico medio en tal especialidad.

Su mamá tenía un amigo en un bufete de abogados que funcionaba en Bello Monte. Ahí le consiguió las pasantías a su hijo. Un día, cuando ya se aproximaba el inicio de sus actividades como pasante, Doris le dijo: “William José, vamos a ir para que sepas dónde queda el bufete, y te sepas ir solo después”. Salieron de la casa, y en la avenida Baralt tomaron una camioneta de Puerta Caracas.

En el trayecto William le dijo a Doris: “Cónchale, mamá...”. Doris, al escuchar que William le había dicho mamá, volteó extrañada porque sabía que algo le pasaba. Él casi nunca le decía mamá, siempre le decía Doris, o Doris Wells¹², sólo le decía mamá cuando estaba molesto.

—¿Qué pasó? —preguntó Doris.

¹² Doris Wells fue una actriz, escritora y directora venezolana que alcanzó mucha fama gracias al éxito de las telenovelas en las que participó a finales del siglo XX.

—Tú si eres. El daño que me has hecho. Con 17 años, y no es posible que yo no sepa llegar solo a Capitolio.

Estas palabras sacaron de las entrañas de Doris un par de lágrimas que se deslizaron por su cara morena. “Me dio pena, y a la vez me dio como mucho dolor, pero es que él tenía toda la razón”, dice Doris.

—Es verdad, hijo. Pero entiéndeme, no es culpa mía, es que me da miedo que salgas solo, mira como están las cosas. Uno sale y no sabe si regresa. Además, hay mucha droga en la calle y me da miedo que...

—Tú tienes que confiar en mí, Doris.

—Es cierto. Yo tengo que confiar en ti. De ahora en adelante vas a andar solo, bueno, Dios te va a acompañar, pero yo no voy a andar siempre contigo.

Llegaron a Bello Monte, William conoció el lugar donde realizaría sus pasantías. Luego, ambos se devolvieron a casa, cada uno con una experiencia de crecimiento personal a cuesta, y con un compromiso asumido: confiar el uno en el otro.

Hoy quienes conocen a Doris, dicen que ese espíritu de madre sobreprotectora se ha volcado hacia sus hijas y nietos. “Doris ha sido madre y padre de sus hijos. Y siento que la pérdida de William la ha llevado a ser más protectora ahora. Ella es mamá gallina y ahí va con sus muchachas”, comparte Janeth.

Doris trabaja demasiado y el sueldo lo gasta en sus hijas y en mantener la casa. La poca disponibilidad de tiempo libre que tiene, tal vez sea una de las consecuencias más fuertes que les ha tocado asumir a los miembros de su familia: a su papá, a sus nietos, pero sobre todo a Susana y Luisana, sus hijas.

Aunque llegue tarde a casa todos los días, ya cuando las luces están apagadas, y su familia duerme, Doris está mucho más tranquila sabiendo que sus hijas y sus nietos tienen un techo bajo el cual descansar, y que están todos juntos bajo ese techo “aunque lo único que tengan para comer sea arroz y sardina”, dice Janeth.

“Con mis hijas, lo poco que podemos compartir —por las noches y los domingos, que son los momentos en los que estoy en casa— hace que la relación sea bastante normal. Peleo con ellas si consigo la casa sucia, o si consigo a los muchachos en la calle. Pero también nos sentamos y conversamos con normalidad. Nos la llevamos bien. Ellas son locas las dos. Me chalequean mucho porque yo no sé cocinar, entonces me tengo que molestar porque no me respetan. La cocina del apartamento está hecha un desastre por culpa mía, yo lo sé. Pero si llega alguien a visitarnos ellas lo van a meter a

la cocina para que vea lo que yo hice, y burlarse de mí. Las conozco”. Así resume Doris, sonriente, la relación con sus hijas, una relación de amigas que se va dando en la medida en que Doris tiene tiempo para compartir con ellas. Sin embargo, para Luisana, últimamente su mamá está sacando un poquito más de tiempo para compartir con la familia.

Por el varón descuidó a sus dos hembras

Llegar hasta aquí en la relación de estas tres mujeres no ha sido tarea fácil. Cuando William murió, Doris pensó que sólo a ella le dolía. Excluyó a Susana y a Luisana de la posibilidad de compartir ese dolor. Cada vez que discutían, ella les decía a sus hijas que el único que la quería era William.

Con esa actitud Doris puso distancia de por medio. En 2001, después que regresó del viaje a España y a Alemania, Susana primero, y Luisana después, aprovecharon la valentía que les produjo el alcohol en la sangre para sacar todo lo que llevaban por dentro.

“Susana se rascó, se emborrachó, y llorando me dijo un poco de cosas sobre la muerte de su hermano y lo que ella estaba sintiendo. Y después fue Luisana que, en medio de una rasca también, llegó a la casa y me dijo: ‘William era mi hermano, él era mi adoración, a mí también me ha dolido mucho su muerte’. Yo solamente las escuché y fue entonces cuando pude entender el dolor de cada una de ellas”, apunta Doris.

La relación que se estableció entre Doris y su único hijo varón fue muy distinta a la que ella instituyó con Susana y Luisana. Con el tiempo Doris ha reflexionado y hoy asume su responsabilidad con mucha humildad.

“El padre Polo me dice que yo descuidé a las hembras por el varón, y sí, yo digo que eso es verdad. Pero era por el entorno. Para ese momento, el varón tenía más riesgos de caer en las drogas, ahorita no, ahorita el riesgo es igual. Además, mi hija mayor casi no vivía conmigo, y la menor estaba metida en las cosas de la iglesia. También está el hecho de que él y yo éramos súper pegados. Yo suelo decir que él era mi vida porque es que dormíamos juntos, peleábamos y nos contentábamos, él me decía que yo parecía una carajita, me echaba mucha broma, me decía Doris Wells. Nos entendíamos muy bien. Me entendí mejor con él que con las hembras, y por eso ciertamente me aboqué más a él que a ellas”, sostiene.

Ese miedo que tenía Doris al entorno no venía de la nada, no era gratuito. En Catuche esta mujer se tropezó con muchas historias de madres que sufrían por tener a sus hijos en el mundo de las drogas o de la delincuencia. Eran madres que, como ella, habían criado a sus hijos con mucho sacrificio y les habían dado educación para que fuesen mejores personas, y ver cómo, de un momento a otro, caían en vicios atemorizaba tremendamente a Doris.

Sin ir muy lejos, dentro de la misma familia ella fue testigo de una historia que le causó mucho sufrimiento. Robert era un sobrino muy querido para ella, tanto que lo consideraba como otro de sus hijos. La droga se apoderó de él, y la familia sin darse cuenta, cometió un grave error. Para que Robert no robara, le daban dinero. Creían que le estaban haciendo un bien. “No teníamos experiencia, no sabíamos cómo ayudarlo a salir de ese camino. Por eso nos equivocamos. A él lo mataron hace años, antes que a William, y esa fue una muerte que a mi me golpeó muchísimo”, dice Doris.

Fue ese temor al entorno el que hizo de Doris una madre volcada al cuidado de su hijo en demasía. Janeth da fe de ello, pero al mismo tiempo asegura que gracias a esa actitud de Doris, William pudo graduarse de bachiller e ir a la universidad. “El hecho de ir al liceo constantemente, el conocer a los profesores, el estar ahí siempre fue algo que ayudó para que William estudiara”, asegura Janeth.

La muerte de su hermano las marcó para siempre

Susana, William y Luisana habían establecido una relación muy cercana. Como muchos hermanos, a veces discutían pero eran discusiones poco trascendentales. Siempre fueron tres hermanos muy unidos, y a pesar de ser William el del medio, por ser el único varón tenía una especie de autoridad que lo hacía ver como el mayor, el hombre de la casa, el que hablaba con carácter. Paradójicamente, durante sus últimos días, William compartió mucho más con sus hermanas. Así lo recuerdan ellas.

“Con la muerte de mi hermano todos en la familia nos vimos muy afectados. Ciertamente el dolor más fuerte lo lleva la mamá, pero nosotras también nos vimos afectadas, incluso, hasta el sol de hoy a mi me sigue afectando. Lo extraño, me hace mucha falta. Yo digo que si él estuviera vivo, las cosas en la casa serían de otra manera, tal vez yo hubiese terminado de estudiar o estaría trabajando, no sé, pero sé que fuesen de otra manera”, comenta Luisana. “William para mí era muy importante. Lo intento y no encuentro una palabra que sirva para explicar lo que yo sentía por él y lo que ha

significado su muerte para mí. Creo que hay que vivirlo para saber qué es lo que se siente”, complementa.

Susana también considera que la más afectada en toda esta situación ha sido su mamá. “Nosotras perdimos a un hermano, pero ella perdió a un hijo”, dice. A Susana le dolió mucho la pérdida de William. “Yo creo que eso es algo que todavía no he superado, lo que pasa es que uno aprende a vivir con el dolor, pero cualquier cosa te hace caer porque el dolor no se va nunca. En su primer cumpleaños cuando ya no estaba con nosotras, eso fue una rasca horrible. Me encerré en mi cuarto y llorando me tomé una botella. Uno vive preguntándose el *porqué* y no encuentra nunca una respuesta”, agrega.

Luisana y Susana han ido tras sus proyectos personales, se han enamorado y han construido familia, pues les tocaba seguir viviendo. La primera, ha traído tres niños al mundo, dos varones y una hembra. La segunda, cuatro, tres varones y una niña. Sin embargo, lo ocurrido con William ha llevado a que la manera como ellas crían a sus hijos sea muy distinta a la manera como ellas fueron criadas.

Luisana recuerda que iba y venía del colegio acompañada solamente de sus amiguitos, sin que Doris tuviera que llevarla o ir a buscar. “Ahora con mi hijo no. El tiene diez años, yo lo llevo al colegio y mi mamá lo busca. Él no sale de aquí del apartamento, no se va ni al parque solo, va un ratito al ciber y ya. Hay mucha inseguridad. Uno no sabe si saliendo ahí en la puerta se forma un tiroteo y uno queda en el medio”, expresa.

“Mi hijo mayor, cuando sale a compartir con los amigos, así sea ahí mismo en el edificio, yo le digo: ‘hasta las once’. Y entonces él me dice que hasta las doce, y bueno, uno lo deja pero lo está llamando a cada rato para verificar que esté bien. Entonces me dice que lo estoy ahogando y yo le digo que no tengo la culpa de ser así, pues ya estoy marcada”, señala Susana.

Más allá del núcleo familiar

Ese dolor por la muerte de William, un joven de apenas 20 años de edad, trascendió el núcleo familiar más inmediato. Susana Finol y Antonio Finol son sobrinos de Doris. Para ella, los dos son como un par de hijos más. Estos hermanos se vieron muy afectados por la pérdida.

Susana, que ahora vive en España, y que estuvo con Doris la trágica noche en que William murió, lloró casi hasta quedar sin lágrimas; cada rincón era un refugio propicio para dejar salir el llanto y el dolor que la carcomía por dentro, llanto que acompañaba con tragos de alcohol. La tristeza no le ofrecía otra opción. Hoy la vida de esta mujer ha retomado su curso, sin embargo, lleva en la memoria recuerdos dolorosos de una partida ilógica.

Antonio, a quien todos conocen como “El Gordo”, se empeñó en dejar los estudios. Dos años estuvo sin ir al colegio. Decía que no valía la pena estudiar si igual lo iban a matar como habían matado a su primo. Fue víctima de un cuadro depresivo fuerte. Con el apoyo de la familia y la asistencia de un psicólogo, pudo superar el momento difícil —nunca la pérdida—. Hoy prefiere no tocar el tema para no revolver el pasado.

Arminda Barreto, hermana muy cercana a Doris, engrosa la lista de personas que sufrieron tremendamente por la muerte de William. “Nosotras siempre hemos sido muy pegadas, muy unidas, entonces, lo que le pasa a la una le pasa a la otra. Cuidamos mucho nuestra relación porque sabemos que después vamos a estar sufriendo mutuamente, por eso sé que le dolió mucho lo que le pasó a William y porque además yo podía ver su dolor”, expone Doris.

Por otro lado, el papel que les corresponde a José Virtuoso y Janet Calderón en el desarrollo de esta historia no se limita sólo a dar sus aportes sobre lo que conocen de Doris y de su gente.

Fue tal el dolor que vio la madre de William en los ojos del padre Virtuoso en aquellos días, que hoy, con sólo recordar el encuentro en la entrada del Hospital Vargas, se le empaña la mirada. “Compartí tanto mi dolor con Joseíto que la imagen de él conmigo ese día me pega mucho y me hace llorar, porque era ver cómo el dolor le salía de las entrañas. Esa imagen me hizo entender también que ciertamente a otros les dolía la muerte de mi hijo”.

Por su parte, Janeth no puede contener la emoción al hablar de William y de lo que pasó once años atrás. Obligatoriamente tiene que hacer una pausa, limpiar sus parpados y tomar aire para poder continuar.

“Estas lágrimas son por muchas cosas. Porque para nosotros eso fue tan inesperado, tan sorprendente; porque Doris es mi amiga, es mi comadre, yo vi a William crecer, el chamo trabajó conmigo; por lo injusto, lo incongruente, la falta de respeto por

la vida humana; porque esto me ha llevado a ponerme en los zapatos de Doris y decir: ‘bueno, yo soy madre, también tengo hijos’. Y entonces uno piensa que nada los salva, que ni siquiera estar en el barrio donde nacieron y crecieron les da seguridad. Además, está el hecho de pensar que el que lo mató quedó como si nada, y entonces uno se queda con la duda: ¿será que algún día esa persona se cuestionará por el daño que causó a toda una familia? Son todas esas cosas juntas las que hoy me hacen llorar”.

Janeth llegó a pensar en algún momento que, por el tipo de trabajo que ella, Doris y mucha gente realiza en pro de la comunidad, se llegaba a obtener cierto tipo de privilegios, cierto tipo de protección frente a los peligros del contexto. “Uno podía pensar que por el liderazgo que se tiene en la comunidad, a uno y a los de uno no les iba a pasar nada”, dice Janeth. La muerte de William echó por tierra esa hipótesis.

Antes de que la violencia delincuencial llegara, tocara la puerta de la casa de Doris y le quitara la vida a William, y antes de que la quebrada Catuche, enfurecida, arrastrara con la vivienda y con parte de la historia de una familia entera, noviembre había sido un mes de fiesta, regalos, tortas y alegría. Luisana, nacida el 08; Susana, el 14; William, el 18 y Doris, el 20 de noviembre, encontraban en este mes una época propicia para celebrar la vida. Ahora, a medida que se acercan los últimos dos meses del año, la tristeza y la añoranza trastocan, de diferentes maneras, el ánimo de Doris y de quienes compartieron con William momentos importantes de sus vidas.



De William, sólo algunas fotos tamaño carnet se salvaron de la tragedia del 99 (Cortesía de Doris Barreto)



Doris acompañada de sus hijas y nieto: Susana (Izq.) y Luisana (Der.) (Foto Erick Mayora)



El niño de la franelilla (esquina inferior izquierda) es Lewis, el hijo de William José (Cortesía de Doris Barreto)



Doris junto a su Susana, su hija mayor (Foto Erick Mayora)



Doris y Luisana, la hija menor (Foto Erick Mayora)

Del futuro no se habla

El grupo familiar de Silvina siempre estuvo conformado por ella y sus dos hijos. Silvina desempeñaba, y lo sigue haciendo, un doble papel: el de madre y el de cabeza de hogar. Ronny, aún con su corta edad (19 años), representaba al hombre de la casa, y Yeferson, al niño pequeño que había que criar adecuadamente, el que sólo debía

portarse bien e ir a la escuela. Así estuvo configurado el núcleo familiar de Silvina hasta el fatídico viernes 31 de enero de 2003, cuando Ronny dejó de formar parte, físicamente, de esta historia.

Desde entonces todo en la casa cambió. La relación entre Silvina y Yeferson se modificó. En este contexto, ella dejaba de contar con la figura masculina, modelo para Yeferson. Él aún siendo tan pequeño, perdía la compañía de la única persona que tenía en la vida además de su mamá. Para ambos, la ausencia de Ronny se ha traducido en un vacío que hasta ahora nadie ha podido llenar. “Ronny me hace mucha falta”, asumen los dos.

“A mí me da mucha tristeza acordarme de mi hijo. Él me hace mucha falta. Siempre y a cada ratito yo lo miento. Sin embargo, aunque la muerte afecta, todo dependerá de cómo uno la viva. Yo digo que si tu hijo muere y tú decides vivir con esa amargura dentro de ti, tú le vas a introducir esas energías a él, y eso no lo ayuda a descansar”, sostiene Silvina mientras los dedos de sus manos se encuentran, y las uñas se hurgan mutuamente ante la mirada perdida de quien hace el comentario.

Por su parte, Yeferson afirma que la muerte de su hermano le ha afectado en el sentido de que “sólo dos personas no pueden vivir en una casa, eso no puede ser. Yo estuve con mi hermano mientras mi mamá salía a trabajar, me crié con él y aunque me regañaba y me pegaba, también teníamos un día de juego, jugábamos en el cuarto cuando nos íbamos a dormir. Ahora yo pienso mucho en él, lo extraño y a veces lloro”.

El lunes 03 de febrero de 2003, luego de haberse enterado de la irreversible pérdida, Silvina se vio muy afectada físicamente. Sus piernas se debilitaron y la cabeza comenzó a dolerle. El papá de Ronny se hizo responsable de los trámites pertinentes. De lo único que se encargó Silvina fue de facilitarle una partida de nacimiento y una foto para que pudiera retirar el cadáver de la morgue.

Mientras se llevaban a cabo los trámites de buscar la funeraria, retirar el cuerpo de la morgue, alistar la parcela en el cementerio, correr con los gastos y llenar y firmar papeles, Silvina permaneció en casa. Un fuerte dolor de cabeza la aturdía. Se tomó una manzanilla. Se fue al cuarto, se sentó en la cama y se untó mentol en la cara. “Yo sentía como si la cara no era la mía, sino que era la de él, la de Ronny. Yo sentía como si le estaba untando el mentol a él, pero lo hacía con mucho cuidado, con mucha delicadeza, como para que no le fuera a doler”.

De pronto se le escapa una lágrima

Según señala Silvina “la muerte de un hijo es una pérdida de la que uno nunca se recupera, porque nunca recuperas lo perdido. Esa situación siempre vive en uno, claro, de la manera en que uno quiere que viva. Yo le pido a Ronny que me ayude a no pensar cosas malas. Y como él sabe todo lo que él mismo sufrió, yo le pido que me ayude también con su hermanito para que éste piense y haga las cosas bien. Siempre hablo con él y le pido que no nos deje solos, que nos acompañe siempre en el camino”.

A veces llora. De pronto, al pensar en él, se le escapa una lágrima. Así se manifiesta el dolor que lleva por dentro. Cuando deja mucho tiempo sin ir al cementerio a visitar la tumba, se siente mal. Dos razones le impiden ir con más frecuencia: su trabajo y lo peligroso del camposanto. Ronny está sepultado en las profundidades del Cementerio General del Sur. Silvina aprovecha la asistencia masiva de personas a la necrópolis el 02 de noviembre, Día de los Difuntos, para ir hasta la recóndita parcela donde reposan los restos de su hijo. “En otras ocasiones es muy difícil ir porque él está muy adentro y es peligroso”, advierte.

Aunque el mensaje se lea en centenares de lápidas, es casi imposible pensar que los restos de quienes están sepultados en este cementerio caraqueño puedan “descansar en paz”, pues hasta sus instalaciones ha llegado la delincuencia despojando de sus pertenencias a quienes apartan un momento de su rutina para encontrarse con sus muertos. Vivos y difuntos por igual son víctimas de robos y asaltos en los espacios solitarios del Cementerio General del Sur, pues en este lugar ni las tumbas se salvan de la acción del hampa.

Cheíto, el tío de Ronny, últimamente ha estado un poco distanciado de Silvina y de Yeferson por compromisos laborales, familiares y de estudio. Sin embargo, es alguien que conoce muy de cerca el pasado de la familia y que hoy da luces para comprender un poco lo que ha sucedido en ella tras la pérdida. Cheíto proporciona datos que, tal vez, sólo pueden ser vistos desde fuera.

“Para Silvina, como para toda madre que pierde un hijo, quizás esa sea una de las cosas más duras por las que ha pasado. Su hijo mayor le daba cierta seguridad y estabilidad emocional. Al faltar Ronny, ella pierde esa seguridad y esa estabilidad y se generan situaciones que no puede controlar. Ella tenía ciertos planes con sus hijos. Existía la posibilidad de ir a Colombia a visitar a su familia, y también la posibilidad de irse a vivir allá. Todo eso cambia con la manera tan repentina y tan violenta como se

dieron las cosas”, explica Cheíto. “Como todos los padres, Silvina se imaginó a su hijo hecho un hombre más realizado, con un hogar, una familia, dándole nietos. Es como tener unas piezas de dominó ordenadas a tu manera y que, por un temblor, ese orden se pierda totalmente”, agrega.

Silvina dice que le gustaría ir a pasar un tiempo a su país de origen, pero ha dado muchas vueltas intentando arreglar un error existente en la partida de nacimiento de Yeferson, en la que escribieron Camero Zúñiga, en vez de Gamero Zúñiga, la manera correcta. Sin embargo, Cheo dice que la propia Silvina ha comentado en anteriores oportunidades que ella no se va de Venezuela porque en este suelo está sepultada una de las personas que más ha querido en su vida.

“Se derrumba tu ‘yo’ interno”

Pero Cheíto no habla sólo de las consecuencias experimentadas por Silvina y Yeferson. Sostiene que tanto él, como otros miembros de la familia paterna de Ronny resultaron afectados, y van por la vida sabiendo que la fatalidad también los tocó.

“Uno se plantea unas expectativas de vida con las personas. En el caso de nosotros, nos habíamos planteado la posibilidad de armar una especie de cooperativa, una microempresa en la que participáramos todos, él y nosotros, porque en esos días él había estado desempleado. Claro, cuando él desaparece físicamente, todo eso se derrumba, se derrumba el plan y se derrumba tu yo interno, porque cuando tú planeas algo con alguien los planes son para beneficiarse mutuamente”, expone.

Ciertamente, los miembros de esa otra parte de la familia de Ronny también quedaron marcados por su pérdida. El sábado 25 de septiembre de 2010, tras las fuertes lluvias caídas sobre Caracas, los habitantes de Nuevo Día vieron complicado su traslado al barrio en horas de la noche. Muchos tuvieron que bajar desde Catia a pie por la autopista Caracas-La Guaira. En medio de esa situación la señora Edilia Vargas, mamá de Cheíto y abuela paterna de Ronny, se angustió mucho porque sus hijos no habían podido llegar a casa. Entonces su esposo, el señor Juan, abuelo de Ronny, le dijo:

—Mujer, quédate tranquila que esos llegan en cualquier momento.

—No, gordo, no me puedo quedar tranquila, mira que ya nosotros tenemos una experiencia con lo que nos pasó con Ronny —respondió ella, dejando al descubierto, en una frase tan corta, la huella indeleble de una muerte inesperada.

Actitud negativa de Yeferson, etapa superada

Yeferson celebra su nacimiento los 08 de mayo. Hoy tiene 17 años de edad. Le faltaba sólo un mes para terminar su primer año de bachillerato cuando decidió no continuar los estudios. A principios de 2010, cuando aún no había cumplido los 17, estableció una relación de pareja con una jovencita del mismo sector donde vive. Ella tiene 15 años, tenía 14 en el momento que se marchó con el joven. Silvina los aceptó en su casa. Así se sumaba un miembro más a la familia. Ya no son sólo dos, nuevamente vuelven a ser tres. Osceidy, de una u otra manera, ha llegado a esta casa para brindar un poco de compañía. Así lo reconoce Yeferson, así lo asume Silvina.

Gamero, como muchos llaman a Yeferson, también ha visto afectada su vida. Cuando Ronny murió, él tenía apenas nueve años, y no podía entender lo que había pasado. No podían entenderlo los adultos, más difícil sería para él. Tomó entonces una actitud muy negativa que complicó más las cosas. “Él tomó un comportamiento inadecuado, pero mucha gente pensó que con la muerte de Ronny, Silvina y Yeferson habían quedado solos, y eso no es así”, manifiesta Cheíto.

Gamero creyó que, como Ronny había partido, a él le correspondía ocupar el puesto vacante, es decir, asumió equívocamente el papel del hombre de la casa. Fue creciendo, y a medida que esto pasaba, quiso actuar según le pareciera, sin percatarse de que era un niño todavía. Quiso pasar los días en la calle, irse a fiestas, buscar novias, amanecer, descuidar los estudios. Una serie de situaciones que van colocando a la persona en riesgo de delinquir.

“La incertidumbre de lo que pasó, en un niño de nueve años, que veía a su hermano como la figura a seguir creó una especie de trastorno en él. Quiso imitarlo, pero teniendo una mala idea de lo que realmente era su hermano. Ronny era bonchón, le gustaba salir de noche, bailar, rumbear, y tomarse su ron. Yeferson lo quiso hacer igual sin tomar en cuenta que Ronny ya era un hombre mayor de edad. Como Ronny salía de noche, entonces él quiso hacerlo también, pero cuando uno sale de noche se encuentra con muchas cosas: con droga, prostitución, delincuencia. Si tú eres un hombre estás en mayor capacidad de discernir, pero si tienes nueve años, y apenas estás conociendo la vida, ¿cómo disciernes entre lo que es bueno y lo que es malo? A eso me refiero cuando digo que trató de imitar a su hermano, pero lo hizo equivocadamente”, detalla Cheíto.

Esa actitud metió a Yeferson en problemas más de una vez. Hasta su vida estuvo en peligro. Gracias al apoyo de los amigos de Ronny, y del propio Cheo, quienes se

sentaron a conversar con él en varias oportunidades y le hicieron ver que estaba actuando incorrectamente, Yeferson fue cambiando de actitud. Silvina, acudiendo a su sempiterna estrategia del habla, también influyó en el cambio favorable que, con el tiempo, comenzó a mostrar el jovencito.

Para la licenciada Sandra Benaím de Katz, magíster en Psicología Escolar y profesora de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), “la pérdida del padre, madre o hermano para un niño es de magnitud inconmensurable. Adicionalmente a dicha pérdida debe tomarse en cuenta que la muerte de un miembro tan cercano trae consigo otros cambios y pérdidas para el niño: la pérdida de un compañero de juego en el caso de un hermano(a), menos tiempo con la madre que debe salir a trabajar, etc. Sería contraproducente que el niño sintiera en algún momento que debe sustituir a la persona que ha muerto”¹³.

En julio de 2002, Yeferson, luego de haber cumplido sus nueve años, se había ido a vivir con su papá a Federico Quiroz, uno de los barrios de Catia. Con los meses se dio cuenta de que quería regresar a su casa, no se la llevaba ni se la lleva muy bien con su padre. Por esta razón volvió a Nuevo Día en enero de 2003.

Estos meses en los que los dos hermanos estuvieron separados sirvieron para que se extrañaran mutuamente. Yeferson le preguntaba a Silvina por Ronny, y Ronny le preguntaba a Silvina por Yeferson. Al regresar, el pequeño se dio cuenta de que algo había cambiado en la actitud de su hermano. Estaba mucho más pendiente de él, lo tomaba más en cuenta, lo sacó a pasear varias veces, cosa que casi nunca hacía. Fueron más hermanos en los días de ese último enero compartido. Yeferson se percató del cambio inmediatamente y lo disfrutó al máximo.

“Uno se acostumbra cuando tiene una persona a su lado, cuando discute o pelea con ella, pero cuando esa persona se aleja de uno, uno empieza a preguntar por ella, empieza a extrañarla. Yo siento que eso fue lo que le pasó a mi hermano. Cuando yo regresé hasta se ponía a hablar conmigo. El 12 de enero, eso lo voy a recordar siempre, me dijo: ‘Pronto vamos a viajar a Colombia. Nos vamos a ir un tiempo para allá’. Pero también me dijo que si a él le llegaba a pasar algo, que no gritara a mi mamá y que la cuidara mucho porque él la quería demasiado”, recuerda Yeferson.

¹³ Véase Benaim de Katz, 1993.

De ahí que la historia reciente de esta familia, la vivida a partir de 2003, sea una historia llena de proyectos inconclusos, lo que ha generado un espíritu de frustración. Esto ha dado como resultado el hecho de que entre sus miembros no se hable del mañana. El futuro ya no es tema de conversación para esta familia.

“Si estamos hablando, y yo le digo: ‘Mami voy a hacer tal cosa’, ella me dice: ‘Yeferson, no me digas eso, porque eso también me lo decía Ronny y mira lo que pasó’. Ronny le decía que él iba a trabajar para echar la platabanda en la casa, que iba a conseguir un buen trabajo para que ella no trabajara más, que nos iba a llevar a Colombia, que esto, que lo otro. Entonces, toda esa cantidad de cosas ella me pide que no se las repita. Siempre tiene muy presente lo que conversaba con mi hermano. Por ejemplo, cuando Ronny iba saliendo ella le preguntaba: ‘¿A qué hora vas a venir?’ Y el contestaba: ‘Vengo ahora’. Entonces, cuando yo le digo: ‘Mami, vengo ahora’, eso no le gusta, no la hace sentir bien”, comparte Yeferson.

Por esas razones no hay proyectos a futuro que compartir, porque para Silvina las cosas se hacen cuando existe la posibilidad real y concreta para hacerlas, sin planificarlas tanto. “No digas que cuando tengas la plata vas a echar la platabanda si aún no tienes la plata. Cuando tengas el dinero, haces lo que vayas a hacer y listo”, considera. “Ella me regaña y me dice: ‘Yeferson, no planees nada si no tienes la plata. Tú eres igualito a Ronny, muchacho. Todo el tiempo planeando las cosas sin tener la plata encima”.

Un sueño poco grato

Algo muy curioso le pasó al hijo menor de Silvina la noche del velorio de su hermano. Cuenta que al verlo en la urna sintió que le habían hecho mucho daño. Que lo habían torturado. De hecho, observó con detenimiento la boca de Ronny y se percató de que la encía del joven estaba rota y de que los dientes estaban separados bruscamente unos de otros.

“Ronny tenía los dientes muy, muy pegados, tanto que unos se les montaban sobre otros, y cuando yo lo vi esa noche y le vi los dientes separados me extrañó mucho, me pareció raro”, dice.

Tres días después del entierro, el niño tuvo un sueño que para él fue más que eso, fue como una revelación. Soñó que Ronny estaba en una fiesta y que tuvo un

problema con un hombre mucho más grande que él. El hombre lo invitó a pelear, pero Ronny no quería. Sin embargo el sujeto insistió y Ronny aceptó.

Entraron a un cuarto donde pelearían, pero de la nada aparecieron dos sujetos más que agarraron a Ronny y lo amarraron para que así el contrincante que había propiciado la pelea pudiera golpearlo sin ningún inconveniente. Ronny pedía que lo soltaran. Lo complacieron, pero ya estaba muy maltratado y adolorido. No obstante, pudo lanzar varios golpes, pero sentía que los mismos no lograban el efecto esperado.

Se quitó los anillos que tenía en cada uno de los dedos de ambas manos, luego propinó un par de puñetazos en la cara que lograron desconcertar a su oponente. Cuando vieron que Ronny había logrado dar en el blanco, los dos sujetos que estaban ahí lo sujetaron nuevamente y lo volvieron a amarrar. Ahí, el hombre que lo había invitado a pelear, herido y enfurecido, le propinó otra serie de golpes. Luego tomó un destornillador de pala y lo introdujo entre diente y diente, moviendo la herramienta de un lado a otro, logrando desplazar cada pieza.

Este sueño pudo haberse dado producto de la impresión que le causó al niño ver el estado en el que se encontraba la boca de su hermano la noche del velorio. Sin embargo, ¿por qué la boca de Ronny mostraba dientes separados bruscamente y encía maltratada, signos de tortura? No hay que olvidar que, sobre este caso, nada se sabe a ciencia cierta.

Yeferson también recuerda que luego de haber muerto Ronny, cuando Silvina se iba a trabajar, a él le daba miedo entrar a la casa tanto de día como de noche, pues asegura haber visto a su hermano en tres ocasiones después del lamentable suceso. Cuenta que una vez durmió con la cortina del cuarto recogida, lo que le permitía ver hasta la cocina y vio a Ronny en la nevera tomando agua, dice que se arropó hasta la cabeza y así amaneció.

“Por las noches yo me sentaba en la puerta de la casa a esperar que Silvina llegara del trabajo. Me daba miedo entrar y Silvina llegaba muy tarde, entonces me quedaba dormido recostado de la puerta, en plena calle. Recuerdo que tenía un perro que, cuando veía a Silvina subiendo las escaleras, corría hasta donde yo estaba y me intentaba levantar lamiéndome la cara, pero no lo lograba, por eso Silvina me encontró varias veces dormido en el piso o apoyado de la puerta”.

Este joven de 17 años añora la presencia de su hermano. En el barrio ha encarado varios problemas, y a pesar de que ha contado con quien dé la cara por él,

afirma sentirse muy solo. Le gustaría que Ronny estuviera ahí para que lo “defendiera, acompañara y para tener a esa persona con la que uno comparte casi todo lo que a uno le pasa, lo bueno y lo malo”.

“Siento que quedé solo porque, a pesar de tener dos hermanas por parte de papá y un hermano por parte de mamá, ellos están muy lejos. Al quitarme a Ronny me arrancaron a mi hermano con el que me crié. Mis otras hermanas viven con su familia, y Daniel, el primer hijo de mi mamá, está en Puerto Carreño, a kilómetros de aquí”, afirma Yeferson.

La posibilidad de comenzar de nuevo

Entre finales de agosto y principios de septiembre de 2009, Silvina perdió a sus padres. Ambos estaban bastante mayores. Tuvo que viajar de emergencia a Colombia para darles el último adiós. Las horas en carretera y las circunstancias por las que estaba pasando, llevaron a Silvina a meditar sobre un aspecto: el distanciamiento entre los miembros de una familia.

“Yo tenía muchos años sin ver a mis papás y a mi familia. Uno a veces está con el cuento de que no voy y no visito a mi gente porque no tengo nada que llevar, pero a veces uno debe hacer todo lo posible para ir a ver a su familia, aunque no tenga nada que llevarle, así sea con el puro pasajito, porque es la familia y eso es muy importante”, esto lo aprendió de su abuela pero no pudo ponerlo en práctica antes del fallecimiento de sus progenitores.

Hoy dice que la herencia que ella le deja a Yeferson es “que aprenda a tener dos trajes, uno para salir y otro para estar, pues a la hora de algún imprevisto tendrá como resolver”. Es decir, que aprenda a tener siempre un plan b, pues nunca se sabe cuando el plan original falla, y no debe quedarse de brazos cruzados cuando esto ocurra.

Aunque Silvina no ha podido —o no ha querido— dejar la tierra donde ha vivido la mayor parte de su vida y donde trajo al mundo a dos de sus tres hijos, en su suelo natal la espera la posibilidad de comenzar una nueva historia.

Daniel, su hijo mayor, con quien ha mantenido una relación cercana a pesar de la distancia que los separa, la ha invitado a vivir con él en Puerto Carreño, capital del departamento colombiano de Vichada. Este pueblo está ubicado cerca de la frontera con Venezuela por los lados del estado Apure, específicamente al lado del poblado venezolano Puerto Páez. Sólo una decisión de Silvina podría dar paso a un nuevo

capítulo en la historia de esta familia. Un capítulo que tendría ahora como escenario ese país vecino del que salió Silvina cuando, con 21 años, quiso probar suerte lejos de la tierra que la vio nacer. Suerte que luego no le supo sonreír.



De izquierda a derecha: Silvina, Osceidy y Yeferson (Foto Erick Mayora)



Yeferson y su madre (Foto Erick Mayora)



La familia de Silvina hoy (Foto Erick Mayora)



Yeferson, en la puerta de su casa, observa la autopista Caracas-La Guaira (Foto Erick Mayora)



Barrio Nuevo Día visto desde la casa de Silvina (Foto Erick Mayora)

Juntos a pesar de todo

Cerca de las cuatro de la tarde del sábado 08 de agosto de 2010, en las inmediaciones del bulevar de Catia, a la altura de la estación de Metro Plaza Sucre, se llevó a cabo uno de los tantos encuentros que se tendrían con Oleira Gutiérrez. ¿El propósito de ese encuentro? Ir hasta el barrio 19 de Abril, de Gramoven, donde Oleira vivió por más de 24 años y donde la falta de respeto hacia la vida le arrebató a Toñín, su hijo menor.

La avenida principal de Los Magallanes de Catia nos condujo hasta la parada del transporte público utilizado por quienes viven en muchas de las barriadas de la parroquia Sucre del municipio Libertador. Tomamos la camioneta y partimos así a las entrañas de Gramoven. Al abordar el vehículo, Oleira saludó a un par de conocidos, uno de ellos era la señora Ligia, a quien la violencia, independientemente de las razones, le había quitado ya a varios hijos.

—¿Cómo estás, Ligia? ¿Cómo anda todo? —preguntó Oleira.

—Vamos a decirte que bien para no entrar en detalles —respondió Ligia.

—A ella le han matado a varios hijos —comentó Oleira en voz baja.

—Ligia, te presento a Erick, un amiguito que quiere escribir la historia de lo que le pasó a mi hijo, a Toñín.

—Hola, señora Ligia, mucho gusto.

—Mucho gusto, mijo —respondió mientras apretaba mi mano derecha—. Bien que quieras escribir sobre casos de violencia, eso está bien, para que así se sepan esas cosas, porque una la madre es la que termina cargando con ese dolor sola.

Sin pensarlo, entrábamos en contacto con el caso de otra madre venezolana, víctima de la violencia delincriminal que opera a sus anchas en la gran barriada de Gramoven, al oeste de la ciudad.

En el trayecto Oleira iba recordando y compartiendo su pasado. “Antes, a Simón y a mí nos gustaba bailar mucho. Siempre andábamos en una rumba. Y cuando él se iba solo, yo me venía a casa de una amiga que vive por aquí”, dice señalando una escalinata situada a mano izquierda de la carretera.

Mientras tanto, la camioneta penetraba en lo intrincado del barrio. Se detuvo un momento a la derecha para dar paso a una serie de vehículos que venían en sentido contrario. Estábamos justo frente a la entrada del sector La Baranda. “Ahí vivía el muchacho que mató a Toñín”, dice Oleira. Desde la calle principal de ese sector una mujer alza la mano derecha y la agita con afán. Oleira hace lo propio sacando la mano por una de las ventanas del vehículo. La mujer era una vecina que compartió mucho con ella. En pleno saludo, el conductor pisó el acelerador.

Era sábado. Había mucha gente en la calle, hombres con botellas de cerveza en las manos. Música por todos lados. Se oían vallenatos, salsas, vallenatos, merengues, vallenatos, reggaeton y más vallenatos. Las cornetas de los automóviles también aportaban su granito de arena al bullicio reinante. Desde un abasto otra mujer reconoció a Oleira. La saludó con efusividad. Oleira le contestó desde su asiento. Ambas se alegraron por haberse visto. El vehículo continuó y ahí murió el saludo, pero en sus caras quedó la satisfacción del fugaz reencuentro.

Llegamos al sector 19 de Abril. Nos bajamos de la camioneta y caminamos hacia la derecha. No recorrimos mucho. Nos metimos por unas escaleras y comenzamos a bajar. Oleira saludaba. A Oleira la saludaban. “Hay mucha gente joven en el barrio”, dice, como añorando los rostros de ayer. Señala una mata de flores, de rosas enanas específicamente. “¡Que bonitas!”, expresa. Continuamos bajando. Llegamos a otra calle,

o callejón muy amplio. Recorremos unos metros y a la derecha tomamos otras escaleras, aún más inclinadas, para así continuar el descenso.

Una familia en contacto permanente

Como a mitad de estas escaleras nos detuvimos. Habíamos llegado a la que fue la casa de Oleira por más de dos décadas, y en la que hoy habitan Simón Granado y su nueva familia. Oleira nos presentó a Simón, y a varios amigos de Toñín: a Alsy Herrera (Chelín), a Richard Cedeño y a Ediomar Herrera. También presentó a un par de comadres: Daycy Reyes y Rosa Torres. La primera vive justo frente a la casa de Simón, la segunda, detrás. Todos habitan desde hace años en el lugar. Todos son testigos de esta historia. Y todos contribuyen a que lo ocurrido no se desintegre en el olvido, sino que se mantenga vivo a pesar del tiempo.

Algunos manifiestan que esta familia, luego de haber experimentado la pérdida de Toño, se ha mantenido unida como siempre. Otros aseguran que ahora la unión es mayor. El hecho es que hay un punto de encuentro entre estas dos opiniones: la unidad del grupo familiar. Una familia que aparentemente está dispersa, pero que en realidad se mantiene en constante comunicación.

Oleira sigue viviendo en su apartamento ubicado en la urbanización Vicente Emilio Sojo, en Guarenas. Octavio, el hijo mayor vive con ella. Javier, su segundo hijo, está residenciado en La Vega, en la Calle Zulia del sector El Mirador.

“Yo siento que ellos están más unidos y que esa pérdida ha significado mucho para ellos, tanto, que Oleira y Simón han asumido el compromiso de visitar a Toño cada domingo en el cementerio. Un domingo va Oleira y un domingo va Simón, pero casi nunca Toño se queda sin ser visitado. Lo tienen tan presente que hablan de él y uno llega a sentir que Toño está vivo”, dice Dorys.

En muchas oportunidades Oleira ha llegado al trabajo y le comenta a alguno de sus compañeros: “Ayer visité a Toño. Le llevé unas flores y estuve un rato con él. Las flores le quedaron bien bonitas, les tomé una foto con el celular. Ahorita te la enseño”.

Para Dorys, al igual que para Ediomar y para Richard (amigos de Toñín), en el momento más difícil, recién ocurrida la pérdida, toda la familia estuvo muy unida de manera presencial. Ya con el tiempo vino un distanciamiento natural, pues cada uno retornó a su cotidianidad, eso sí, con un compromiso sobreentendido: no perder el contacto.

“A pesar de no ser en forma presencial, la unión entre ellos continúa. Se expresan mutuamente lo que sienten. Se brindan apoyo, y eso me consta. Y obviamente, como en toda familia, siempre hay roces, y no siempre todo es bello, hay rupturas, contradicciones, pero eso es normal. Así como se dan las cosas malas, muchas son las cosas buenas, como por ejemplo, expresarse los sentimientos, eso les ha dado resultado muy positivos, pues se han mantenido unidos”, señala Dorys.

Simón va cada quince días al cementerio, dice que cada vez que lo hace siente que se encuentra con su hijo. “Cuando voy al cementerio me siento satisfecho de haberlo visto, de haber hablado con él. Es como una visita de las que uno hace normalmente a casa de sus familiares”.

Al igual que él, la construcción es el área donde decidieron desempeñarse laboralmente Octavio y Javier; de hecho, ambos hermanos trabajan juntos, por lo que mantienen una relación bastante cercana. Prácticamente se ven a diario.

“Octavio y yo somos como uña y carne. Andamos juntos para todos lados y compartimos bastante”, sostiene Javier. “La relación entre nosotros tres (Octavio, Javier y Toño) siempre fue una relación cercana. Nos la llevábamos bien. Lo mío era de mis hermanos y lo de ellos era mío. Yo compraba pantalones y se los ponía Toño, o al revés. Éramos así. Después pasó lo de mi hermano. Sin embargo, Javier y yo todavía compartimos mucho”, dice Octavio.

Simón, Octavio y Javier sienten que tras la muerte de Toño no hubo mayores cambios en cuanto a la dinámica familiar. Coinciden en que Oleira ha sido la más afectada, y en que a ellos les dolió mucho la muerte de Toño, pero que han podido superarla bastante y continuar con sus vidas. Los tres se enamoraron, tuvieron hijos y siguieron viviendo con normalidad.

Esta circunstancia ha llevado a los tres hombres de la familia de Oleira a vivir la muerte de Toño de una manera, tal vez, menos dolorosa. “Para mí no hubo cambios así. Lo que pasó con mi hermano forma parte de los tropiezos que da la vida. También pienso que son cosas que pasan porque ya están determinadas. Pero uno tiene que seguir la vida porque, como dicen por ahí, la vida continúa. Claro, en el momento fue muy duro, fue un golpe muy fuerte, pero uno sigue”, expresa Javier.

En cambio, Octavio sostiene que “sí hubo cambios, no así tantos, pero sí los hubo porque fue la pérdida de nuestro hermano. Sin embargo, ha sido mi mamá la que ha sufrido, digamos, la mayor parte. Uno no tanto. A uno le pega, pero no como a ella.

Nosotros construimos ya nuestras familias, pero ¿y ella? Por más que sea, ese era su hijo menor, y además, era muy pegado con ella”.

A esto se suma el aporte de Simón. “No ha habido cambios en la familia. Nosotros siempre hemos sido muy cercanos y hoy seguimos muy al tanto el uno del otro. Yo voy cada quince días al cementerio y cada quince días va ella (Ole). Entonces, si un domingo voy al cementerio, el otro fin de semana voy a La Vega a casa de Javier, o voy a Guarenas y visito a Octavio. Siempre nos hemos mantenido con las mismas ganas y con el mismo anhelo de compartir”.

A esta tripleta constituida por padre e hijos, la muerte de Toño les causó un dolor que ellos describen como “muy fuerte”, sin embargo, pudieron reponerse y seguir adelante. De esta manera, se convirtieron en tres de esos múltiples pilares de los que se sujetó Oleira para no dejarse arrastrar completamente por el sufrimiento.

Los nietos de Ole viajan constantemente a Guarenas. En casa de la abuela juegan, se distraen, gritan, desordenan y son consentidos por ésta. Tan agradables son esos días para los pequeños, que a la hora de regresar cada uno a sus hogares, ninguno quiere irse. Oleira visita a Javier con regularidad, y también mantiene una relación de amistad con su ex esposo. A pesar del divorcio, siempre existieron cuatro razones fundamentales para mantener el contacto: Octavio, Javier, Toñín y 25 años de matrimonio.

La justicia, ¿una utopía?

Buscar justicia fue una tarea infructuosa que llevaron adelante Oleira y Simón. Durante tres años fueron peloteados, burlados, pagaron plantón, perdieron días de trabajo, fuerzas, ganas, ímpetu. Hablaron con efectivos policiales, abogados, fiscales, pero nada, esa anhelada justicia siempre voló muy alto y por más que lo intentaron no pudieron alcanzarla.

Al momento del asesinato, la denuncia fue colocada por Oleira en la sub-comisaría del Oeste del CICPC. Un funcionario de este cuerpo policial asumió el caso y aparentemente comenzaron las investigaciones. Luego Simón, afanado, hizo algo que los denunciantes no hacen con normalidad. Investigó dónde estaban los autores del crimen de su hijo, fue a la sede policial, habló con los funcionarios, los llevó al lugar, los agentes simulaban una redada, dieron con los jóvenes, solamente tomaron los datos de éstos y luego se marcharon. Le dijeron a Simón que ya tenían la información

necesaria y que ahora sí harían lo reglamentario para proceder con la detención, detención que nunca se dio porque el funcionario “extravió la agenda donde había anotado los datos de los implicados”, dice Simón.

Luego, el funcionario encargado del caso fue removido, pues se descubrió su participación en un secuestro, por lo que fue puesto tras las rejas. Al enterarse de esto, la familia se desanimó, y abandonó sólo por un par de meses la búsqueda de justicia: que los responsables perdieran la libertad. Pero luego, indignados por la impunidad, volvieron otra vez al CICPC. Otro funcionario se encargaría de las investigaciones. El caso fue resuelto policialmente y pasó a Fiscalía. Ahí comenzó la familia a padecer las consecuencias de la nefasta burocracia. “Fuimos a la Fiscalía, conocimos a la doctora y a la secretaria que llevaban el caso y empezaron a decirnos: ‘venga mañana’, ‘venga pasado mañana’, ‘venga dentro de quince días’. Así fue pasando el tiempo. Nos ponían citas y cuando íbamos nunca había una respuesta satisfactoria”, recuerda Oleira.

Un día fueron a una de esas citas, y en ella les informaron que el caso había cambiado de fiscal. Conocieron a la nueva doctora y a su secretaria. El tiempo pasaba pero la familia no veía resultados. Tuvieron dos encuentros con esta nueva fiscal; una de esas citas fue en 2006 (a casi tres años de la muerte de Toño). En este año habían asesinado al autor material del crimen de Toño. Oleira notificó la situación a la fiscal, pero la investigación debía continuar pues había una denuncia contra los autores intelectuales que requería ser procesada por el Estado. La tercera cita con la fiscal nunca se dio, pues ésta murió en un accidente de tránsito.

Por esta razón el caso pasó a otro fiscal, pero la familia se rindió ante un proceso desgastante que amenazaba con no tener fin. Decidieron dejar todo así, pues el cansancio ya era muy grande, y enorme la incapacidad de respuesta mostrada por las instituciones encargadas de brindar justicia a esta familia.

“Ellos intentaron que se hiciera justicia. Muchos mediodías Oleira agarraba la hora de almuerzo y se iba a hacer diligencias. Ella caminó mucho junto a su ex esposo. Denunciaron. Fueron a la Fiscalía. La comunidad, en el momento del hecho, también se activó porque Toñín era un chico muy apreciado por sus amigos y por la gente que lo conocía, y todos querían justicia. Además, allegados a Oleira le aconsejaban demandar una acción contundente ante el Estado y una respuesta de su parte”, atestigua Dorys. Esta respuesta nunca se dio.

El caso de Toño vive en la mente de muchos

Al igual que William y Ronny, lo sucedido con Toño dejó secuelas más allá del grupo familiar. Richard, el anfitrión de aquella lamentable noche, no ha podido celebrar, de la misma manera, sus cumpleaños. “Cuando Toño cumple años de muerto, nosotros vamos para allá para Guarenas, para el cementerio, y visitamos su tumba. Y como la fecha de su muerte está muy cerca de mi cumpleaños, a veces ni lo celebro porque no me dan ganas de hacer una fiesta recordando lo que pasó. Esto es difícil para mí, porque Toño era un muchacho que se la pasaba para arriba y para abajo conmigo...”, explica Richard.

Las lágrimas parecen ser el elemento común mejor justificado de estas tres historias que se han ido describiendo detalle a detalle. Estuvieron presentes en medio de los testimonios de Doris y de las palabras resquebrajadas de Janeth. Cubrieron la mirada profunda de Silvina, en plena conversación. Se pasearon con más frecuencia por el rostro de Oleira en los diarios encuentros que pudimos compartir. Y empaparon las mejillas de una Dorys sorprendida por la fuerza y el impacto del recuerdo.

“Yo creo que estas lágrimas se dan porque yo también soy madre, y además de ser madre, soy amiga de Oleira. Está también el hecho de haber conocido a Toñín y haber compartido con él las veces que venía al trabajo. Además, me tocó acompañarla en ese momento y ver lo que eso significó. Lo vivimos todos de cerca aquí en el Gumilla, pero a mi particularmente me pasó algo, y es que yo sentía muy en el fondo que yo podía pasar en algún momento por ese dolor, por eso tan grande y tan fuerte que ella estaba sintiendo”, expresa Dorys.

Lo experimentado por la muerte de Toñín, aunado al contexto de violencia que se da en Gramoven y en muchas de las barriadas de Catia pateadas por Ediomar, ha llevado a este joven de 28 años a formular un planteamiento muy serio y preocupante, que revela la magnitud del problema de la violencia delincuencial, no sólo en la ciudad capital.

“En un principio la gente veía el problema de la delincuencia como algo muy grave, que escandalizaba, pues eran tantos los muertos que se iban dando que resultaba increíble. Hoy en día la gente lo está tomando así como con mucha normalidad. Hoy puedes caer tú, o tal vez seré yo el que va a morir más tarde, no se sabe. No estamos seguros. Ya la gente se está como acostumbrando porque es el pan nuestro de cada día.

Uno antes escuchaba que eran 20, luego 40, en estos días escuché que fueron 50 los que llegaron a Bello Monte en un fin de semana asesinados por el hampa para robarlos, o por ajustes de cuenta, o porque simplemente estaba atravesado y se formó la balacera, porque estaba en una fiesta, por equis o por ye. Lo cierto es que cada vez son más los casos de personas asesinadas”, opina Ediomar, tras siete años de haber perdido a su amigo Toñín.

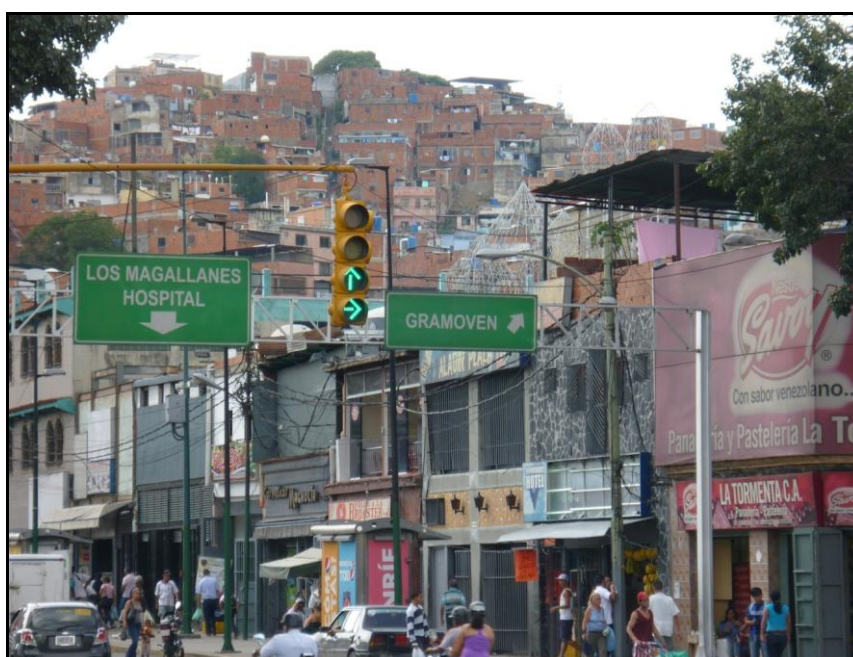
Esta opinión de Ediomar casualmente coincide con los señalamientos que hacen Carmen Soto y Anabel Castillo en su artículo *La violencia cotidiana en Venezuela. El Caso de un barrio*. “Las manifestaciones de la violencia cotidiana tienden, cada vez más, a convertirse en un hecho normal del acontecer diario. La normalización de la violencia cotidiana amenaza con agudizar y radicalizar los niveles y las manifestaciones de ésta y, lógicamente, a que sea muy difícil su superación”¹⁴, señalan.

Oleira, la que hoy no puede escuchar un teléfono de madrugada porque comienza a temblar de sólo imaginar una mala noticia; Simón, el que se siente incómodo si dura varios fines de semana sin ir a la tumba de su hijo; Javier, el que cría a sus chamos pendientes de que no les vaya a pasar nada en el barrio donde viven; Octavio, el que a veces se encierra en su cuarto, y aprovecha los momentos de soledad para llorar la ausencia de su hermano; los amigos de Toño, que continúan subiendo y bajando las escaleras del barrio sabiendo que uno de los suyos ya no los acompaña. Así se desenvuelven hoy las vidas de quienes no imaginaron vivir, en carne propia, uno de esos episodios dolorosos que constantemente se repiten en las barriadas de esta ciudad.

¹⁴ Véase Soto y Castillo, 1993.



Oleira y varios de sus nietos (Cortesía de Oleira Gutiérrez)



Gramoven, donde vio unida la familia de Oleira por más de 25 años (Foto Erick Mayora)



No hay domingo que Toñín no reciba la visita de uno de sus papás (Cortesía de Oleira Gutiérrez)



Octavio, el hijo mayor de Oleira, el primero de derecha a izquierda (Cortesía de Oleira Gutiérrez)



Oleira y su ex esposo en la casa de Oleira en Guarenas (Foto Erick Mayora)



De izquierda a derecha: Octavio, Javier, Simón y tres nietos de Oleira (Cortesía de Oleira Gutiérrez)



Oleira disfruta el momento con uno de sus nietos, en Barquisimeto, Edo. Lara (Cortesía de Oleira Gutiérrez)

El largo alcance de la victimización

Ninguna de estas familias esperaba pasar una situación semejante. Pero la muerte los sorprendió. Ciertamente a las tres madres les cambió la vida. Doris se sumergió mucho más en el trabajo comunitario. Silvina se apartó mucho del entorno y construyó su propia esfera de acción donde muy pocos entran. Oleira vive debatiéndose entre la tristeza y la alegría. Sin embargo, los miembros de los tres grupos familiares pasaron por experiencias de dolor muy fuertes, y a pesar de haber superado estas etapas, hoy muestran actitudes que se han gestado en ellos gracias a esa experiencia brusca que tuvieron que vivir.

La *Declaración sobre los Principios Fundamentales de Justicia para las Víctimas de Delitos y del Abuso de Poder*, emanada del VII Congreso de las Naciones Unidas sobre Prevención del Delito y Tratamiento del Delincuente, y recogida en el texto *Victimología*, de Hilda Marchiori, señala que “en la expresión víctima se incluye además, en su caso, a los familiares o dependientes inmediatos de la víctima directa y a

las personas que hayan sufrido daños al intervenir para asistir a la víctima en peligro o para prevenir la victimización”¹⁵.

Tomando en cuenta lo señalado en la declaración, la familia pasa a ser víctima de los tres casos de homicidios aquí tratados, no obstante, cada una a su manera, han salido adelante a pesar de las circunstancias.

Gracias a la gestión social que desempeña en Catuche, a Doris no le queda mucho tiempo libre para compartir con Susana, Luisana, los ocho nietos y muchas personas más. Esta es una de las consecuencias que la familia ha tenido que vivir tras la pérdida de William.

En el caso de Silvina, una situación bastante lamentable dejó la muerte de Ronny, y es el hecho de que ella y Yeferson no puedan hablar de proyectos a futuro por el temor de Silvina de revivir el pasado, y de experimentar un suceso semejante por segunda vez. Es difícil imaginarse una familia constituida por tres miembros exclusivamente (Yeferson, Silvina y Oscleidy) y donde, además, el mañana no sea tema de conversación. Sin embargo, no es cuento, es realidad.

En cuanto a la familia de Oleira la situación ha mostrado un rasgo positivo. El hecho de que Oleira haya sido la única mujer del grupo, pues siempre estuvo rodeada de varones (su esposo, sus tres hijos y su perro), ha hecho que tres de esos cuatro hombres, ante la ausencia de uno, se hayan propuesto, consciente o inconscientemente, no dejarla sola, ni alejarse mutuamente unos de otros. Mantenerse unidos ha sido el reto de Simón, Octavio, Javier y Oleira y, a pesar de las distancias físicas que los separan y de la particular forma en que cada uno ha vivido la pérdida, parece que lo han logrado satisfactoriamente.

“Cuando muere un ser querido, algo en nosotros muere también. Sólo entonces sentimos con claridad cómo nuestra identidad, la experiencia de lo que somos, se apoya en nuestras relaciones con esas otras personas importantes en nuestra vida. La pérdida de esta relación nos afecta y nos exige una nueva orientación, una redefinición personal”, explica la doctora Judith Merenfeld de Moscu, en su escrito *Enfrentando la muerte*¹⁶.

Todos ellos, familiares y amigos de William, Ronny y Toñín, han sido sometidos a vivir, de diferentes formas, las consecuencias de una muerte absurda, sin

¹⁵ Véase Marchiori, 2004.

¹⁶ Véase Merenfeld de Moscu, 1993.

encontrar nunca una respuesta a ese *porqué* que invade sus mentes. Sin embargo, no se han rendido, por el contrario, han demostrado ser fuertes y han logrado salir adelante en medio de condiciones desfavorables como la falta de respuesta, apoyo y asistencia por parte de instituciones del Estado. Así, como muchos de los habitantes de esta ciudad, los miembros de estas familias salen a la calle a trabajar, a reír, a enamorarse, a bailar, a llorar, a sufrir, en definitiva, a vivir, eso sí, siempre colocándose, antes de salir de casa, un original chaleco antibalas: el de la fe.

CAPÍTULO IV

Jóvenes amenazados por las balas

William José Arias Barreto, Ronny Abel Torres Zúñiga y Wildred Antonio Granado Gutiérrez (Toñín) perecieron cuando apenas contaban con 20, 19 y 23 años de edad respectivamente. Sus victimarios, empleando armas de fuego, decidieron poner un “hasta aquí” a las historias de vida de estos tres muchachos.

William y Toñín murieron en el mismo barrio donde nacieron y crecieron, en cambio Ronny falleció fuera, presuntamente en las inmediaciones de la plaza Las Tres Gracias, en Ciudad Universitaria. ¿Quiénes eran estos jóvenes? ¿Qué se sabe de ellos? ¿De dónde venían? ¿Dónde estaban? ¿Hacia dónde se dirigían? Las respuestas a estas interrogantes configuran una especie de hoja de vida que permite visualizar elementos comunes y aspectos disímiles en los tres casos.

¿Dónde se cruzan las vidas de estos tres muchachos? Nacieron en Caracas, crecieron en diferentes barriadas de la misma ciudad, formaron parte de familias humildes, contaron siempre con la presencia de la figura materna, querían salir hacia adelante y construir, así fuese a trompicones, un mañana sin tantas carencias, pero como si no fuese suficiente, un mal día encontraron, en las balas asesinas, otro elemento que compartir.

Las suyas son historias que aún no terminan, pues sus familiares los mantienen tan presentes como cuando todavía pateaban el concreto y el asfalto que cubre las calles, aceras y escaleras de la que hoy podríamos llamar, por diversos motivos, *la Caracas de las montañas rojas*. Esta permanencia en el tiempo es también un elemento común presente en sus historias.

Entre la contabilidad y el básquet

William nació el domingo 18 de noviembre de 1979. Fue un obsequio para Doris Barreto, su madre, quien cumpliría años dos días después de dicho nacimiento. “Ha sido unos de los mejores regalos de cumpleaños que he recibido en la vida”, dice. William era el segundo hijo que traía al mundo, pero su primer y único varón.

Siempre fue un niño sano y tremendo. Cuando pasó para primer grado no quería irse de preescolar. Estaba enamorado de su maestra. Hacía, según cuenta su madre,

muñequitos de plastilina y los tiraba debajo del escritorio cuando la educadora iba en faldas, para luego irlos a buscar y tocarle las piernas.

A Doris le costó mucho trabajo hacer que se acostumbrara a la escuela, pero al final lo logró. Ya cuando iba a finalizar la primaria, estando en sexto grado, un día le dijo a la mamá:

—Yo no voy a estudiar en el liceo porque esas son muchas materias para mí.

—Bueno, tú verás —le dijo Doris—. Si no estudias tendrás que trabajar porque yo no quiero vagos es mi casa.

Así comenzó a darse entre Doris y su hijo un proceso de negociación que permaneció vigente con el pasar de los años y que cada vez definía más el vínculo existente entre ambos. “Siempre fue un niño pequeñito”, dice Doris, pero gracias a su pasión por el básquet y a la práctica constante de este deporte, pudo desarrollar estatura. Terminó el sexto grado, y al pequeño le correspondía tomar una decisión.

—Bueno, William José, estás saliendo de sexto grado. ¿Qué vamos a hacer? Estudias o trabajas, pero no te vas a quedar sin hacer nada —le dijo un día su madre.

—Mamá, pero yo no tengo edad para trabajar —contestó él.

—Lo siento, pero yo aquí en la casa no te puedo tener sin hacer nada. Tú me dirás. Trabajas o estudias.

—Bueno mamá, está bien, inscribeme en el liceo, pero yo no sé, si me raspan, yo no sé. Yo no me responsabilizo de que me raspen —fueron las palabras con las que se cerró aquella nueva negociación.

Doris lo inscribió en el Liceo Simón Bolívar. Ahí quería que su hijo estudiara y ahí cursó William su bachillerato. El cambio de sexto grado a primer año le afectó bastante. “Yo amanecía con él haciendo las tareas. A él le dio vomito, le dio fiebre, le costó mucho adaptarse. Cuando le mandaban a hacer exposiciones, aquello era tremendo, y recuerdo que yo me ponía con él y amanecíamos estudiando”, recuerda la mamá.

Doris habla del comportamiento de su hijo durante el bachillerato y el rostro se le ilumina: “En ese liceo, de verdad, nunca obtuve una queja sobre el comportamiento de William. Yo siempre estuve muy pendiente, iba, hablaba con los profesores, sus profesores ya me conocían. Fíjate que nunca lo rasparon”.

William al pasar a cuarto año de bachillerato, prefirió irse por la mención de Contabilidad. Quería ser contable y tener su propia firma. Amigos de Doris lo ayudaron

en materias como Inglés, Matemática y Contabilidad. También hablaban con él y le daban buenos consejos. Un amigo de Doris que vivía en Guanábano, a quien le faltó sólo un año para graduarse de abogado en la Universidad Central de Venezuela, pero que había caído en el vicio de las drogas, también ayudó a William en materia de legislación.

Doris recuerda que su hijo una vez le dijo: “Mamá, yo quiero un par de zapatos”, que para ese momento costaban como 30 mil bolívares de los viejos, y era mucho dinero para Doris. Entonces ella le respondió: “Bueno, como Matemática la llevas con baja nota, si me la sacas con dieciocho o diecinueve puntos yo te compro los zapatos”. Inmediatamente Doris tuvo que empezar a reunir el dinero porque sabía que él iba a cumplir con su parte del trato.

Llegar a ser Bachiller de la República emociona a muchos de los estudiantes de secundaria, pues tal distinción representa un gran logro. Un cúmulo de sentimientos y emociones se mezclan generando una sensación inefable en el estómago, más aún si ha sido duro el camino que se ha tenido que recorrer para llegar hasta allí.

Para un joven de cualquier barrio caraqueño, generalmente ese camino tiende a ser muy cuesta arriba. Doris y William, junto a todo el grupo familiar, habían tenido que esquivar varios obstáculos que se le habían atravesado en la vida. La pérdida de algunos seres queridos, la escasez de recursos económicos y la dura realidad que se vivía en Guanábano fueron algunos de ellos.

Sin embargo, William culminó exitosamente su bachillerato. Durante el acto de entrega de diplomas y medallas reconoció, delante de todos los asistentes, el gran esfuerzo que hasta ese día había hecho una mujer en particular. Al llegar William a la tarima y tomar su diploma, se volteó hacia el público, llamó a Doris y dijo: “Yo quiero entregarle este diploma a su verdadera dueña. Mamá, este diploma no es mío, es tuyo, este diploma te pertenece”. Doris no pudo decir nada, no le salieron palabras.

Pasados los días, en una oportunidad Doris le dijo: “Ahora tienes que ver cuál es la otra realidad de la vida, o sea, si tu no vas a la universidad te vas a quedar como bachiller, y tal vez como bachiller ni para barrer las calles vas a quedar”.

Para ese momento (1996-1997) se había fundado en Catuche la primera cooperativa de la zona, llamada Vigorama. Una cooperativa dedicada a actividades de construcción. Ahí Doris le buscó trabajo a William. Sería su primer empleo. Comenzó

el muchacho a lidiar con el trabajo de los albañiles: cargar cemento y materiales pesados, ayudar a pegar bloques, batir mezcla, etc.

Un día llegó William a la casa y le dijo a Doris:

—Esto no es para mí. Esto es muy malo. ¡Qué va!

—Bueno, quiere decir entonces que vas a estudiar —le respondió Doris.

Desde ese día cambiaron las cosas. Por un lado, William intentaría entrar a la universidad, pues la albañilería no le despertó pasiones, pero por otro, la venida de un bebé modificaría sus planes. Al poco tiempo de haberse graduado de bachiller, el joven embarazó a Lennys, una muchacha del barrio. Cuando Doris se enteró de aquella noticia se quería morir, lo dice hoy, once años después. En ese momento habló con él y le dijo:

—Bueno, William José, ¿qué se va a hacer? Usted tiene que hacerse cargo de esa muchacha, porque usted no va a ir por la vida regando muchachitos.

—Pero cónchale, mamá...

—Cónchale mamá nada. Usted se hace responsable de esa muchachita y punto.

Luego de que William dejara de trabajar en la cooperativa, Janeth, la amiga de Doris, le había conseguido trabajo como cargador de bultos en la fábrica donde ella laboraba. Estando en esta fábrica, el padre jesuita Apolinar Pérez, amigo de Doris, le consiguió un nuevo empleo en una sucursal del Banco Venezolano de Crédito (BVC).

William había presentado la Prueba de Actitud Académica (PAA) del Consejo Nacional de Universidades (CNU) y, trabajando en el BVC, se enteró de que, por tener uno de los promedios más altos, el CNU le había otorgado un cupo para estudiar la carrera de Contabilidad en el Colegio Universitario Francisco de Miranda (CUFM). Su deseo se materializaba.

Comenzó su carrera universitaria en horario nocturno. Durante el día trabajaba en el BVC y los sábados asistía al curso de Contador en el Centro Contable Venezolano. Tenía entre ceja y ceja el salir adelante. Además, había asumido la responsabilidad de construir familia, pues se había llevado a la joven embarazada a una pieza independiente que había construido en la casa de su madre.

En la madrugada del viernes 26 de noviembre de 1999, exactamente una semana antes del fatídico 03 de diciembre, cuando Lewis, el hijo de William, tenía ya tres meses de nacido, Doris y su hijo tuvieron una conversación hasta el amanecer. El joven le manifestó a su mamá el deseo que tenía de separarse de su pareja. También aprovechó la oportunidad para hacerle una sugerencia.

El liderazgo comunitario que ejercía su mamá —y que sigue ejerciendo actualmente— chocaba e incomodaba a personas que por una u otra razón habían decidido recorrer caminos ilícitos. Quienes aupaban o cometían acciones de robo y hurto en Catuche, distribuían o consumían drogas, andaban armados y pretendían someter a los habitantes del barrio, veían en Doris y en su gente un peligro, una amenaza, una limitante para llevar a cabo sus acciones delictivas.

—Doris, retírate de Fe y Alegría, que por tú estar ahí yo me voy a meter en un problema —le pidió William a su mamá en medio de aquella noctámbula conversación—. Yo pienso salir de Catuche algún día. Tú parece que tuvieras el ombligo enterrado aquí en este barrio.

—Bueno, está bien William José, me voy a retirar de Fe y Alegría, voy a hacer lo que me estás pidiendo —respondió Doris.

Ambos quedaron en silencio por un momento, momento propicio para que Doris, una mujer dedicada al trabajo comunitario cien por ciento, repensara lo dicho; momento propicio para que William reconsiderara la petición hecha a su madre. Tras el breve silencio, él fue el primero en hablar.

—No mamá, no lo hagas, yo sé que eso es tu vida, y que eso es lo que te gusta hacer, yo no soy quién para pedirte que dejes de hacer lo que te gusta. Pero yo sí voy a salir de Catuche.

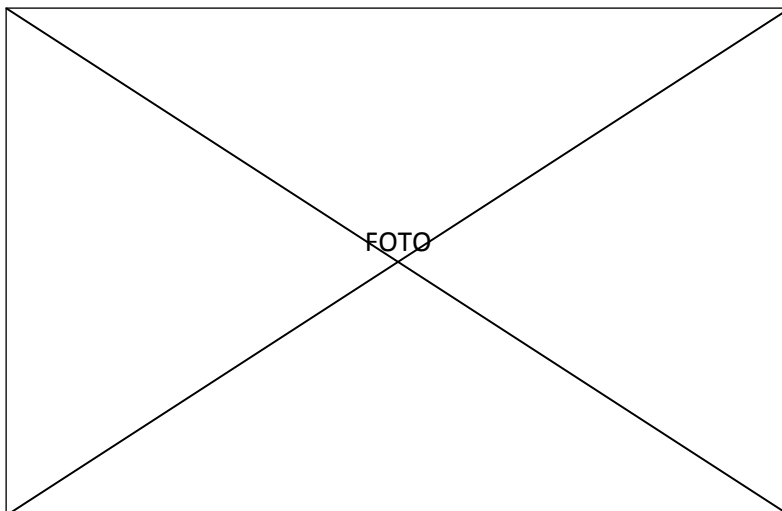
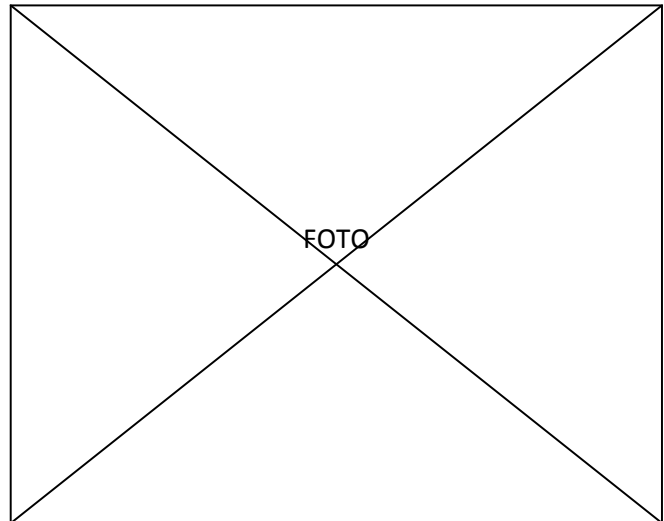
—Hijo, trabaje para eso. Para eso hay que trabajar fuerte. Busque una mejor calidad de vida y salga pa' lante —le aconsejó Doris.

Luego ambos se abrazaron fuertemente, se besaron como todas las noches, y se fueron a dormir, ahí se cerró la conversación, cuando ya casi el reloj marcaba las cinco de la mañana.

Ocho días después, un par de balas inesperadas puso fin a la vida y a los sueños de William José. Él quería tener un apartamento, estudiar, seguir driblando con el balón, tener su propia firma como contable, trabajar para darle a su hijo lo que necesitara, verlo crecer aunque fuera en la distancia, enseñarle a jugar básquet; quería pero no pudo, no pudo porque ochos días después de aquella conversación con su madre, un dedo índice, creyéndose todo poderoso, haló el gatillo de un arma de fuego acabando así con todos esos anhelos.



William José (Cortesía de Doris Barreto)



Las fotos correspondientes a estos espacios en blanco desaparecieron, junto con la casa de Doris, entre la noche del 15 y la madrugada del 16 de diciembre de 1999, cuando el desbordamiento de la quebrada Catuche arrastró con todo a su paso.

Bailar hasta el amanecer

De Ronny Abel Torres Zúñiga los detalles que se tienen son suficientes para hacerse una idea de quién era este joven al que no se le permitió conocer un poco más las cosas de este mundo. Nació el jueves 22 de septiembre de 1983. Fue el segundo hijo de Silvina, pero el primero nacido en territorio venezolano. Adquirió así el papel del hijo mayor y hombre de la casa, pues el primer hijo de Silvina yacía más allá de nuestras fronteras.

Desde muy pequeño Ronny mostró mucha consideración por su mamá. Cuenta Silvina que una vez se lo llevó al trabajo y justamente ese día hubo un problema con la tubería de aguas blancas. Desde uno de los baños de la casa donde trabajaba Silvina comenzó a salir el agua y parte de la vivienda se anegó. La “patrona”, como le dice Silvina a su jefa, dijo que el niño, Ronny, había hecho algo en el baño y que a eso se debía el derrame.

En medio de esas circunstancias Ronny le dijo a su mamá: “Yo no hice nada, Silvina, pero quédate tranquila, deja que la señora diga lo que quiera, para que no se moleste más”. Luego la señora se dio cuenta de que el pequeño no había tenido nada que ver en el asunto, pero ya la acusación había sido formulada.

Ante esta situación, Ronny había preferido guardar silencio y dejar que lo culparan con tal de que la señora de la casa no se molestara más, pues temía que la situación pusiera en riesgo el empleo de su madre.

Cuando tenía entre seis y siete años, comenzó a ir a la escuela del barrio con toda normalidad, como el resto de sus vecinitos. Culminó la primaria. Entró al liceo, pero no pasó de tercer año de bachillerato. “No llegó a ponerse la camisa beige¹⁷”, recuerda Yeferson. No mostraba muchas habilidades académicas a pesar de ser muy bueno en las matemáticas. “Esta materia era la única que pasaba con buenas notas”, afirma Silvina. Dejó entonces los estudios y se dedicó a trabajar de manera ocasional. En varias oportunidades laboró como buhonero en las inmediaciones de la plaza El Cónsul, en La Guaira, estado Vargas, a pocos minutos del barrio Nuevo Día, donde residía. Ahí vendió verduras y hortalizas. Con ello ganaba unos cuantos billetes y costeara así sus propios gastos.

Fue un joven muy alegre que quiso pasarla bien en todo momento. La música, una fiesta, unos tragos de ron y una novia le ponían sabor a su vida. Viendo el trabajo que Silvina pasaba para sacarlos a él y a Yeferson hacia adelante, muchas veces le dijo a su mamá que quería conseguir un buen empleo para terminar de arreglar la casa y para que ella dejara de trabajar. Aunque lo intentó, ninguna puerta se le abrió en este sentido.

¹⁷ La camisa beige, en el Sistema Educativo Venezolano, significa haber superado la primera etapa de la educación secundaria, y haber alcanzado el ciclo diversificado, en el que ya cada estudiante, dependiendo de sus intereses, aptitudes y motivaciones, escoge el área del conocimiento de su preferencia.

Siempre mantuvo una relación muy cercana con su madre. Ambos conversaban mucho y compartían proyectos a futuro. Hablaban del mañana y soñaban con que un día dejarían de sufrir tantas carencias.

En medio de una de las conversaciones que tuvimos con Silvina, ella comentó que el muchacho era medio pretencioso. “Yo a veces preparaba unas patitas de pollo que me quedan muy sabrosas. Sabiéndolas preparar, ellas quedan muy buenas, y además alimentan bastante, pero a él no le gustaba comerlas porque le daba pena. Digo yo que le daba pena que alguno de sus amiguitos lo viera comiendo patitas de pollo, una cosa que hasta los doctores la recetan cuando a uno se le baja el potasio o está debilucho”, expresa.

El estilo de vida de Ronny hizo que mucha gente del barrio se formara opiniones poco gratas sobre su persona. “Ronny tiene que haber andado en malos pasos, pues no trabajaba y cargaba cadenas y anillos de oro. ¿De dónde sacaba plata para comprarse eso?”, comenta Carmen Moreno (seudónimo utilizado para no crear discordias entre la familia de Ronny y quien hizo el comentario). “Decían que era malandro porque andaba en la calle y se bebía su aguardiente y se compraba sus cosas, pero él trabajaba para tomarse su vaina y para comprarse lo que se compraba”, argumenta Cheíto, tío paterno de Ronny.

Cuando ocurren las muertes violentas por armas de fuego muchas veces se cae en el maniqueísmo de hacer comentarios sobre si la víctima era buena o mala, buscando así una especie de justificación ante el hecho violento. “Quizás el hecho de que tú andes en la calle, y de que hayas tenido ciertos inconvenientes, a veces te condiciona y eso no debe ser. Para tú poder hablar de alguien tienes que haber conocido a esa persona. Mucha gente decía que Ronny era un malandro, pero todo el que me ha dicho que Ronny era un malandro nunca me lo ha podido demostrar. Hacen siete años que Ronny murió y todavía nadie ha podido demostrarme que robó o que se metió en una casa o que mató a alguien. Si tu vas a decir que los pelos del caballo son negros tienes que tenerlos en la mano”, sostiene Cheíto.

Yeferson recuerda que su hermano era un joven al que siempre le gustó ir a fiestas, y bailar hasta el amanecer. “Bailaba muy bien y la gente reconocía eso. Y fue en eso, bailando y festeando, que conoció a Yenny, de quien se enamoró y con quien estuvo viviendo unos meses”, comenta.

Hoy no se sabe si, tal como reseñó la prensa en su momento, Ronny murió cuando intentaba asaltar a un funcionario del CICPC, o si fue víctima de un funcionario de este cuerpo de seguridad del Estado que, cegado por los celos, decidió resolver un asunto personal haciendo uso de su investidura policial.

El hecho es que la mañana del viernes 31 de enero de 2003 el joven desapareció y apareció sin vida tres días después, el 3 de febrero, en la sala de autopsias de la morgue de Bello Monte con varios disparos en su cuerpo. ¿Violencia delincuencia? ¿Hampa común? ¿Asesinato en defensa propia? ¿Ejecución? ¿Violación del Derecho a la Vida por parte de un funcionario del Estado? Siete años después, no hay respuestas que disipen estas incógnitas. Sólo se sabe que, físicamente, Ronny no se cuenta hoy entre los suyos.



Ronny, el segundo de izquierda a derecha con Marquito, Franklin y Pipo (Cortesía de Silvina Zúñiga)



Pipo y Ronny, amigos desde siempre (Cortesía de Silvina Zúñiga)



Bailar era su hobbies, y una “rumba” su lugar predilecto (Cortesía de Silvina Zúñiga)

En defensa de la vida

“A Toñín lo recuerdo como un muchacho que murió por defender su integridad física, pues no permitía nunca que nadie violara su humanidad y eso uno lo puede ver con lo que le pasó en el Ejército cuando él toma la decisión de desertar, y también cuando se enfrenta a estos delincuentes que le quitaron la vida. Mucha gente se puede quedar tranquila si le agreden, pero otras no. Eso no significa que la persona sea violenta, sino que está defendiendo su integridad ¿Por qué tú me agredes a mí? Yo no tengo que dejar que tú me agredas. Esa actitud puede ocasionarle la muerte a una persona, y eso fue justamente lo que pasó con él”, dice Dorys.

Con 18 años, Toñín quiso prestar el servicio militar. Entró así al Batallón de Cazadores 736, en Chaguaramal, estado Miranda. Oleira lo llevó hasta las instalaciones del cuartel. Hoy ella cuenta que le dio mucha tristeza dejarlo allá, pero que tenía que aceptarlo porque era lo que su hijo quería. La experiencia que vivió el joven intentando servirle a la patria fue inolvidable y poco grata. Los de mayor rango se ensañaron contra él y contra varios de sus compañeros. Fueron víctimas así de maltrato físico y psicológico.

Por estas razones Toñín se “voló” una primera vez, infringiendo la normativa militar. Llegó a Gramoven vistiendo el uniforme, lo que implicaba un riesgo para un joven escapado de las filas de su batallón. Oleira recuerda que al verlo se asustó mucho y sintió miedo, pues sabía que el personal del Ejército lo buscaría y se lo llevaría nuevamente. Eso era lo que generalmente ocurría. Desertar era sumamente delicado. Prefirió entregarlo ella misma para que así Toño terminara de prestar el servicio sin ningún problema.

“Ole, me llevas para el infierno, ahora me van a castigar más”, fueron algunas de las palabras que Toño le dirigió a su madre en el trayecto hacia Chaguaramal el día que ésta lo iba a entregar. Ya adentro nuevamente, el maltrato prosiguió, y los hematomas en el cuerpo de Toño fungían como pruebas irrefutables de ello. La segunda fuga del cuartel fue inevitable. Esta vez lo acompañaron siete muchachos más. “Se metieron por esas montañas de Chaguaramal, ique llegaron a la casa de un señor, quien les dio unas ropas y unos zapatos y donde dejaron el uniforme. Se vino a Caracas y se me apareció en el Gumilla. Estaba todo golpeado, las manos maltratadas, y los brazos y piernas estaban moreteados”, recuerda Ole.

La madre preocupada buscó orientación. Habló con Jesús Machado, compañero de trabajo, quien le sugirió, al igual que el padre Virtuoso, no entregar al muchacho nuevamente. Por el contrario, le recomendaron llevar el caso a una organización de derechos humanos: PROVEA. Es así como la familia de Toño entró en contacto con el abogado Marino Alvarado, uno de los miembros de esta organización no gubernamental, quien —según señala Oleira—, les brindó mucha colaboración. Hoy esta mujer dice estar muy agradecida con Alvarado, y con la gente de PROVEA, por la ayuda recibida.

En una oportunidad Oleira, Simón, Toñín y Marino Alvarado, junto a otras personas, acudieron a la Fiscalía ubicada en el edificio José María Vargas, en la esquina de Pajarito, en el centro de Caracas. Ahí el abogado Alvarado planteó el problema a un colega de dicha institución. Además, habló con un coronel del Ejército, quien le recomendó entregar al muchacho cuanto antes. “Ese coronel cree que yo soy pendejo. Nosotros sí vamos a entregar al muchacho, pero lo vamos a hacer con la presencia de algunos diputados”, expresó Alvarado en ese momento.

Una comisión conformada por representantes de PROVEA y cuatro diputados entregó a Toño en las instalaciones del Fuerte Tiuna, ahí completaría su servicio militar. Una de las pautas convenidas para garantizar la integridad de Toño fue la de no llevarlo nuevamente al Batallón de Cazadores de donde se había escapado en dos oportunidades.

Toñín terminó de prestar su servicio militar y se reincorporó al mundo civil. Entonces se puso a trabajar en Harina Gramoven. Ahí laboraba cuando perdió la vida. Esta situación de defensa de derechos humanos, protagonizada por Wildred Antonio y su familia, fue reseñada en la sección Ecos y Comentarios de la revista Sic número 616 correspondiente al mes de julio de 1999:

Wildred Antonio Granado entró voluntariamente al Servicio Militar el pasado 27 de enero. El miércoles 2 de junio se escapó por segunda vez del Batallón de Cazadores 736, en el cual estaba alistado, por maltratos físicos y psicológicos a los que era sometido en forma sistemática. Representantes del Programa Venezolano de Educación-Acción en Derechos Humanos (Provea) denunciaron ante el Ministerio Público y la prensa escrita también lo reseñó para la opinión pública.

Este hecho nos invita a plantearnos varias reflexiones. Este tipo de denuncias requieren ser aclaradas por las Fuerzas Armadas Nacionales y se deben aplicar las correspondientes sanciones y correctivos al interior de la institución para que no sigamos escuchando estas tristes historias a las cuales estamos acostumbrados. Mucho más si se pretende que el Servicio Militar Obligatorio posea los suficientes alicientes motivadores para que los jóvenes ingresen a él voluntariamente, sin pasar por la vergonzosa experiencia de la recluta.

Lo ocurrido es del conocimiento de todos los involucrados, la opinión pública está al tanto a través de los medios de comunicación, sus familiares y amigos están pendientes. Al cierre de esta nota Wildred será entregado nuevamente al cuartel de donde huyó el lunes 14 de de los corrientes. ¿Información, denuncia, comunicación, servirán para garantizar justicia y respeto a los derechos humanos?

“Yo recuerdo que en las declaraciones que Toñín dio a la prensa sobre su caso decía que él había ido al Ejército con mucha ilusión y que nunca se imaginó que estar ahí significaría recibir maltratos como los que había recibido. Que él había ido para allá a servirle a la patria y no para ser maltratado por ninguna persona y que si eso era servirle a la patria, no le parecía correcto”, recuerda Dorys.

Wildred Antonio nació el martes 15 de abril de 1980. Fue él último hijo de Oleira y el más “pegado” a ella. Desde pequeño tuvo problemas de aprendizaje, no retenía los contenidos y salía mal en los exámenes. Toñín le repetía constantemente a Oleira que quería estudiar, pero esa problemática que llevaba consigo le estropeó los estudios.

Con mucho esfuerzo, cursó la primaria y logró alcanzar algunos aprendizajes requerido para ser promovido al primer año de bachillerato. Fue inscrito entonces en el Liceo José Félix Blanco, ubicado en la entrada de la carretera vieja Caracas-La Guaira, en Catia. Durante ese primer año no logró los objetivos del programa educativo. Quiso intentarlo nuevamente, y los resultados no fueron satisfactorios. Cursó por tercera vez el séptimo grado, pero al ver lo sucedido, Oleira tuvo que retirarlo de la institución, pues el éxito académico era algo que escapaba de sus manos.

“Siguiendo las sugerencias de la psicóloga y de sus profesores, lo saqué de esa institución y lo puse a hacer cursos para que no se quedara sin hacer nada”, comenta la madre. Habló con varios sacerdotes jesuitas amigos suyos: Arturo Sosa, José Virtuoso y Klaus Vathroder, para que Toñín entrara en uno de los cursos que daba Fe y Alegría en Catuche; particularmente, en el curso de latonería y pintura. Cuenta Oleira que el jovencito se incorporó, se entusiasmó, y culminó su curso exitosamente.

Entró luego al Instituto Nacional de Cooperación Educativa (INCE), ubicado en la muy conocida zona del 23 de Enero. En esta institución, que hoy lleva por nombre Instituto Nacional de Capacitación y Educación Socialista (INCES), complementó sus conocimientos en el área de latonería y pintura, pero quería hacer algo más, quería

probar otra cosa, tener otras experiencias, fue entonces cuando decidió incorporarse al servicio militar, con el resultado ya expuesto.

En 1999 un temblor de alta magnitud se produjo en el seno de la familia: Oleira Gutiérrez y Simón Granado firmaron los papeles de divorcio. Para Toño fue difícil ver cómo sus padres se separaban. Oleira se marchaba a Guarenas y Simón se quedaba en Gramoven. El muchacho debía optar por alguno de los dos. Sus hermanos mayores se marcharon con la madre. Ante ello, él decidió quedarse con su padre.

“Toño se quedó en el barrio y eso lo hizo un muchacho muy valioso. Otro se hubiera ido y no le hubiera importado ni su papá ni nada, simplemente se hubiese ido en busca de una vida más cómoda. Sin embargo, él se quedó en el barrio para acompañar a su papá, y bueno ahí perdió la vida. Eso tiene un gran significado”, considera Dorys.

Toño fue velado en la Funeraria La Fe, en la calle Colombia, paralela al bulevar de Catia. Mientras Oleira intentaba descansar en la habitación que las funerarias habilitan para los familiares de los difuntos, llegó una señora y se puso a hablar con ella. Además de darle el nombre del asesino de su hijo, Oleira recuerda que esa señora, a la que no volvió a ver, le dijo: “Ese muchacho era muy amigo mío porque, así vieja como usted me ve, él iba para las fiestas y me veía ahí y me sacaba a bailar, a ese no le importaba mi edad para bailar conmigo”. No sólo esta señora lleva en sus recuerdos la particular forma de ser de Toño.

Cuando visitamos el barrio 19 de Abril en agosto de 2010, conversamos brevemente con Alsy Herrera, amigo de Toñín desde la infancia. “Toño era un chamo muy alegre, especial y no se metía en peos con nadie. Era un chamo sano. Le gustaba bailar. Le gustaba la música. Le gustaba el vallenato parejo, uno de sus temas preferidos era *Los caminos de la vida*. Ese se lo dedicó a Oleira varias veces”, comenta Alsy, a quien todos conocen como Chelín.

Otro elemento de los muchos que caracterizaban la personalidad de Toño brota de la boca de Octavio, su hermano mayor, mostrándonos a un Wildred Antonio amigable pero también enemigo de las injusticias y del sometimiento del hombre por el hombre: “Él era un poco rebelde, oíste. No le gustaban las malas acciones. No le gustaba que una persona se metiera con un amigo de él. Cuando eso pasaba él se metía a defender a su amigo. ‘Con él no te metas, ¿por qué no te metes conmigo?’. Le gustaba tener sus amistades y no le gustaba que nadie se metiera con ellas. Lo mismo pasaba con uno. Si alguien se metía con su familia ese salía por uno. ¡Dígame con mi mamá!

Con Ole él era muy... igual que yo. A mi mamá la tocan o le dicen cualquier cosa y bueno pues...”.

Ese era Wildred Antonio, el que nació en un ranchito de Gramoven. El bebé que fue recibido por una familia unida. El niño que no pudo pasar del séptimo grado y que cargó bloques para que su papá fabricara una mejor vivienda. El jovencito que se enamoró, ríó, bailó y se emborrachó varias veces con sus amigos. El adulto que quiso servirle a la patria, pero al que la patria no supo responder. El hijo que sufrió la separación de sus padres. El hombre que se defendía y defendía a los suyos de cualquier agresión. El muchacho que terminó involucrado en el robo de un arma de fuego y que una madrugada cayó herido de bala sobre las escaleras por las que tanto corrió y jugó cuando apenas era un niño. Ese era Toñín.



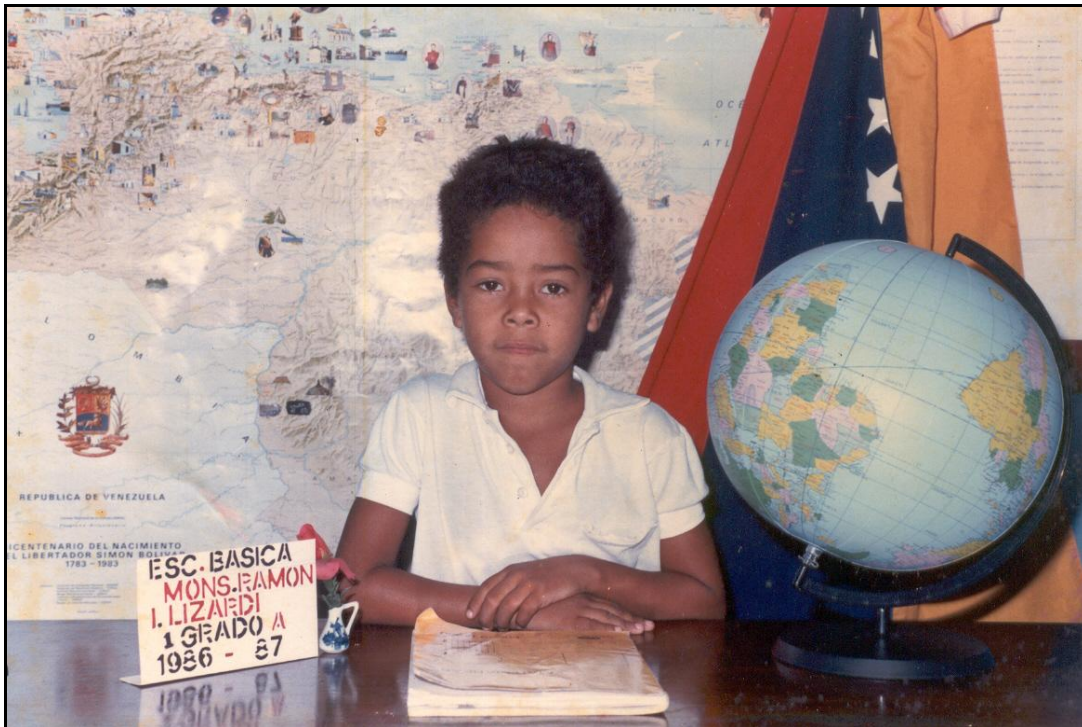
Toñín (en el medio del grupo) y sus amigos de Gramoven (Cortesía de Oleira Gutiérrez)



Toñín, en Fuerte Tiuna, ya superada la situación de violación de derechos humanos (Cortesía de Oleira Gutiérrez)



Toñín y sus amigas en la plaza Bolívar de Caracas (Cortesía de Oleira Gutiérrez)



Toñín, promovido al primer grado de educación básica (Cortesía de Oleira Gutiérrez)

“La violencia es un asunto de jóvenes”

Los casos de estos tres jóvenes, pertenecientes a los niveles más pobres de la estratificación socioeconómica venezolana, al parecer son reflejo de una problemática mayor, con características bien definidas, que se estaría dando en la sociedad venezolana y en la región latinoamericana en general.

Roberto Briceño-León, basándose en informes emanados del Banco Interamericano de Desarrollo en el año 2002, dice que “la violencia es un asunto de jóvenes. Se estima que 28,7 por ciento de todos los homicidios que ocurren en América Latina tienen como víctimas a jóvenes de entre 10 y 19 años de edad”.

Para el caso venezolano, la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción de Seguridad Ciudadana 2009 (ENVPSC-2009), referida ya en el primer capítulo de este trabajo, arroja datos preocupantes. De los 19 mil 113 homicidios ocurridos en Venezuela entre julio de 2008 y julio de 2009, 15 mil 985, es decir, 83,64 por ciento, correspondieron a personas de los estratos sociales IV y V. También, de ese total de asesinados, 81,13 por ciento fueron del sexo masculino, frente a un 18,87 por ciento correspondiente al sexo femenino.

El rango de edad de la mayoría de los asesinados también resulta alarmante. De esos 19 mil 113 casos de homicidios que tuvieron lugar en el país, 15 mil 430 (80,73 por ciento) correspondieron a personas jóvenes con edades comprendidas entre los 15 y los 44 años de edad. Pero además, el 93,24 por ciento de los que cometieron los asesinatos también se ubica dentro de este rango de edad. Estaríamos hablando entonces de jóvenes asesinados por jóvenes. ¿Una generación corre peligro?

Pasan los años pero la justicia no llega

Los casos de William, Ronny y Abel no han sido resueltos por los entes pertinentes. Doris y su familia, al igual que Oleira y los suyos, esperaban como acto de justicia la detención de los responsables de los asesinatos. Que los culpables pagaran, tras las rejas, la muerte de William y de Toñín, era el mayor deseo de sus familiares. Esta aspiración no se ha concretado. Para Silvina, el ideal de justicia fue asumido de otra manera. No se molestó en poner la denuncia, pues no confió entonces, y no confía hoy, en las autoridades venezolanas. En Dios puso sus esperanzas.

Sin embargo, en los tres casos el Estado venezolano tenía y sigue teniendo el deber de brindar respuestas satisfactorias a las familias afectadas, según lo indicado en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (CNRBV), y según lo establecido en declaraciones internacionales sobre justicia y derechos humanos suscritas por la Nación.

La lectura de los artículos 26, 30 y 55 de la CNRBV es esencial para entender el papel que el Estado ha debido desempeñar en la resolución de los casos de William, Ronny y Toñín. El artículo 26 dice textualmente que “toda persona tiene derecho de acceso a los órganos de administración de justicia para hacer valer sus derechos e intereses, incluso los colectivos o difusos, a la tutela efectiva de los mismo y a obtener con prontitud la decisión correspondiente”. Al parecer, las familias de estos tres jóvenes, por algún motivo, quedaron excluidas de tales derechos.

“El Estado protegerá a las víctimas de delitos comunes y procurará que los culpables reparen los daños causados”, señala el artículo 30 de la Carta Magna. El mismo texto constitucional, pero en su artículo 55, aborda uno de los derechos civiles que tiene todo venezolano, derecho que en estos tres casos no ha sido garantizado: “Toda persona tiene derecho a la protección por parte del Estado, a través de los órganos de seguridad ciudadana regulados por ley, frente a situaciones que constituyan

amenaza, vulnerabilidad o riesgo para la integridad física de las personas, sus propiedades, el disfrute de sus derechos y el cumplimiento de sus deberes”.

En la *Declaración sobre Principios Fundamentales de Justicia para las Víctimas de Delitos y del Abuso de Poder*, emanada del VII Congreso de las Naciones Unidas sobre Prevención del Delito y Tratamiento del Delincuente, celebrado en Milán, Italia, en 1985, se establecen como derechos de las víctimas *el acceso a la justicia y trato justo* (las víctimas serán tratadas con compasión y respeto por su dignidad. Tendrán derecho al acceso a los mecanismos de la justicia y a una pronta reparación del daño que haya sufrido), el *resarcimiento*, la *indemnización* y la *asistencia social* (asistencia material, médica, psicológica y social; las víctimas deben ser informadas de la disponibilidad de servicios sanitarios y sociales y se facilitará su acceso a ellos; se capacitará al personal de la policía, de justicia, de salud y de servicios sociales para garantizar así una ayuda apropiada y rápida).

Paradójicamente, es en Venezuela donde nace, en los años ochenta, todo un movimiento internacional en pro de espacios de justicia social y penal para la víctima del delito. Este movimiento lleva a tratar el tema en el VII Congreso de la ONU y a formular la declaración antes referida. “Es precisamente en el VI Congreso de las Naciones Unidas sobre Prevención del Delito y Tratamiento del Delincuente, celebrado en Caracas en el año 1980, cuando surge la idea de tratar en el próximo Congreso de la ONU sobre esta misma temática, el área de la víctima del delito y del abuso de poder”, señala la profesora María Josefina Ferrer en su escrito *Violencias y Víctimas*¹⁸.

Arturo Peraza, abogado y profesor de la Universidad Católica Andrés Bello, dice que “el Estado no es el responsable de que hayan asesinado a los tres muchachos cuyas historias hemos revisado en las páginas anteriores, él es responsable de que no se haya hecho justicia, es decir, que estemos ante tres casos de impunidad, y también es responsable de que las políticas públicas en materia de seguridad no estén dando resultados satisfactorios, y eso puede verse en la prensa nacional con el número de homicidios que ocurren en el país; en este sentido, en la medida en que no garantice mayores niveles de seguridad a la ciudadanía está incumpliendo lo establecido en la Constitución”.

¹⁸ Véase Ferrer, 2004.

Sobre esta situación, la profesora Ferrer explica que el delito no es sólo una violación a la norma, es un problema social que está generando a su vez otra cantidad de problemas, lo que complica cada vez más el panorama.

“La situación en nuestro país es complicada y se complica mucho más porque no se está respondiendo de manera efectiva ante el problema de la violencia delincinencial, y no se responde porque no hay prevención, porque hay impunidad y porque además se crean instituciones paralelas al margen de las ya existentes, en vez de mejorar y fortalecer las que ya tenemos”, explica Ferrer. “Hemos tenido avances, la Fiscalía ha avanzado en los procesos de atención a la víctima, y además, se han aprobado unos instrumentos legales que favorecen a las personas afectadas por diferentes delitos, pero aún falta mucho por hacer, pues la atención debe ser integral y de calidad, y esto aún no se está dando”, agrega.

Tras la búsqueda de información

El Código Orgánico Procesal Penal, en su artículo 304 establece que “todos los actos de la investigación serán reservados para los terceros. Las actuaciones sólo podrán ser examinadas por el imputado o imputada, por sus defensores o defensoras y por la víctima, se haya o no querellado, o por sus apoderados o apoderadas con poder especial. No obstante ello, los funcionarios o funcionarias que participen en la investigación y las personas que por cualquier motivo tengan conocimiento de las actuaciones cumplidas durante su curso, están obligados u obligadas a guardar reserva”.

Sin embargo, con los números de expediente de los casos de William José y Wildred Antonio, el jueves 15 de julio, en horas de la mañana, nos dirigimos a la sub-comisaría del CICPC del Oeste, en Propatria. Ahí intentamos conseguir información sobre el estado de dichos casos. Queríamos saber qué había pasado con ellos, en vista de que, en el momento de los hechos, ambas familias formularon la denuncia e intentaron que se hiciera justicia, una justicia entendida como el hecho de que los responsables de dichos crímenes pagaran con su libertad el daño causado.

Un funcionario de la Brigada de Homicidios de esta sub-comisaría nos informó de varias cosas: el caso de William José (que data de 1999) no había sido resuelto policialmente, y que por lo tanto, no había pasado a Fiscalía. Pero eso no era todo. También dio a conocer que la Fiscalía, junto a personal del CICPC, había clausurado un archivo cuyos expedientes eran muy viejos y se encontraban en mal estado, estos

expedientes estaban clasificados con la letra F. El número de la causa de William José es F-544253.

El funcionario explicó que posiblemente “el caso no fue resuelto policialmente porque no hubo un PRI (pre-identificado), o porque los elementos existentes en la investigación no fueron suficientemente contundentes como para dar el caso por cerrado, y pasarlo a Fiscalía. Ahora, en caso de que haya alguien identificado y que aún no se haya detenido, entonces estaríamos ante un caso de impunidad”. En el caso de William José Arias Barreto no sólo hubo un identificado, hubo una denuncia formulada por Doris Barreto. A pesar de ello, la situación es la ya descrita: el caso sigue abierto policialmente y el expediente pasó a formar parte de un archivo clausurado. “Si se quisiera retomar el caso, la familia tendría que empezar prácticamente desde cero”, comentó el funcionario.

El caso de Wildred Antonio (Toñín), ocurrido en el año 2003, corrió con un poco más de suerte, pero sólo con un poco más. El mismo funcionario nos informó que esta causa fue resuelta policialmente y el expediente G-473290, correspondiente al caso, pasó a la Fiscalía 67. En Fiscalía nunca se hizo justicia. Las peripecias, burlas y peloteo por los que tuvo que pasar la familia de Toñín durante tres años, descritas en el capítulo anterior, forman parte de lo que la victimóloga María Josefina Ferrer califica como “proceso de victimización secundaria”, que no es más que el proceso tortuoso por el que pasan muchas personas en busca de justicia en este país.

En relación con el caso de Ronny Abel Torres Zúñiga, la situación es particular. Silvina nunca quiso poner la denuncia. Sin embargo, basándonos en los planteamientos constitucionales que le asignan la responsabilidad al Estado de resolver los delitos de acción pública (el homicidio es uno de estos delitos), en la mañana del martes 29 de junio nos dirigimos hasta la sub-comisaría del CICPC de Santa Mónica, puesto que presuntamente el joven fue asesinado en las inmediaciones de la plaza Las Tres Gracias de la parroquia San Pedro, frente a la estación del Metro Ciudad Universitaria. Ahí se intentaría obtener, básicamente, el mismo tipo de información obtenido en la sub-comisaría de Propatria: número de la causa, estatus del caso, número de la Fiscalía a la que fue remitido, en caso de haber sido resuelto policialmente.

El funcionario encargado del Departamento de Archivo de la sub-comisaría afirmó, de entrada, que era sumamente “engorroso” buscar la información solicitada, puesto que el caso “era muy viejo”. Este caso, al igual que el de Toñín data del año

2003. Luego indicó que esa era una información que no se le podía facilitar a terceros, pero que él iba a hacer el favor de ver cómo se encontraba el caso de Ronny Abel y que dentro de una semana tendría una respuesta satisfactoria.

Siete días después nos dijo que la información la tendría para el día siguiente. Fuimos al siguiente día y nos informó que no pudo buscar nada, que pasáramos la siguiente semana. A la semana siguiente no dimos con el funcionario ninguna de las veces que intentamos contactarlo. Cinco visitas a la dependencia policial en Santa Mónica no fueron suficientes para obtener siquiera el número de la causa de Ronny. El último intento lo hicimos el viernes 23 de julio, tanto en la mañana como en la tarde, pero fue imposible localizar al oficial.

El caso de Ronny, cada vez más, se pierde en un universo de incertidumbres y de preguntas sin respuestas. ¿Qué pasó? ¿Hay abierta alguna investigación? ¿El expediente pasó a Fiscalía? ¿Cuál es el número de la causa? ¿Fue asesinado porque iba a robar a un funcionario del CICPC, o un funcionario de este cuerpo lo mató por motivos personales e hizo ver al joven como un delincuente ante la prensa aquel fin de semana? Lamentablemente, el silencio imbatible de los funcionarios de la sub-comisaría del CICPC en Santa Mónica no permite aclarar ninguna de estas dudas.

Estos tres casos de homicidios en los que no existe una respuesta satisfactoria de parte de las instituciones del Estado encargadas de administrar justicia, son solo una minúscula muestra de la situación de impunidad existente en el país y que ha sido denunciado por el Observatorio Venezolano de Violencia (OVV) a principios de este año.

El 25 de febrero de 2010, las instalaciones del Laboratorio de Ciencias Sociales (LACSO), ubicado en la avenida Agustín Codazzi de Santa Mónica, fungieron como escenario para dar a conocer al país, en rueda de prensa, un estudio del OVV titulado *Una década de impunidad en Venezuela: 1998-2009*.

Este estudio señala que en el año 1998, con 4 mil 550 homicidios, en el país se llevaron a cabo 5 mil 17 detenciones, es decir, 110 personas detenidas por cada 100 homicidios. Diez años después, para el 2009, con un total de 16 mil 47¹⁹ homicidios, sólo se realizaron 1 mil 491 detenciones, es decir, se detuvieron a nueve sospechosos

¹⁹ Esta cifra correspondiente al año 2009, el OVV la toma del CICPC. Sin embargo, hay que tener presente que el número de homicidios, según la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción de Seguridad Ciudadana 2009 del Instituto Nacional de Estadística, es mucho mayor: 19 mil 113 homicidios en todo el país.

por cada 100 casos de homicidios. Estaríamos hablando entonces de que, actualmente, 91 por ciento de los homicidas queda libre sin haber tenido siquiera una detención. Mientras el número de asesinatos aumenta, el índice de detención de sospechosos disminuye exponencialmente.

Al respecto, este mismo informe señala que “es en la impunidad, y en la carencia institucional que ella revela, donde se genera el espiral violento en el que se encuentra la sociedad venezolana. Tanta impunidad deja desamparadas a las familias de las víctimas, que quedan solas con su dolor, fomenta más violencia en el país y destruye el tejido social, la convivencia, la confianza y la esperanza de un futuro mejor”.

Huellas indelebles de violencia delincuencia

Hemos visto a lo largo de este trabajo cómo una problemática que tiene lugar en la sociedad venezolana, y que se presenta con mucha fuerza en la ciudad de Caracas, llega un mal día, toca las puertas de tres hogares caraqueños, entra sin ser invitada, se instala y altera, sin más, los procesos, vínculos y relaciones dados en dichos grupos familiares.

La primera gran consecuencia que ha originado toda esta situación de violencia delincuencia ha sido la muerte misma de los tres jóvenes. William, Ronny y Toñín no pudieron sobrevivir a las balas, como sí han podido sobrevivir y salir adelante los miembros de sus familias luego de haber sido heridos por esas mismas balas que años atrás, sin ninguna justificación válida, les arrebataron a un ser querido.

La familia de Doris Barreto, golpeada por la violencia delincuencia hace once años, y las familias de Silvina Zúñiga y Oleira Gutiérrez, sorprendidas por el mismo fenómeno hace siete, son grupos cuyos miembros llevan consigo, en sus historias de vida, la desagradable experiencia de haber perdido bruscamente a un familiar muy cercano.

Ciertamente, los tres casos que aquí hemos conocidos, han arrojado tres víctimas fatales, tres jóvenes a los que les tocó decir adiós a tan corta edad. Sin embargo, los hechos violentos en los que estos jóvenes perdieron la vida, dejaron también un gran número de víctimas imposibles de mostrar todas en estas páginas. Familiares, amigos y conocidos muy próximos a la víctima fatal también quedaron marcados por la pérdida.

Jesús Machado, sociólogo egresado de la Universidad Central de Venezuela, sostiene que en el país está operando desde hace años un escenario de conductas

modélicas que les permite a muchos jóvenes adoptar una actitud violenta ante el contexto de violencia mayor en el que ellos se crían y desenvuelven. “De esta manera se va creando una especie de círculo vicioso en el que se van reproduciendo comportamientos violentos que en nada ayudan para resolver el problema”, indica.

Esta reproducción de conductas violentas de las que habla Machado afortunadamente no ha tenido cabida, hasta ahora, en las tres familias con las que hemos trabajado en el marco de este estudio, pues, si bien es cierto que en el caso de Silvina, su hijo menor tomó un comportamiento inapropiado tras la muerte de Ronny, el apoyo de varias personas cercanas al jovencito hicieron que él mismo desistiera de esa actitud negativa que podía dañarle la vida irreversiblemente.

A través de las historias de estos tres grupos familiares, se ha entrado en contacto con situaciones o escenarios disímiles que develan el impacto generado por los hechos violentos en dichos grupos. Dependiendo de las características personales y de la disponibilidad de apoyo con que cuenten los afectados, y también dependiendo del vínculo que haya existido con la víctima fatal, dicho impacto será asimilado de distintas maneras por cada uno de los dolientes.

Esta situación de violencia ha llevado a cambiar las reglas del juego en nuestra sociedad, pues ahora parecen ser las madres las que, generalmente, deben enterrar a sus hijos. A ellas, sin lugar a dudas, la vida les cambió para siempre.

Doris se comprometió mucho más con su comunidad, y asumió, junto a otras madres del barrio Catuche, la tarea difícil de construir paz en medio de la violencia. Así, desde 2006 conformaron las *comisiones de paz*, en las que el diálogo con los delincuentes, con las madres de los delincuentes, y con las bandas delincuenciales de distintos sectores, ha permitido que los niveles de criminalidad en Catuche disminuyeran considerablemente. Doris lleva en sus entrañas el deseo, pero también la disposición de trabajar para que casos como el de William José no se repitan.

Silvina asumió un estilo de vida muy diferente al de la gente de su barrio. Prefirió callar en medio del bullicio de los otros, y hablar “sola” en medio de su propio silencio. Fortaleció su vínculo con Dios a través de la lectura constante de la Biblia, y dejó de lado la vanidad y la coquetería que la caracterizaba cuando era joven. No tiene, al parecer, motivos para arreglarse, maquillarse y ponerse bonita. Con bañarse, recogerse el cabello y ponerse ropa limpia es suficiente, tanto para estar en casa, como para ir al trabajo, sus únicos dos ámbitos de acción. El dolor de Silvina, causado por

otros, ha llevado a esta mujer a vivir un estilo de vida muy peculiar en los últimos años, un estilo de vida que la ha hecho merecedora del calificativo de “loca”, pero que también le ha permitido ver las cosas desde otro punto de vista, un punto de vista que no es aceptado por la mayoría de sus vecinos. Tal vez, como Silvina, haya muchos en el mundo, viviendo inmersos en su locura, una locura que les permite ser lo que verdaderamente son, en un mundo donde las apariencias tienen gran peso y ganan terreno a medida que pasa el tiempo.

Oleira, como ya lo hemos señalado, ríe y llora a la vez, pues su vida se mueve entre dos aguas: la alegría de tener a una familia muy unida, y la tristeza de haber perdido a su hijo más pequeño. Hay días en los que disfruta mucho la compañía de sus hijos, nietos y demás familiares, en los que trabaja con mucho ánimo y en los que llega a contagiar alegría a quienes se encuentran a su alrededor. Pero también tiene días en los que todo pierde sentido, hasta su propia vida, y entonces las personas que la rodean no encuentran cómo devolverle esa alegría que, tal vez el día anterior, ella misma había distribuido a manos llenas. Su vida es como un *sube y baja*: necesita de otros para estar arriba, pero cuando esos otros faltan, entonces cae. A veces amanece muy conversadora pero otras veces el silencio la domina. Y es que así vive la pérdida de ese último ser que se gestó en su vientre, al que un día alguien, sin ninguna autoridad, le quitó la vida, marcando a muchos eternamente.

Además de las madres, aunque de manera menos radical, la vida de los miembros de las tres familias que participaron en esta investigación sufrió alteraciones pero, pasado un tiempo, éstas se atenuaron y no terminaron definiendo o configurando un nuevo proyecto de vida para quienes las padecieron, como sí ocurrió con Doris, Silvina y Oleira. En este sentido, una breve frase expresada por Susana, la hija mayor de Doris lo dice todo: “Nosotras perdimos a un hermano, pero ella perdió a un hijo”.

No quiere decir que no haya dolor en los demás familiares e incluso en amigos y conocidos de la víctima fatal. Ciertamente hay mucho dolor, tal y como se muestra en el capítulo III. Incluso, a varios de ellos también les tocó aprender a vivir con el dolor a cuestas, con la ausencia y con el vacío que dejó la muerte de William, Ronny y Toñín.

Tan es así que, años después de los lamentables sucesos, los que hoy han logrado construir familia y seguir con sus vidas, adoptan ciertos comportamientos definidos por la pérdida sufrida.

Susana y Luisana, hijas de Doris, no permiten que sus hijos anden solos en la calle o salgan de noche a lugares muy lejanos de casa, incluso consideran peligroso que estén a altas horas de la noche en casa de amiguitos en el propio edificio donde viven. Temen que algo les pueda ocurrir.

Octavio y Javier, hijos de Oleira, hablan constantemente con sus niños sobre la realidad que los rodea, para que ellos estén atentos y no caigan tan fácilmente en las enredaderas de las drogas o de la delincuencia. En este contexto, los pequeños deben enterarse de qué es la droga, de quién la vende, de cuáles son los efectos que éstas producen o de por qué el muchacho de la esquina corre cuando ve llegar a los efectivos policiales. Una serie de situaciones que los niños deben manejar a muy temprana edad, y que en cierta forma, les trastoca su niñez, y los convierte en una especie de adultos prematuros preocupados, ante un entorno sumamente violento.

La señora Edilia, abuela paterna de Ronny, habitante de Nuevo Día, se altera cuando sus hijos, nietos y yernos no llegan temprano a casa. Dorys Rengel y Janeth Calderón, amigas de Oleira Gutiérrez y de Doris Barreto, lloran hoy al recordar la experiencia de sus amigas, pues las conmueve, primero, el recuerdo de lo ocurrido, y segundo, el hecho de saber que ellas también son madres y que pueden, en cualquier momento, padecer en carne propia una experiencia similar, pues nadie les garantiza lo contrario. Se sufre entonces por lo ocurrido y también por lo que pueda ocurrir.

Pero además de la victimización a la que fueron sometidas estas familias en el momento en que perdieron a uno de sus miembros, otro proceso de victimización las golpea y no permite que la superación del duelo se produzca de manera satisfactoria. La ausencia de respuestas positivas por parte del Sistema de Administración de Justicia, sumado a la inexistencia, o existencia insuficiente, de un Sistema de Asistencia Médica y Social en Venezuela —según señalan conocedores de la materia como Roberto Briceño-León y María Josefina Ferrer— hacen que las familias víctimas de homicidios se vean más afectadas aún y que el problema vaya adquiriendo unas dimensiones difíciles de prever.

Para la doctora Irene Melup, experta en prevención del delito y miembro de la Organización de Naciones Unidas, “el trauma producido por el delito, la carencia de atención a la sensibilidad de las víctimas y el choque que ha sufrido, el no darle la información requerida para aliviar su sentido de incertidumbre y su ansiedad, la ausencia de las facilidades necesarias, son factores que acentúan y agravan los

problemas de la víctima”²⁰. A esto, la criminóloga y victimóloga Hilda Marchiori, de la Universidad Nacional de Córdoba, agrega que el “conocer los procesos de victimización significa conocer que el delito quiebra la vida de una persona en un antes y un después del hecho delictivo, la nueva situación existencial requiere de una comprensión integral del sufrimiento social, una situación traumática que modifica, frecuentemente, las relaciones familiares, sociales y culturales”²¹.

Así, Caracas esconde en tres de sus barriadas: Nuevo Día, Gramoven y Catuche, las historias de tres familias que han logrado salir adelante de distintas maneras, luego de haber experimentado años atrás la muerte de uno de sus miembros por violencia delincencial. ¿El gran aprendizaje que ellas han obtenido? Aprender a vivir con el dolor ¿Y el gran reto? Encarar la vida con el riesgo latente de que las heridas de bala que llevan en sus entrañas sean lastimadas por cualquier situación, removiendo el pasado y trayendo al presente lágrimas que evidencian la huella indeleble de un daño que perdura por siempre.

²⁰ Véase Melup, 2004.

²¹ Véase Marchiori, 2004.

V. FUENTES CONSULTADAS

Arias, F. (2006. 5ta ed.). *El proyecto de investigación*. Caracas, Venezuela: Editorial Episteme.

Benaïm De Katz, S. (1993). La muerte y los niños. En P. Brener (Ed.). *Luto y consuelo* (pp. 230-241). Caracas, Venezuela: Editorial Boker.

Benavides, J. y Quintero, C. (1997). *Escribir en prensa: redacción informativa e interpretativa*. México D.F., México: Alambra Mexicana.

Benavides, J. y Quintero, C. (2004). *Escribir e prensa: redacción informativa e interpretativa*. España: Pearson Prentice Hall.

Berrios, O. (2010, 02 de julio). Catuche: las madres que consiguieron dos años y medio sin asesinatos. Recuperado el 02 de julio de 2010, de <http://www.canalsolidario.org/noticia/catuche-las-madres-que-consiguieron-dos-anos-y-medio-sin-asesinatos/24132>

Bisquerra, R. (2004). *Métodos de investigación. Guía práctica*. Editorial CEAC educación.

Boss, P. (2001). *La pérdida ambigua*. Barcelona, España. Gedisa Editorial.

Brener, P. (Comp.). (1993). *Luto y consuelo*. Caracas, Venezuela: Editorial Boker.

Briceño-León, R., Ávila, O. y Camardiel, A. (2009). *Inseguridad y Violencia en Venezuela-Informe 2008*. Caracas, Venezuela: ALFA-LACSO.

Briceño-León, R. (2007). Un marco sociológico para la violencia urbana. En R. Briceño-León y O. Ávila Fuenmayor (Eds.). *Violencia en Venezuela* (pp. 13-67). Caracas, Venezuela: LACSO.

Briceño-León, R. y Ávila Fuenmayor, O. (Eds.). (2007). *Violencia en Venezuela*. Caracas, Venezuela: LACSO.

Briceño-León, R. y Pérez Perdomo, R. (Comps). (2002). *Morir en Caracas*. Caracas, Venezuela: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas.

Castejón Lara, E. (1992). *La Verdad Condicionada*. Caracas, Venezuela: Corprensa.

Castejón Lara, E. (2009). *Periodismo: recursos para el aprendizaje*. Caracas, Venezuela: Panapo.

Clave. *Diccionario de uso del español actual*. (2003. 6ta ed.). Madrid: Ediciones SM.

Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999). Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela, 5.453, marzo 3, 2000.

Díaz Rangel, E. (1990). *Miraflores fuera de juego. De la entrevista y el reportaje*. Caracas, Venezuela: Alfadil Ediciones.

Dragnic, O. (1993). *La entrevista de personalidad*. Caracas, Venezuela: Fondo Editorial de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.

España, L. (1993). La explosión de la violencia. *Revista Sic*, 554, 149-152.

España, L. (1992). *La violencia en Venezuela*. Caracas, Venezuela: Monteávila Editores.

Gil'Adí, D. (1993). Nunca dije adiós. En P. Brener (Ed.). *Luto y consuelo*. (pp. 198-212). Caracas, Venezuela: Editorial Boker.

Gómez, M. (2007). *Memoria histórica del barrio Nuevo Día (1960-2006)*. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial El Perro y La Rana.

González, D. (2003, 5 de agosto). Ocurrieron 63 homicidios durante el fin de semana. *El Nacional*, p. B-14.

González, D. (2009, 20 de septiembre). El duelo tiene rostro de mujer. *El Nacional*. Recuperado el 24 de febrero de 2010, de <http://www.el-nacional.com>

González, D. (2007). Una noche en la morgue. En *Desvelos y devociones. El pulso y alma de la crónica en Venezuela*. Caracas, Venezuela: Bigot

Guerrero, S. (2003, 4 de febrero). Asesinaron a joven en Aragua cuando intentaban robarle el carro. *El Nacional*, p. B-12.

Guerrero, S. (2003, 2 de febrero). 22 muertos en el área metropolitana en 24 horas. *El Nacional*, p. B-16.

Halperín, J. (1995). *La entrevista periodística. Intimidades de la conversación pública*. Buenos Aires, Argentina: Paidós

Hernández, T. (1993). La cultura de la violencia en Venezuela. En L. Ugalde (Ed.). *La violencia en Venezuela* (pp. 77-126). Caracas-Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Herran, M. y Restrepo, J. D. (1991). *Ética para periodistas*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.

Huggins, M. (2005). *Género, políticas públicas y promoción de la calidad de vida*. Caracas, Venezuela: ILDIS.

Hurtado de Barrera, J. (2008). *El proyecto de investigación*. Comprensión holística de la metodología y la investigación. Quirón Ediciones.

Informe PROVEA. (Octubre 2008/Septiembre 2009). *Situación de los Derechos Humanos en Venezuela*. Caracas, Venezuela.

Informe PROVEA. (Octubre 2002/Septiembre 2003). *Situación de Derechos Humanos en Venezuela*. Caracas, Venezuela.

Kovach, B. y Rosenstiel, T. (2004). *Los elementos del periodismo*. Bogotá, Colombia: Ediciones El País.

Ley de Reforma Parcial del Código Orgánico Procesal Penal. Gaceta Oficial Extraoficial N° 5.930, septiembre 4, 2009.

Marchiori, H. (Ed.). (2004). *Victimología*. Córdoba, Argentina: Editorial Universitaria Integral.

Marín, C. (2003). *Manual de periodismo*. Caracas, Venezuela: Debate.

Martínez, M. (s/f). Criterios para la superación del debate metodológico “cuantitativo/cualitativo”. Recuperado el 11 de octubre de 2010, del sitio web de la Universidad Simón Bolívar: <http://prof.usb.ve/miguelm/superacióndebate.html>

Martínez, M. (2009). *Nuevos paradigmas en la investigación*. Caracas, Venezuela: Editorial Alfa.

Melup, I. (2004). La víctima del delito y programas preventivos. En H. Marchiori (Ed.). *Victimología*. (pp. 45-69). Córdoba, Argentina: Editorial Universitaria Integral.

Monagas, M. (2003, 3 de febrero). Ultimada estudiante durante intento de robo. *Últimas Noticias*, p. 14.

Merenfel De Moscu, J. (1993). Enfrentando la muerte. En P. Brener (Ed.). *Luto y consuelo* (pp. 185-197). Caracas, Venezuela: Editorial Boker.

Moreno, A., Campos, A., Pérez, M. y Rodríguez, W. (2008). *Tiros en la cara*. Caracas, Venezuela: Ediciones IESA.

Moreno, A., Campos, A., Pérez, M. y Rodríguez, W. (2009). *Y salimos a matar gente*. Caracas, Venezuela: Centro de Investigaciones Populares-CIP.

- Moreno, A. (1996). La familia popular venezolana. *Sic.* 590, 441-443.
- Moreno, A. (2007). *Temas de Formación Sociopolítica 15: La familia popular venezolana*. Caracas, Venezuela: Centro Gumilla.
- Navas, O. (2003, 4 de agosto). Asesinaron a un estudiante en la puerta de su casa. *Últimas Noticias*, p. 14.
- Observatorio Venezolano de Violencia. (2010, febrero). *Una década de impunidad en Venezuela: 1998-2009*. Estudio presentado en rueda de prensa desde las instalaciones del Laboratorio de Ciencias Sociales, Caracas.
- Organización Mundial de la Salud. (2003). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Washington, DC, EE.UU.: Organización Panamericana de la Salud.
- Ortega, N. H. (1992). *Para desnudarte mejor*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Pérez, J. (1999, 7 de diciembre). 55 muertes violentas en los primeros días de diciembre. *Últimas Noticias*, p. 48.
- Pérez, J. (1999, 6 de diciembre). 40 muertes violentas en el área metropolitana. *Últimas Noticias*, p. 30.
- Ramírez, T. (1999). *Cómo hacer un proyecto de investigación*. Caracas, Venezuela: Panapo.
- Robledo, J. (2009, mayo-junio). Observación participante: el acceso al campo. *Nure investigación*. 40, 1-4.
- Rodríguez, G. (2009, 12 de enero). En Caracas hubo 2.165 asesinatos en 2008. *El Universal*. S/p.
- Ronderos, M., León, J., Sáenz, M., Grillo, A. y García, C. (2002). *Cómo hacer periodismo*. Bogotá, Colombia: Aguilar.
- Sabino, C. (1992). *El proceso de investigación*. Caracas, Venezuela: Panapo.
- Sampieri, R., Collado, C. y Lucio, P. Metodología de la investigación (2003. 2da ed.). México D. F., México: McGRAW-HILL.
- Sandoval, C. (1996). *Investigación cualitativa*. Bogotá, Colombia: Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior, ICFES.
- Sanmartín Arce, R. (2003). *Observar, escuchar, comparar, escribir*. La práctica de la investigación cualitativa. Barcelona, España: Ariel.
- Sarmiento, M. (2010, 10 de agosto). Saneamiento del río Catuche quedó en veremos. *Últimas Noticias*, p. 2-3.

Selltiz, C., Jahoda, M., Deutsch, M. y Cook, S. W. (1965). *Métodos de investigación en las relaciones sociales*. Madrid, España: Ediciones Rial.

Silva-Peña, I., Borrero, A., Marchant, P., González, G. y Novoa, D. (2006). Percepciones de jóvenes acerca del uso de las tecnologías de información en el ámbito escolar. *Última Década*. 15, 39-63.

Soto, C. y Castillo, A. (1993). La violencia cotidiana en Venezuela. El caso de un barrio. En L. Ugalde (Ed.). *La violencia en Venezuela* (pp. 21-75). Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Trigo, P. (2008). *La cultura del barrio*. (2da ed.). Caracas, Venezuela: Centro Gumilla.

Trigo, P. (2009). *Una constituyente para nuestra Iglesia*. Caracas, Venezuela: Centro Gumilla.

Ulibarri, E. (2003). *Idea y vida del reportaje*. México, D. F., México: Editorial Trilla.

Yuni, J., Urbano, C. y Ciucci. (2006). *Mapas y herramientas para conocer la Escuela*. Córdoba, Argentina: Editorial Brujas.

Zapata, M. (2009). Doris Barreto: “Lo que soy se lo debo a la comunidad cristiana”. *Jesuitas en Venezuela*, N° 4, pp. 32-33.